

PATRICK DEVILLE

Viva



se

Lectulandia

México, 1937. León Trotski y su esposa, Natalia Ivánovna, desembarcan del petrolero noruego Ruth en el puerto de Tampico. Huyen de Stalin, y los acogerá en su casa la pintora Frida Kahlo. Por aquellos años, en Cuernavaca, el escritor británico Malcolm Lowry invoca sus demonios, bebe y escribe «Bajo el volcán». El México de la década de 1930 es un hervidero político y cultural, donde se cruzan o viven sin llegar a cruzarse jamás expatriados y autóctonos que van a forjar revoluciones políticas y estéticas que dejarán huella en el siglo xx.

Y así, entre Trotski y Lowry, ejes de esta concisa novela río, van apareciendo en las páginas del libro la fotógrafa Tina Modotti; un Sandino que trabaja en Huasteca Petroleum y será después líder guerrillero en su Nicaragua natal; el enigmático Ret Marut, que ha llegado desde Europa, donde ha sido agitador político, y firmará con el seudónimo de B. Traven «El tesoro de Sierra Madre»; Antonin Artaud en busca de los tarahumaras, Diego Rivera, André Breton, Graham Greene, el poeta boxeador Arthur Cravan... Personajes en busca de un sueño, de un ideal.

Esta seductora novela se suma al ciclo de viajes narrativos por el mundo y la historia de Patrick Deville, del que también forman parte «Peste & Cólera» y «Ecuadoria». En estas obras el autor va trazando un mapa de nuestro contradictorio mundo a través de personajes tocados por el genio o la locura. Y demuestra libro tras libro su maestría literaria.

Lectulandia

Patrick Deville

Viva

ePub r1.0

Titivillus 28.11.2017

Título original: *Viva*
Patrick Deville, 2014
Traducción: José Manuel Fajardo
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Hay un encuentro marcado tácitamente entre las generaciones pasadas y la
nuestra. Se nos esperaba en la tierra.

WALTER BENJAMIN *Sobre el concepto de historia*

EN TAMPICO

Todo comienza y acaba con el ruido que hacen aquí los picadores de herrumbre. Los capitanes y los armadores desconfían de los marineros desocupados en los muelles. De ahí la pica, el bote de pintura y el pincel. El paisaje portuario es el de un filme de John Huston, *El tesoro de Sierra Madre*. Grúas y pontones, puntales de carga y plataformas, palmeras y cocodrilos. Y el olor a petróleo y a suciedad grasienta, a brea y a alquitrán. Y una llovizna caliente que lo moja todo esta tarde, y la silueta furtiva de un hombre que no es Bogart, sino Sandino. A punto de cumplir los treinta, parece que tiene veinte; es frágil y de baja estatura. Sandino lleva atuendo de mecánico, con la llave inglesa en el bolsillo; comprueba que no le están siguiendo, se aleja de los diques rumbo al barrio de las cantinas, donde tiene lugar la reunión clandestina. Tras haber abandonado Nicaragua y corrido mundo durante bastante tiempo, el mecánico marinerero Sandino deja su petate y descubre el anarcosindicalismo. Es obrero en la Huasteca Petroleum de Tampico.

Al fondo de los callejones del puerto se encienden las lámparas, los conspiradores se reúnen en la penumbra de una trastienda alrededor de Ret Marut, el más aguerrido. Éste ha llegado a México como fogonero a bordo de un navío noruego. Dice ser marino polaco o alemán, un revolucionario. Bajo la gorra proletaria se ve un rostro común, con un pequeño bigote que le da aspecto de anarquista de la banda del francés Bonnot. Al término de la Primera Guerra Mundial, Ret Marut participó en el intento de insurrección de Múnich. Condenado a muerte, desapareció y cambió de nombre con frecuencia, comenzó a escribir poemas y novelas, a combatir la soledad con el lápiz y a acumular cuadernos. Muy pronto enviará a Alemania *El tesoro de Sierra Madre*, cuya acción transcurre en Tampico, y que firma con uno de sus seudónimos: Traven. Utilizará decenas de ellos. Para la fotógrafa Tina Modotti, en México, él será Torsvan.

En cuanto a Sandino, sale de la cantina en plena noche, fortalecido por esos consejos polacos o alemanes, con la cabeza llena de llamas revolucionarias, y se

apresura en la lluvia bajo los conos naranjas de las farolas de sodio. Bien que podríamos seguirle. Le veríamos regresar a Nicaragua, cambiar el mono de obrero de la refinería por la vestimenta de jinete, con las cartucheras cruzadas sobre el pecho y el sombrero Stetson, tomar el mando de la guerrilla y convertirse en el glorioso general Augusto César Sandino, el «general de los hombres libres», en palabras de Henri Barbusse. Le veríamos cabalgar a la cabeza de su batallón de plebeyos que nunca será vencido, empujando hasta el mar al ejército de ocupación de los gringos y prosiguiendo la gran obra de Bolívar. La cabalgata de las tropas sandinistas levanta sobre el horizonte el polvo amarillo de la Nueva Segovia de Nicaragua. Pero no le seguiremos. En la bruma del calor, otro petrolero noruego, una gran muralla roja y negra, atraviesa el golfo de México y se acerca al puerto de Tampico. A bordo de él, otro revolucionario escucha el ruido de los picadores de herrumbre y los gritos de las aves marinas.

DE TAMPICO A CIUDAD DE MÉXICO

Al pie de la escala de desembarco del *Ruth*, petrolero noruego en lastre, al proscrito Trotski le devuelven la pequeña pistola que le confiscaron al embarcar, tres semanas antes. Quien comandó uno de los ejércitos más importantes del mundo desliza en su bolsillo toda la potencia de fuego que le queda. Es un hombre de alborotados cabellos blancos y edad madura, cincuenta y siete años, y a su lado, con el cabello gris, está su mujer: Natalia Ivánovna Sedova. Están pálidos, deslumbrados por el sol después de la penumbra del camarote. En una fotografía se ve a Trotski tocado con una gorra blanca de golf muy poco marcial. En el muelle les recibe un general en uniforme de gala, con algunos soldados y una joven mujer de negros cabellos trenzados y recogidos en un moño. Los acompañan hasta la estación de Tampico.

Ahora van los cuatro en el vagón revestido de madera. Delante de ellos dos están el general Beltrán, de uniforme oscuro y rostro severo, y la joven, que viste una blusa indígena multicolor en la que predomina el amarillo. Sus cejas son muy negras, y se juntan en el nacimiento de la nariz como las alas de un mirlo. El *Hidalgo* es el tren personal del presidente Lázaro Cárdenas. El pintor muralista Diego Rivera le ha convencido de que conceda un visado al proscrito, salvándole así la vida. Estamos en 1937, tres años después del asesinato de Sandino en Managua a manos de los esbirros del general Somoza. La noticia había llegado con retraso a Francia y a Barbizon, donde todavía se ocultaba Trotski. La dictadura somocista se ha instalado en Nicaragua, el fascismo en Italia, el nazismo en Alemania y el estalinismo en Rusia. En España hay guerra y muy pronto llegará la derrota de los republicanos y la victoria del franquismo. Desde hace diez años, Trotski es un vencido errante que recorre el planeta. La locomotora lanza un chorro de vapor. Ahí está él, de nuevo en un tren. Y por primera vez, en un tren mexicano.

Trotski conoce las imágenes de los hombres de Pancho Villa sentados en los techos de los vagones, con sombreros y cartucheras cruzadas sobre el pecho. Conoce

el *México insurgente*, de John Reed, el joven escritor que había escrito después *Diez días que estremecieron el mundo*, alabando la Revolución Rusa. Vuelve a ver los trenes en los que ha recorrido Europa al capricho de sus exilios. Su propio tren blindado, con la estrella roja avanzando en la nieve, que hizo montar en la época en que fue comisario del pueblo de la Guerra, cuando comandaba a cinco millones de hombres antes de convertirse en un simple proscrito en fuga sentado en una banqueta frente a la joven de cabellos negros recogidos con peinetas de nácar y cintas, un bello pájaro multicolor que quizá le esté recordando a Larisa Reisner y la toma de Kazán, que fue la primera victoria del Ejército Rojo y de la cual se cumplirán pronto veinte años.

Frida Kahlo fija la mirada, a través de las gafas redondas del proscrito, en los ojos profundamente azules de éste y le sonríe. Ella no llega a los treinta. Su marido, Diego Rivera, es célebre en el mundo entero, pero este hombre todavía lo es más. Ha dividido en dos la Historia. Avanzan junto al río Pánuco y luego pasan las lagunas, a la salida de la ciudad. No van muy rápido. El *Hidalgo* es menos potente que aquel tren blindado en el que él vivió durante más de dos años enlazando los distintos frentes, desde Moscú hasta Crimea, mientras hacía replegarse al Ejército Blanco de Wrangel. Este paisaje desconocido se deseca a medida que la vía férrea deja atrás la costa y llega a los llanos, alejándose de las riberas tropicales de Tampico y del agitado y verde mar Caribe. Van sucediéndose al azar los pueblos, las calles polvorientas, las casas de madera, las tiendas de ultramarinos, las misceláneas, un río, las barcas repletas de mercancías y los rebaños de vacas. Son varias horas de encierro en un tren de madera barnizada, cada uno perdido en sus pensamientos. Trotski y Natalia Ivánovna acaban de escapar de la muerte en Noruega. Temen que les tiren en marcha, o que se maquille su muerte como un suicidio. No tienen idea de lo que les espera.

Si le fuera posible disfrutar del anonimato, Trotski se bajaría en una de esas pequeñas estaciones que tanto le hubieran gustado a Tolstói, en medio de los indios y los peones. Conoce la vida granjera, el olor del heno, el chirriar de los ejes de las carretas y el horizonte rojo sobre la planicie. Podría leer libros, cultivar su jardín. Muchas veces ha tenido que hacer un esfuerzo para apartarse del retiro y de los libros, para regresar a la ciudad y a las furias de la Historia. Después de la Revolución, sí, después del triunfo mundial de la Revolución, se bajó del tren, para leer y escribir, para cazar y pescar, como ha hecho cada vez que ha sido vencido. Las partidas de caza en los pantanos de Alma-Ata, durante su exilio en Kazajistán tras la victoria de Stalin. Y luego las salidas para pescar en barco cada mañana alrededor de la isla turca de Prinkipo, una vez que Stalin le expulsó rumbo a Estambul.

El tren trepa hacia los volcanes, hacia el altiplano, hacia una maleza seca y una tierra pobre ante la cual su padre se habría encogido de hombros y escupido sobre el

polvo; el viejo Bronstein, que había muerto de tifus quince años antes, el campesino de las llanuras de trigo de Ucrania. El joven que había crecido entre aquellas casas de adobe era demasiado brillante para quedarse en la granja. El alumno excelente, primero en todo, abandona el trabajo del campo y se cuela en el magro *numerus clausus* que el zar asigna a los estudiantes judíos. Lev Davidovich Bronstein es un joven racional que desconfía de las pasiones. Más tarde será escritor, ahora es el momento de la ciencia y del activismo político en los astilleros de Odesa. Redacta libelos, arenga a obreros que tienen la edad de su padre, descubre el poder del verbo y el don natural del carisma que posee: el poder de sus palabras sobre el ánimo de los obreros y sobre el de Aleksandra Lvovna.

Descubre también la prisión y, en la celda, consolida su pensamiento a expensas del zar y de sus carceleros, estudia idiomas. A los veinte años le llega la deportación a Siberia, el tren, el bosque, la cabaña, la lectura, el matrimonio durante su confinamiento con la bella Aleksandra Lvovna, que le ha seguido, y las dos pequeñas: Nina y Zina. Él tendrá el coraje de abandonarlas, de huir solo, porque la Revolución, con el furor de un dios bíblico, le ha ordenado abandonar a su mujer y a sus hijas en un arrebato heroico y brutal, como los que se ven en las vidas de los santos y de los profetas. Ése es el comienzo de sus falsas identidades.

Lev Davidovich Bronstein, a quien sus amigos llamarán a lo largo de su vida LD y luego el Viejo, posee un pasaporte falso a nombre de Trotski, y con éste entrará en la Historia. Se esconde en una carreta, llega a Irkutsk, se sube al Transiberiano. Su fuga le lleva a Austria y luego a Zúrich, a París y al encuentro con Natalia Ivánovna, quien acaba de cursar estudios de botánica en Ginebra. Ella está sentada a su lado, decenas de años más tarde, en ese tren *Hidalgo* del presidente Cárdenas, y duerme apoyada en su hombro. También él dormita, entrevé la mirada del general Beltrán y la de la misteriosa mexicana de las cejas negras, la del mirlo sobre la frente y los labios rojos.

La locomotora va cada vez más lenta conforme sube las cuestas y tira de sus vagones hacia Ciudad de México y sus dos mil metros de altitud; y el cielo de enero, en el que dan vueltas los zopilotes con sus negras alas, se torna límpido y dorado. Él se siente un poco perdido después de esas tres semanas en el mar. Bien que podría estar en 1905 mientras el Cristo Rojo despliega sus alas sobre San Petersburgo y llama a su presencia a los apóstoles y los mártires. Los pobres mueren bajo la nieve de enero delante del Palacio de Invierno. De todos aquellos a cuya cabeza se ha puesto precio, Trotski es el único que está de regreso en Rusia desde los primeros días del motín, bajo la identidad de Vikentiev, noble propietario. Tiene la compostura y el aire de uno de ellos. Se declara el estado de sitio. Se pone a la cabeza del sóviet y su modelo es la Revolución Francesa. Cita a Danton desde la tribuna: «¡Organización, más organización, siempre organización!». Pronto llega el caos, la desbandada, el fracaso, la fortaleza de Pedro y Pablo, los diez meses de prisión preventiva, el proceso y, después, de nuevo Siberia y el tren. En el andén va vestido

de presidiario. La policía del zar, con culpable falta de profesionalidad, le ha dejado en los pies sus zapatos europeos, en cuyos tacones huecos lleva monedas de oro y papeles falsos, como en una novela de Dumas.

Los deportados se enteran de que su destino es Obdorsk, más allá del Círculo Polar. En la escala en Beriózovo, Trotski simula un ataque de ciática, como ya ha practicado antes. Una vez que lo dejan solo al final de la cola, durante la espera del siguiente tren, soborna al guardián y al enfermero, compra un trineo, una zamarra y un tiro de renos, contrata un guía y se fuga a través de la taiga. En *Mi vida*, construirá el relato de su evasión con frases como las que uno leería en un texto de Jack London: «El trineo se desliza suavemente, sin ruido, como una barca por un tranquilo lago. El bosque, en la espesa penumbra, parece aún más gigantesco. Yo no veo por dónde va el camino y apenas siento moverse el trineo. Los árboles fascinantes parecen venir corriendo hacia uno, las ramas se precipitan ruidosamente a los lados, los viejos troncos desnudos y cubiertos de nieve desfilan alternando con los esbeltos abedules. Todo parece lleno de misterio, y los renos dejan oír su jadear rápido y uniforme: chu-chu-chuchu... en medio del silencio de la noche de la selva^[1]».

El fugitivo franquea los Urales, sube hacia el norte, pasa a Finlandia, desciende hacia Berlín y se detiene en Viena. Tiene veintiocho años, de los cuales ha pasado tres en prisión, y dos deportaciones. Su nombre y su coraje son en ese momento conocidos por todos los revolucionarios. Se convierte en periodista, en crítico literario, se encuentra con Jaurès, redacta un homenaje a Tolstói por su ochenta cumpleaños, lee a Freud y parte hacia los Balcanes para hacer un reportaje. Después del atentado de Sarajevo, se va a Suiza y de nuevo a París, al número 28 de la calle de Odesa, en Montparnasse, donde en diciembre de 1914 se enterará de la entrada triunfal de Emiliano Zapata y Francisco Villa en la Ciudad de México. La Revolución Mexicana lleva ventaja sobre la Rusa.

Dos gendarmes le acompañan en tren hasta Irún y lo entregan a la policía española. Es el momento de la batalla de Verdún, y Francia ha expulsado a Trotski. No saben muy bien qué hacer con él, se lo llevan a Cádiz y luego a Madrid. Podrían mandárselo al zar. En lugar de eso, lo meten en un tren rumbo a Barcelona, donde el 25 de diciembre de 1916 es embarcado a la fuerza a bordo del *Montserrat*, que parte hacia Nueva York. Es invierno y la mar es mala hasta Gibraltar. Durante sus paseos sobre un puente barrido por la lluvia, Trotski se encuentra con un gigante desfigurado cubierto con un impermeable, «un boxeador que era a la vez literato, primo de Oscar Wilde». Es Arthur Cravan, el poeta con el cabello más corto del mundo, según su amigo Blaise Cendrars. A Cravan acaba de tumbarlo en Barcelona, por KO en el segundo asalto, el campeón del mundo Jack Johnson. Tiene toda la travesía para levantarse y untarse pomadas. Cena con Trotski y le cuenta de sus viajes clandestinos como anarquista.

Trotsky dormita. El tren se acerca a Ciudad de México. El general Beltrán se ha calado la gorra, ha estirado su uniforme y se ha vuelto a poner el cinturón. En su somnolencia flotan frases que quizás ha leído o que quizá él ha escrito: «Los desplazamientos eran continuos, y Moscú, Kronstadt, Tver, Sebastopol, San Petersburgo, Ufa, Yekaterinoslav, Lugansk, Rostov, Tiflis o Bakú recibieron por turno nuestra visita y fueron aterrorizadas, escudriñadas de arriba abajo, destruidas en parte, cubiertas de luto. Nuestro estado de ánimo era espantoso, y nuestra vida, horrible. Nos seguían la pista, nos acosaban. Habían tirado cien mil copias con nuestra descripción y estaban pegadas por todas partes. Nuestras cabezas tenían precio».

Pero esas frases no son tuyas. Son de ese escritor suizo amigo del boxeador Cravan, del que habían hablado a bordo del *Montserrat*, un escritor que había vivido un tiempo en Rusia y que ahora se había apuntado a la Legión, autor bajo el seudónimo de Blaise Cendrars de *Moravagine*, un libro que había sido traducido al ruso por alguien cercano a Trotsky que le había seguido en la facción Oposición de Izquierda, dentro del Partido Comunista de la Unión Soviética: Víctor Serge. A bordo del *Montserrat* descubrieron que tenían esas relaciones en común. El tren entra en los arrabales. Trotsky se pregunta dónde podrá estar Víctor Serge y si volverán a verse algún día.

En Nueva York, hay periodistas que esperan en el muelle a Cravan, el gigante de cejas rotas vestido con un impermeable. No es poca cosa haber disputado un campeonato del mundo de boxeo, aunque uno haya perdido. Otros esperan a Trotsky. No es poca cosa haber instaurado un sóviet en San Petersburgo, aunque a uno lo hayan vencido. Cravan vuelve a encontrarse con sus amigos poetas de vanguardia y con su gran amor, Mina Loy. Un año después, el gigante desaparecerá para siempre en un México en plena revolución. Trotsky es acogido por el exiliado Bujarin, alquila un apartamento en el Bronx, retoma su actividad de periodista, sus asiduas lecturas en la biblioteca, las conferencias, y publica diatribas en *The Class Struggle*.

Y unos pocos meses más tarde estamos ya en 1917.

Los Estados Unidos entran en la guerra y desembarcan sus tropas en Saint-Nazaire. La Revolución estalla en Rusia. Trotsky abandona Nueva York, embarca a finales de marzo en el navío noruego *Christianafjord*. Es arrestado por los ingleses en la escala canadiense, lo envían a prisión y dos meses después es liberado. Vuelve a la mar rumbo a Finlandia, se sube a un tren. La gran locomotora negra se adentra en la nieve. Después de una primera vuelta al mundo como exiliado, helo ahí de nuevo a la cabeza del sóviet de Petrogrado. Esta vez, Lenin y él no dejarán que se instale el caos. Es el gran Octubre. Trotsky preside el Comité Revolucionario. Son los diez días cuya epopeya escribirá John Reed, como si fuera Tucídides. Trotsky vuelve a encontrarse

con Fiódor Raskólnikov y con Larisa Reisner. Juntos van a apoderarse de Kazán.

Trotsky tiene treinta y ocho años, deja de fumar, crea el Ejército Rojo, negocia la paz de Brest-Litovsk y prepara la revolución alemana, escribe a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburg porque, como muchos otros y como el anarquista Ret Marut en Múnich, que después se convertirá en Traven en Tampico, está convencido de que el futuro de la Revolución está en Alemania. ¿Qué Nostradamus les habría vaticinado una victoria tan rápida, un año antes, cuando Lenin estaba sentado en los cafés de Zúrich delante de un tablero de ajedrez y Trotsky era expulsado a España? El tren se detiene junto al andén. Mientras dormitaba de Tampico a Ciudad de México, del Atlántico a los volcanes, el proscrito no ha tenido tiempo de recorrer más que la primera mitad de su vida, la ascendente y gloriosa, de Odesa a Kazán. Evocar la segunda sería como tomar el tren desde Ciudad de México hasta Acapulco, en el Pacífico, del otro lado de los volcanes: volver a descender gradualmente hasta el cero del nivel del mar y del exilio.

A la salida de la estación, una multitud rodea al proscrito y a Natalia Ivánovna. Los fotógrafos levantan sus *flashes* de magnesio. Los hombres del general Beltrán se encargan de su protección. Los negros automóviles de aquellos años treinta, con sus ruedas altas y estrechas, se deslizan formando un convoy por la Ciudad de México hacia Coyoacán, un poblado en las afueras. La mujer mexicana de cejas negras, la del mirlo en la frente, está sentada al lado de ellos, silenciosa y tan bella como Larisa Reisner. Ella les abre sus puertas. Atraviesan un soleado jardín de verdor rodeado de muros altos. Frida Kahlo los acoge en su casa azul. Ésa será su primera morada en la ciudad. Más tarde, tras el asesinato de Trotsky, Natalia Ivánovna evocará ante Víctor Serge la felicidad de aquella llegada y las primeras imágenes de México después de Noruega: «Una casa baja y azul, un patio lleno de plantas, habitaciones frescas, colecciones de arte precolombino, pinturas en abundancia».

EN CIUDAD DE MÉXICO

En otro sector de la inmensidad urbana del Distrito Federal, lejos de Coyoacán, en la colonia Hipódromo de La Condesa, está La Selva, una pequeña terraza invadida por diminutos pajaritos negros y llena de macetas de flores, en la que hay un cactus dentro de un bidón al que la herrumbre embellece y sobre el que revolotea una mariposa amarilla.

Hace diez años, los taxis de la capital eran todavía escarabajos Volkswagen verdes y blancos. Hoy, en su mayoría, son berlinas color oro y púrpura. Así se mueve el mundo. Y eso que todavía no es el fin de la Historia. Este país sigue sin parecerse a ningún otro. En estos diez años, he vuelto a leer aquí a Trotsky y a Lowry, y al hilo de ellos, a otros escritores que vinieron a perderse en México, como Cravan y Traven; he tomado los hilos, devanado los ovillos, tejido los vínculos y reunido las vidas de tres mujeres, también ilustres y también desaparecidas hace mucho tiempo, que estuvieron enredadas en todas las historias de esta pequeña banda de México, tres mujeres a las que la devoción popular y la sabiduría de las naciones deberían elevar a las alturas de las pirámides indígenas de escalones de piedra, para colocar en sus cimas tres altares donde depositar los libros de Larisa Reisner, los cuadros de Frida Kahlo y las fotografías de Tina Modotti, distribuir al azar las virtudes de las tres Gracias —la Alegría, la Abundancia y el Esplendor— y convocar en sus gradas a los sacerdotes de plumas multicolores y a los penitentes, los orantes, los exiliados, los sin papeles y los apátridas. A todos aquellos que se cruzan en la clandestinidad o a bordo de algún barco:

Así es como se encuentra Sandino con Traven y Trotsky, con Cravan.

TRAVEN & CRAVAN

En cuanto a estos dos, nunca se encontraron. Sin embargo, tras la desaparición de Cravan en México se supuso que ambos no eran sino una sola y misma persona.

Fabian Lloyd, el gigante poeta y boxeador, un inglés nacido en Lausana, anarquista y sobrino de Oscar Wilde, edita en París, bajo el seudónimo de Arthur Cravan, la revista de vanguardia *Maintenant*, en la que él es el autor único de todos los artículos. Sospechoso de pacifismo al inicio de la Gran Guerra, abandona a sus amigos Félix Fénéon, Van Dongen, a Picabia, al que volverá a encontrar en Barcelona: toda esa pequeña banda de Montparnasse que también frecuentaba Diego Rivera. A diferencia de Cendrars, que se alista en la Legión y parte a la región de Champagne para perder allí su brazo derecho, Cravan desaparece, recorre Europa con papeles falsos y se hace conductor de taxi en Berlín. De vez en cuando, y sin entrenamiento, practica la poesía y el boxeo, se va a que le parta la jeta el campeón del mundo, se pone a charlar con Trotski a bordo del *Montserrat* y abandona Nueva York y a su gran amor Mina Loy por México, donde pronto se pierde su rastro; de él quedan algunos carteles de combates de boxeo en México y en Veracruz.

A medida que el nombre de Traven, después de haber escrito *El tesoro de Sierra Madre*, se hace conocido y sus novelas se traducen, se le va investigando, surgen hipótesis, se sospecha que en realidad es Arthur Cravan o Jack London, quien habría fingido su suicidio para escapar de sus acreedores, o incluso Ambrose Bierce, también desaparecido en México durante la guerra. Eso puede causar asombro y despertar celos, en esta época en que un cabello perdido en una habitación de hotel basta para que te identifiquen. Traven recuerda que, antes de la Primera Guerra Mundial, «bastaba con presentar un sobre vacío con una dirección y un sello timbrado para viajar de Berlín a Filadelfia, de Hamburgo a Borneo, de Bruselas a Nueva Zelanda». Y además todos éstos eligen un México que está en revolución desde hace años, un país cuyos vastos territorios escapan al control del Estado, un país de emigrantes y de desarraigados, también el país de la soledad, según Octavio Paz, un

país en el que todavía hoy se considera una falta de tacto preguntarle a alguien por su ocupación, sus orígenes o sus proyectos.

Traven afirma haber nacido en San Francisco, donde todos los archivos del registro civil quedaron destruidos por el gran incendio. Se tardará años en establecer su relación con Ret Marut, el anarquista desaparecido en Múnich sin dejar huella, el editor de la revista *Der Ziegelbrenner* (El fundidor de ladrillos), de cuyos artículos él era el autor único. Y, como a Cravan, se le acusa de derrotismo, de disparar por la espalda al ejército alemán en guerra mientras que Cravan disparaba por la espalda al ejército francés. En efecto, esos dos tenían bastante en común y habrían podido escoger juntos el seudónimo de Travan o de Craven.

Tras el fracaso de la revolución en Múnich, Ret Marut huye a través de Holanda. La policía lo acorrala en Londres, donde se hace pasar por polaco. Disfruta de un físico vulgar y un rostro común que favorecen sus esfuerzos disimuladores. En uno de sus permisos de residencia en México usa el nombre de Torsvan, ingeniero noruego, y en él se lee que tiene cabello rubio y ojos azules. También se podría adoptar, inversamente, el método de Trotski: componer una imagen a tal punto reconocible en todo el planeta que, con sólo hacer desaparecer dos o tres detalles, las gafas redondas y el bigote y la perilla, bastase para pasar desapercibido y estar en paz. ¿Quién podría sospechar, en el invierno de 1934 en que Trotski abandona su escondrijo de Barbizon o de Lagny para darse una vueltecita por París y echar un vistazo a las cajas verdes de los *bouquinistes*, que en ese tranquilo, cegato y bien afeitado habitante de los suburbios con quien uno acaba de cruzarse, que va de regreso a casa sentado en el lento tren y concentrado en su libro, se esconde el jefe en fuga del Ejército Rojo?

Más tarde se sabrá que, en Londres, Ret Marut había embarcado a bordo del navío noruego *Hegre*. Vive de pequeños trabajos en Tampico, escribe poemas y una primera novela, *Das Totenschiff* (La nave de los muertos), que describe esos basureros más o menos flotantes en los que se amontonan los emigrantes y los hambrientos que escapan de la Gran Guerra. Fomenta huelgas y sublevaciones en los mismos lugares que frecuenta el futuro general nicaragüense Sandino, se larga a vivir a Chiapas en medio de los indios, con el nombre de Torsvan, y luego se va al último rincón de una finca de los alrededores de Acapulco. Para Ret Marut, que fue Torsvan y Croves y Traven y muchos otros, al igual que para Cravan, sustraerse al registro civil es sustraerse al Estado, una manera anarquista de llevar la vida: «Soy más libre que cualquiera, libre de elegir a los padres que quiera, la patria que quiera, la edad que quiera».

También hay, en el caso del sobrino del genial paria Oscar Wilde, el temor y el odio a una autoridad que siempre te condena y te humilla por diversión. Y en su novela *Bajo el volcán*, el escritor inglés Malcolm Lowry mostrará al tío de Cravan

con una indumentaria idéntica a la que llevará Trotski diez años después. Un Oscar Wilde camino de convertirse en Dorian Gray y de afearse: «En noviembre de 1895, con ropa de presidiario, de las dos de la tarde hasta las dos y media, esposado, por todos conocido, Oscar Wilde permaneció de pie en el centro de la plataforma en Clapham Junction».

Una vez que John Huston desembarca en Tampico, adapta al cine *El tesoro de Sierra Madre* y el filme obtiene tres Oscar, a los productores les gustaría ver figurar en las fotografías al autor de la novela en compañía de Humphrey Bogart y de Lauren Bacall. El misterioso Traven se niega. Más tarde se descubrirá que asistió al rodaje bajo el seudónimo de Hal Croves. El antiguo miembro de los Consejos Revolucionarios de Múnich se convierte en una estrella invisible de Hollywood. Y sigue utilizando el laberinto de sus apartados de correos para embolsarse la pasta de la industria cinematográfica capitalista.

Los reyes y los príncipes,
los millonarios y los presidentes llevan algodón,
pero el humilde recolector de algodón
debe ganar con el sudor de su frente cada maldito céntimo
recorriendo los campos de algodón,
el sol sube, sube en el cielo,
échate el saco a la espalda,
aprieta tu cinturón,
escucha, la rueda gira.

B. Traven

GRIEG & LOWRY

Mi trabajo más duro era picar la herrumbre de los tornos, y lo que no se podía picar lo retiraba uno con las uñas, con los dientes.

MALCOLM LOWRY

No hay escondrijos, ni papeles falsos, ni seudónimos en el Lowry picador de herrumbre, el hijo del gran comerciante de algodón de Liverpool y capitalista de Buston & Co, import-export. Enriquecido con el azúcar de las Antillas y el petróleo de Tampico, cristiano evangélico y antialcohólico, Arthur Lowry gestiona filiales en las tres Américas y en Oriente Próximo.

Habiendo nacido bajo esos cielos de hollín, en el aburrimiento de la burguesía y entre la belleza de la industria marítima de la desembocadura del río Mersey, uno sueña con largarse a Fouta-Djalón o a Saigón. A los dieciocho años, y antes de entrar en Cambridge, Lowry embarca a bordo del carguero *Pyrrhus*. Sus ojos son intensamente azules, como los de Trotski, pero sus brazos son cortos y sus manos gruesas, de una fuerza excepcional. Conservará ese caminar propio de los hombres que faenan sobre el puente, con las piernas un poco separadas. Como Cravan, practicará el boxeo y la poesía. Canal de Suez, Port-Saïd, Singapur, donde el navío cargará en cubierta animales salvajes para los zoológicos de Europa, China al borde de la guerra civil, Shanghái, Hong Kong, Yokohama y hasta Vladivostok. Él suscribe la frase de Melville según la cual «un ballenero fue mi Yale y mi Harvard». Toma notas a bordo y emprende la composición de su primera novela, *Ultramarina*. Todavía está llena de Conrad y de Melville y de Dana. Luego descubre la traducción del libro de un joven escritor noruego, Nordahl Grieg, titulado *Skibet gaar videre* (El navío prosigue su ruta). Ha encontrado su *Doppelgänger*, el gemelo que ha de acompañarle. A su regreso a Inglaterra, embarca como fogonero en un barco noruego que zarpa en lastre rumbo al puerto de Arcángel, en el mar Blanco, y desembarca en Oslo, busca a Nordahl Grieg, lo encuentra, inicia de inmediato la escritura de otra novela: *In Ballast to the White Sea* (En lastre hacia el mar Blanco).

Cambridge es un cúmulo de libros, discos de *jazz* y botellas, una pequeña fábrica de poesía. John Davenport, quien se convertirá en su amigo, el editor de *Cambridge Poetry*, escribe que, en el cuarto de Lowry, «sus libros revelaban el eclecticismo del obrero literario. En los de los otros estudiantes, al igual que en el suyo, había los isabelinos habituales, y Joyce, y Eliot, pero ¿cuántos de ellos conocían entonces a Knut Hamsun, Herman Bang, B. Traven o Nordahl Grieg?». A finales de esos años veinte, el estalinismo y el trotskismo están infiltrados en las universidades británicas. Algunos condiscípulos de Lowry, como Kim Philby, o incluso Donald Maclean, que es su compañero de tenis, escogerán traicionar a la Corona y se convertirán en topes soviéticos. Otros, como John Cornford y Julian Bell, irán a morir como héroes del lado de los republicanos españoles. Lowry no busca liberar a los hombres, busca escribir el Volcán.

Su egoísmo no es el noble egoísmo político de Traven o de Cravan, el individualismo anarquista como condición para la fraternidad de los hombres, es el solipsismo del genio insensible a la abstracción del plural de los hombres, pero sensible a ése de ahí, al hombre solo, de pie ante el mostrador de un *pub* que muy pronto va a cerrar. A los ojos del mundo, el genio es con frecuencia conservador. Es en su libro donde debe explotar la Revolución. A Lowry, eso le llevará veinte años.

Él escribirá sobre sus fracasos, y cuando le falten fracasos hará por hundirse de nuevo, por hundirse más y mejor. Escribirá sobre su amor por Jan Gabriel, a la que conoció en Granada y siguió desde España a las Américas, desde Nueva York a Hollywood, y luego a Acapulco, a Ciudad de México, e inventará a su *alter ego* el Cónsul místico y sus borracheras por los rincones de las cantinas. Lo que él quiere es cantar la más bella historia de amor de toda la literatura, y hablar también del desamparo y de la miseria del hombre sin Dios, y componer un himno a los desgarros de los amores imposibles. A los tacones altos de los rojos zapatos de la traición. Al pequeño bimotor, de un rojo vivo y luciferino, que se lleva a Jan, con todo el estruendo de la Historia y la presencia de Trotski en México bajo sus alas.

Y claro que a veces duda, siente remordimientos por no ser heroico. Lowry pasará toda la Segunda Guerra Mundial encerrado en una cabaña en la playa de Dollarton, cerca de Vancouver, en la Columbia Británica, en el apacible extremo oeste de Canadá: el mundo se hunde en llamas alrededor de la cabaña y Diógenes escribe el Volcán.

Sentirá remordimientos cuando se entere de la muerte heroica de Nordahl Grieg, su icario doble solar, el autor de *El navío prosigue su ruta*, que fue anterior a *Ultramarina* y mejor que *Ultramarina*. Después de esa novela, Grieg no ha cesado de publicar otras, como si el trabajo no fuera nada para él, como si el efebo Grieg, con la sonrisa en los labios, sin interrumpir su suave marcha y sin años de reclusión y tortura en medio de una acumulación de libros, discos de *jazz* y botellas, soltara obras como si nada mientras se dedica a cualquier otra cosa. Grieg publica libros de poesía, relatos de viajes, no deja de recorrer mundo y lleva una vida aventurera. Está en la

guerra civil en China, luego dos años en Moscú, de donde regresa convertido en revolucionario, y más tarde en la guerra de España. Las bombas llueven sobre todo el planeta y Lowry, que no ha publicado nada después de *Ultramarina*, escribe el Volcán.

Grieg acaba de publicar el premonitorio ensayo *Aquellos que mueren jóvenes*, un homenaje a Keats, Shelley y Byron, y Lowry escribirá más tarde sobre Keats, Shelley y Byron. En la primavera de 1940, mientras Trotski es atacado a tiros de metralleta por primera vez en su casa de Coyoacán, mientras el cerco va cerrándose sobre él, mientras Lowry acaba una tercera versión del Volcán en su cabaña —le harán falta seis—, Grieg, el héroe, recibe el encargo de llevar el convoy del oro de Noruega hasta Inglaterra, para arrebatárselo a los nazis. En Londres, se convierte en locutor de la radio clandestina, multiplica los reportajes a bordo de navíos de guerra, de submarinos, de bombarderos que se lanzan sobre Berlín. Es abatido en vuelo. Su avión explota en el cielo de Potsdam en 1943, mientras que Lowry escribe el Volcán en su cabaña, y es que lo heroico es escribir el Volcán, dar la vida por escribir el Volcán y firmar un pacto fáustico que habrá que pagar más tarde con la propia salud mental, pero habiendo escrito el Volcán.

El 7 de junio de 1944, el porvenir del mundo se juega en las playas de Normandía, el resultado de los combates es incierto, y la cabaña de la playa de Dollarton se incendia. Lowry salva de la hoguera el manuscrito del Volcán, mientras que las dos mil páginas del de *En lastre hacia el mar Blanco* se consumen en medio de vigas ennegrecidas, libros calcinados, discos de jazz fundidos y botellas que estallan. Tras salir del hospital de Vancouver en el que le han curado las heridas, volverá sobre el Volcán y reconstruirá con las manos la cabaña y el embarcadero. Y la cabaña se transforma en el sueño de felicidad imposible de Yvonne, la mujer del Cónsul, en el redentor paraíso frío de la Columbia Británica, lejos del ardiente infierno de México. «Ahora veía la casa con toda claridad; era pequeña, hecha con plateadas ripias curadas y una puerta roja».

Durante diez años de su vida, Lowry escribe en esa cabaña y, al pie de ella, nada en el agua fría. «Y al subir la marea se asomarían por su embarcadero y verían, en el agua clara y poco profunda, estrellas marinas de color turquesa y bermejo y púrpura, y cangrejillos pardos, pequeños y aterciopelados que andarían tímidamente entre las rocas». Y alrededor de la cabaña convocará a la Historia con todo su cargamento, y los frescos de los pintores muralistas mexicanos Diego Rivera y José Clemente Orozco, y la guerra de España, y el nombre mayor de Trotski, que se oirá dos veces, como un ángelus, en el primer y en el duodécimo capítulo del Volcán, el último, al final de la última vuelta a la esfera del reloj de esa única jornada de quinientas páginas.

Enviará todo eso a los editores, y volverá a partir hacia México.

LA CASA AZUL

Desde esa primera noche del 9 de enero de 1937, el proscrito Trotski resulta un huésped engorroso. El general Beltrán y la pequeña escolta que les han acompañado desde Tampico hasta Ciudad de México los dejan en las buenas manos de Frida Kahlo. Su misión está cumplida. Diego Rivera se trae de su casa una ametralladora Thompson y convoca a varios amigos armados con pistolas. Están a la espera de la llegada de los guardaespaldas, a los que va a ser necesario dar alojamiento. Perseguido por la ira conjunta y sanguinaria de Hitler y de Stalin, se sabe que la supervivencia del proscrito perro judío Lev Davidovich Bronstein está amenazada.

También se está a la espera de que lleguen sus archivos o lo que queda de ellos. Una parte desapareció, quemada, en el incendio de la casa de la isla de Prinkipo, en Turquía. Otra parte fue robada en París por un comando estalinista y otra fue destruida en Noruega por un comando nazi. Después de tres semanas en el mar a bordo del petrolero noruego, y tras las horas pasadas en el tren *Hidalgo* desde que salió de Tampico, Trotski se busca un despacho en la casa azul de Frida Kahlo. Espera la llegada de su secretaria rusa y, sobre todo, la de su hombre de confianza, Jean van Heijenoort, alias el guapo Van, el hombre orquesta que la acompaña desde su exilio turco.

Trotski está sentado en una butaca de mimbre al fondo del jardín, ve las esculturas indias dispersadas entre los arbustos, las flores tropicales cuyos nombres ignora, los helechos, las fuentes, los pájaros, los cactus en sus macetas rojas, los gatos, los perros, una gallina, un águila a la que Frida llama Gran Caca Blanco, un ciervo, un mono araña al que Frida llama FulangChang, un loro; pasan a la mesa y ahí descubre los aguacates, las quesadillas de flores de calabaza, las enchiladas, los chiles en nogada y el tequila con el que el elefantiásico Diego Rivera llena su vaso. Diego le enseña los muros del jardín, hechos de bloques de piedra volcánica en los que aparecen los ocres y los rojos de la lava crepuscular que tiñen el estudio de Frida como si fuera una chimenea de volcán, una bajada al centro de la tierra.

El locuaz Diego le informa de que está en el corazón de Coyoacán, no lejos del palacio de Hernán Cortés y del de la Malinche, que fue la amante indígena de Cortés,

en el lugar donde los extenuados conquistadores, cubiertos de herrumbrosas armaduras, descubrieron la ciudad que los aztecas habían levantado varios siglos antes sobre una isla en medio de los volcanes, deteniendo su migración ante la visión profética de un águila que devoraba una serpiente posada sobre un cactus, la vasta ciudad de Tenochtitlán, de la cual Cortés escribió a su rey que «es tan grande y de tanta admiración que aunque mucho de lo que de ella podría decir deje, lo poco que diré creo que es casi increíble». Pero ya basta por esta noche, Trotski le da las gracias a Rivera, más tarde retomarán la conversación; entre los miles de cosas que le ha pedido al guapo Van, está la de hacerle llegar una biblioteca completa sobre la historia de México, ya verá todo eso con la cabeza más descansada, él es así, Trotski, prefiere los libros y trabajar solo. Esa noche, las imágenes a las que da vueltas en su cabeza no son todavía mexicanas.

Son imágenes rusas, imágenes de nieve y de hielo, imágenes de Noruega. Al día siguiente, sentado en el jardín, todavía le rondan imágenes que van desde su anterior partida hacia América, en 1917, hasta su actual regreso a ella en 1937. Imágenes de esos veinte años y del gran extravío del tren de la Historia, de locomotoras negras perdidas en la niebla; y recupera el texto que escribió sobre las locomotoras como símbolos del Progreso: «Según las palabras de Marx, las revoluciones son las locomotoras de la historia, avanzan más rápidas que el pensamiento de los partidos revolucionarios a medias o a cuartas. El que se para, cae bajo las ruedas de la locomotora. Además, y éste es el peligro principal, la propia locomotora descarrila a menudo».

La de la Revolución Rusa hace mucho tiempo que se ha salido de las vías.

Él ha pensado siempre que bastaba con tener razón e incluso en eso se ha equivocado. Creía que bastaría con el ejemplo de la acción, del coraje físico, de la probidad y la razón. Es un héroe de la Antigüedad, un hombre de Plutarco. Y tras la victoria de la revolución en Petrogrado, en vez de permanecer en el lugar donde está el poder, en Moscú, parte. Hace montar el tren blindado, recorre los frentes, el *limes*^[2] rojo, arrolla a los rusos blancos y a sus destacamentos de cosacos. El tren del Consejo Revolucionario de la Guerra parece estar en todas partes a la vez. Surge entre la niebla y la nieve y galvaniza a las tropas que van en desbandada. Son decenas de miles de kilómetros recorridos a todo lo largo de la guerra civil. Trotski inspecciona los campamentos, lleva armas y comandos capaces de echar una buena mano. El tren pesa tanto que va tirado por dos grandes locomotoras negras con la estrella roja, una de las cuales está siempre con la presión a punto y lista para partir. Con los ojos cerrados, Trotski recorre uno a uno, como si estuviera caminando al lado de los raíles, los vagones del tren blindado en el que pasó más de dos años de su vida, con el sueño de una sociedad utópica en marcha, un mundo de autarquía, de orden y de razón, perfectamente engrasado. En el horizonte se ve crecer la estrella roja y, con ella, la negra locomotora que se aproxima.

En los vagones hay una imprenta para el periódico del tren, una estación

telegráfica, una radio y una antena que se despliega en las paradas para recoger las noticias del planeta, un vagón con los víveres y las vestimentas, cuero para coser las botas, materiales de ingeniería y una reserva de traviesas para reparar las vías saboteadas, grupos electrógenos, un vagón hospital, un vagón con baños y duchas, dos vagones con ametralladoras, un vagón cisterna con carburante, otro para un tribunal revolucionario y vagones garaje capaces de llevar camionetas y automóviles. Situado en medio de ese tren que recorre en su memoria, el reducto del comisario del pueblo es un despacho-biblioteca, flanqueado por una cabina de baño y por un diván. La mesa de trabajo ocupa todo un lado, con un gran mapa de Rusia encima. Del otro lado están las estanterías, las enciclopedias, los libros clasificados por autores y lenguas. Alfred Rosmer, que vivió durante muchas semanas a bordo del tren, hojea allí una traducción francesa de la obra filosófica de Antonio Labriola y encuentra el *Álbum de versos y prosa* de Mallarmé, con la cubierta azul de la edición de la Librairie Académique Perrin.

Cuando baja al balasto, Trotski lleva un largo abrigo de cuero negro y una gorra con la estrella roja. Los doscientos hombres de la tropa de élite del tren blindado llevan chaquetas de cuero negro, un bonete cónico y la estrella roja en el brazo. Como todo ruso leído, en cuanto ve los rieles, Trotski no puede evitar recordar a Tolstói y a su *Anna Karénina*, y se acuerda de que Anna Arkadievna respiraba con agrado y «a pleno pulmón el aire helado y cargado de nieve y, de pie junto al vagón», contemplaba «el andén y la estación iluminada». Pero esto es la guerra. Tiene que abandonar su vagón biblioteca, subir el terraplén junto a las vías para arengar e inflamar a los combatientes, distribuir el periódico del tren, reunir a los desertores y a los colaboradores de la Legión Checa y fusilar a algunos de ellos. A orillas del Volga, Trotski se reúne con las fuerzas de la Marina Roja y embarca en el torpedero de Fiódor Raskólnikov. A bordo se encuentra Larisa Reisner. Van a apoderarse de Kazán.

Mira a Natalia y a Frida tomar el té y buscar el nombre de las plantas, sentadas a una mesa de jardín en el patio lleno de cantos de pájaros, en medio de los cactus, buganvillas, naranjos e ídolos de barro rojo, y vuelve a ver a Larisa. Le parece que Frida le guiña un ojo, pero quizás sea el reflejo de la luz en un vaso o en la fuente. Más tarde, el guapo Van le enseñará la palabra «ojeadas^[3]». Fue bajo el pleno sol de agosto, en la isla de Sviajsk, en medio del Volga, donde prepararon el ataque a Kazán.

Cada noche, Diego Rivera viene a cenar, retoma la historia de su Sindicato de Pintores Revolucionarios, fundado a principios de los años veinte junto a otros muralistas, los Dieguitos —David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco, Xavier Guerrero—, con los cuales había creado también el periódico comunista *El Machete*, antes de que crecieran las desavenencias entre los macheteros y la confrontación entre Stalin y Trotski hiciera saltar en pedazos la pequeña banda cuyos nombres

enumeraba sin que Trotski lograra memorizarlos.

Rivera dibuja los arcanos isabelinos de sus amores y sus disputas, el nido de víboras. Trotski se entera de que Frida Kahlo y Diego Rivera se casaron en casa de la fotógrafa revolucionaria Tina Modotti, también ella miembro del Partido, aunque estalinista: Tina, la traidora. Frida Kahlo tiene veintinueve años, tiene los senos pequeños y levantados, sus pezones son muy oscuros, así se ven en una fotografía de ella con el torso desnudo, quizás tomada por Tina Modotti, la mirada es orgullosa y lleva una pistola metida en la cintura de su falda larga. Trotski todavía no los ha visto, los senos de Frida.

Cada noche trata de retener los nombres, comienza a comprender que ha abandonado a una hechicera por otra, la noruega por la mexicana. En mayo de 1940, será uno de los pintores muralistas, David Alfaro Siqueiros, quien propicie el primer atentado con metralleta contra él. Sólo algunos nombres de esa pequeña banda le resultan ya conocidos. Sandino, por supuesto, y quizás Traven. Sobre todo, Maiakovski, el poeta ruso sobre el que escribió una alabanza. Éste había embarcado en Saint-Nazaire rumbo a Veracruz, había escrito a bordo «El océano Atlántico» y se había quedado un tiempo en Ciudad de México, en medio de la pequeña banda, antes de regresar a Moscú a pegarse un tiro en el corazón.

EN KAZÁN

Después de haber dejado México por Moscú, y de haber rendido homenaje a la memoria de John Reed, el autor de *Diez días que estremecieron el mundo*, que fue enterrado con honores en la Plaza Roja tras morir aquí de tifus dos años después de la Revolución de Octubre, y eso que había sobrevivido a la Revolución Mexicana y combatido del lado de los hombres de Pancho Villa, me dediqué a visitar las murallas rojas y las almenas de ladrillos del Kremlin, los bulbos coloridos de las basílicas y el gran mausoleo de Lenin, mientras pensaba en el de Hô Chi Minh en Hanói; y al día siguiente, me subí al tren Transiberiano en la estación de Yaroslav.

En Nizhni Nóvgorod, que en un tiempo se llamó Gorki, me crucé con Zajar Prilepin, de quien había leído *Botas llenas de vodka caliente*, luego proseguí en el tren hacia Kazán, en la confluencia del Volga y el Kazanka. Iba a ver la isla de Sviajsk y el lugar donde se produjo la primera victoria del Ejército Rojo. Dos horas de navegación a favor de la corriente por el Volga, desde el puerto fluvial de Kazán y a través del gran río bordeado de bosques y ribeteado de arenas blancas, llevan hasta la isla en la que también Iván el Terrible había preparado su victoria sobre los tártaros, a mitad del siglo XVI, aguardando todo un invierno bajo la nieve con sus cincuenta mil hombres.

En el verano de 1918, Trotski estaba lejos de poder contar con semejantes efectivos. Todavía duraba la guerra mundial. El antiguo imperio zarista era atacado en todas sus fronteras y se desmembraba. Al norte, los aliados habían desembarcado en el puerto de Arcángel; al sur, los alemanes ocupaban Ucrania y Crimea, y, al este los japoneses se habían apoderado de Vladivostok. El frágil y recién nacido Ejército Rojo es hostigado por los batallones de los rusos blancos en todas partes; Kazán está ocupada por la Legión Checa, que cuenta con veintidós mil hombres y ha bloqueado el Volga, impidiendo cualquier avance hacia los Urales.

Yo caminaba por la isla al igual que había recorrido las llanuras de Wagram y de Waterloo y caminado sobre el congelado río Berézina en Bielorrusia, sitios en los que no hay nada que ver ni hacer, excepto concentrarse en la Historia y decirse que uno está ahí; y visité el monasterio del Tránsito, que fue prisión y luego hospital

psiquiátrico, antes de ser devuelto a su vocación primera. En un pequeño bar de madera, a orillas de los espejeos del río, dos alegres popes, que vestían de negro y lucían barbas rojas, daban cuenta de una parrillada y unas jarras de cerveza. Yo escuchaba distraídamente el discurso aberrante de un historiador local, o enfermo mental, que afirmaba que Trotski se dedicaba a hacer misas negras en aquel lugar y que rendía culto a Judas, al que por otra parte había hecho levantar una gran estatua, felizmente destruida por la población de la isla en cuanto él partió. Y viendo que yo prestaba atención a sus palabras, no dejaba de soltar tonterías en las que mezclaba el odio inmemorial contra los judíos y el recuerdo de los carteles de la propaganda estalinista, en los que Trotski aparecía como un diablo con cuernos y rabo, armado con un tridente, que arrastraba al pobre pueblo ruso hacia las calderas del infierno.

En la pluma de Trotski, Larisa Reisner, comprometida con los combates de la Revolución desde el primer tiro, es «una figura de diosa olímpica». Alaba en ella la «fina inteligencia aguzada de ironía» y la «bravura de un guerrero». Ella participó en la toma de la fortaleza de Pedro y Pablo, y se ha convertido en la resplandeciente compañera de Fiódor Raskólnikov, quien comanda la Flota Roja del mar Caspio, el guapo Fiódor de ojos azules, el estudiante pobre y huérfano que se hizo marino, ahora comisario del Estado Mayor de la Marina. En ese verano de 1918, ambos tienen veintiséis años, y Trotski, treinta y nueve. Desatan el ataque fluvial y se lanzan al asalto del Kremlin Blanco de Kazán, la ciudad en la que Tolstói pasó su juventud y en la que Lenin fue expulsado de la universidad, después de que su hermano Aleksandr fuera ahorcado por terrorismo.

La Legión Checa, derrotada, se repliega hacia el este siguiendo la línea del Transiberiano, rumbo a Ekaterimburgo, donde el zar, que se lo había buscado, y su familia, a la que se habría podido perdonar, serán asesinados en el sótano de la casa del comerciante Ipátiev. Y, desde hace algunos años, los beatos han levantado la iglesia de la Sangre Vertida, sita por ironía del destino en la calle Karl Liebknecht, cuya sangre también fue derramada. Pero sin hacer mención alguna al asesinato de éste, ni al de Rosa Luxemburg. Sin que se haga tampoco mención al Domingo Rojo, a los muertos sobre la nieve después de que los hambrientos vinieran a reclamar pan bajo las ventanas del Palacio de Invierno. Y sin que se mencione el poema que les dedicó Ósip Mandelstam: «Cada gorrito de niño, cada guantelete, cada chal de mujer abandonado aquel día lastimosamente sobre la nieve de San Petersburgo, recordaba a cada uno que el zar debía morir, que el zar moriría».

Remontando el Volga un siglo más tarde, a bordo de la pequeña y pacífica embarcación de los bateleros, resulta más difícil imaginarse a uno liberando Kazán y arrancando a los checos el oro del tesoro imperial. La ciudad se ha convertido en la capital de un Tartaristán más o menos independiente. La mezquita Kul Sharif, regalo del rey de Arabia Saudí, alza sus altas cúpulas azules por encima del Kremlin Blanco, y reclama el título de la mayor mezquita del antiguo imperio del ateísmo. Dado que no sabría detenerme en tan buen camino y dado que he sido invitado, dado que los

estados de Francia y Rusia reunidos fraternalmente y con gran generosidad me lo proponen, y dado que todo ello no me costará un rublo, me lanzo a la conquista del este, en dirección a Omsk y Novosibirsk. Por la noche, las vías empiezan a rozar la frontera de Kazajistán, adonde Trotski fue deportado diez años después de su victoria en Kazán.

En mi litera del Transiberiano, como en la del tren blindado, espero inmóvil a que lleguen hasta mí las ciudades legendarias con ecos vernianos, las ciudades de Siberia que estuvieron prohibidas a los extranjeros hasta la desaparición de la Unión Soviética. Krasnoyarsk, la ciudad roja a orillas del inmenso río Yeniséi, donde aún están las calles Marat y Robespierre y hay estatuas de Lenin por todos lados. E Irkutsk, donde por primera vez subió a este tren el joven Bronstein, con el falso nombre de Trotski. Son los dos grandes centros administrativos del Gulag que transitó Ósip Mandelstam, deportado por Stalin. Por estos lugares míticos corre Miguel Strogoff, el correo del zar. Jules Verne, fiado sin duda a su talento y pese a que estos territorios no tenían prohibido el acceso en su época, no juzgó necesario desplazarse hasta allí y se limitó a dar a leer una copia de su texto a Turguénev.

Luego vienen los días y las noches rodando en la confusión de las longitudes, el lento trayecto sobre la vía estrecha en medio de oscuros bosques de alerces y de pinos, cuyas ramas parecen al alcance de la mano, y de bancos de flores azules y naranjas, como grandes pinceladas de gouache sobre el suave verde de junio, avanzando a la altura de la silla de un jinete y con el paso calmo de un caballo. Ni carreteras, ni rejas, ni construcciones. A veces, un puente sobre un río, luego cientos de kilómetros de abedules de troncos plateados. Con las piernas estiradas sobre el asiento corrido, sentado delante de la gran ventana rectangular, releendo las primaveras de Tolstói, «tras la niebla vino el fluir de las aguas, el crujir y flotar del hielo, el rápido embestir de aguas torrenciales turbias y espumosas», viendo florecer sobre la página la inmensa belleza de la primavera rusa y, de vez en cuando, levantando los ojos para verla ahí, recortada en la gran pantalla encuadrada por cortinas beis, con el corazón rebosante de simple y apacible felicidad: «Al día siguiente el sol amaneció brillante y derritió al poco rato la sutil capa de hielo que cubría el agua, mientras los vapores que exhalaba la tierra estremecida hacían temblar el aire tibio. La hierba vieja se reverdecía, a la vez que la nueva erguía sus tiernas briznas; los brotes de los geldres, de las grosellas, de los viscosos abedules rebosaban de savia. Una abeja zumbaba en torno a los brotes dorados que despuntaban en el sauce». Al cadencioso ritmo de las ruedas sobre los empalmes de los raíles, pasan los abetos, los cedros y los álamos de la taiga. En fin, Siberia; la inmensa y vacía parte virgen del planeta que va desde esta línea de ferrocarril, situada al sur, hasta el Círculo Polar. Y el trineo del proscrito Trotski bajo el bosque nevado, y el lago Baikal, del tamaño de Bélgica y de un azul puro e infinito, donde los grandes peces de las profundidades se alimentaban de legionarios checos una vez que el hielo se rompió en el verano de 1919, un año después de la derrota de Kazán, y los

supervivientes prosiguieron su enloquecida fuga delante de un Ejército Rojo que les pisaba los talones, que avanzaba y que les empujaba hacia el Pacífico.

A veces se ven ancianas encorvadas en una huerta delante de las típicas viviendas campesinas rusas, las isbas, y pueblos siberianos de casas hechas de troncos de alerce. Pequeñas iglesias de madera con techos pintados de azul en medio de un cementerio. Y las siluetas negras a contraluz del vuelo de las ocas grises o de las ocas marinas. Al lado de la vía hay toneles sobre ruedas que contienen el *kvas*, ese vino de centeno que se bebe en los libros de Cendrars. Una hora nueva cada mañana en el reloj de las estaciones. Vendedores de cigarrillos y de vodka, de frutas y de platos cocinados sin prisa. Los convoyes que van en sentido contrario están llenos, según las paradas, de jóvenes soldados en pantalón de faena y con los torsos desnudos y blancos, jóvenes reclutas tirados en sus literas o sentados delante de escudillas de *kasha*, las gachas rusas, o comandos especiales, los *spetsnaz*, transportados hacia las guerras modernas de Chechenia, Georgia u Osetia. La gran locomotora prosigue su camino hacia el Extremo Oriente ruso, hacia la ciudad de Ulán-Udé, en la república de Buriatia, en el linde de las estepas mongolas. Con sus yurtas y sus pequeños y recios caballos, y sus chamanes, sin duda; y en los estantes de mi compartimento, una botella de vodka negro del Altái en medio de mi biblioteca, entre obras de Tolstói y la novela *Roman* de Sorokin, *La estepa roja* de Kessel, el *Elogio de los viajes insensatos* de Golovánov y obras de Volodine con sus diferentes seudónimos. Un metálico escándalo de bujías al franquear el río Amur. Después de Jabárovsk, bordeando la frontera china y descendiendo directo hacia el sur, tras haber atravesado la mitad del planeta y un ramillete completo de husos horarios, el tren entra en la estación de Vladivostok, el puerto del este, de la cual se apoderó por fin Uborévich, a la cabeza de las tropas del Ejército Rojo, en octubre de 1922, cinco años después de la Revolución de Octubre y cuatro de la victoria de Kazán.

En 1937, mientras que Trotski, el vencedor de Kazán, está en Coyoacán, en la casa azul de Frida Kahlo, el valeroso Uborévich, el vencedor de Vladivostok, es condenado por trotskista y ejecutado. No será rehabilitado hasta 1957, el año de la muerte de Lowry, quien había llegado a Vladivostok en 1927 a bordo del carguero *Pyrrhus*. Y desde mi habitación del hotel Azimut, una torre de hormigón colgada en la cima de la pequeña ciudad en pendiente, no muy lejos de la frontera con Corea del Norte, contemplando a través del ventanal acristalado los edificios militares del fondeadero y, más allá, las aguas grises y frías del Pacífico, me imaginaba enfrente Vancouver y la Columbia Británica con la que soñaba el Cónsul de Lowry: «Columbia Británica, airosa Siberia, que no era ni airosa ni Siberia, sino un inexplorado, acaso un inexplorable Paraíso, que pudo haber constituido una solución: regresar allá, para fundar, si bien no en su isla, en algún otro lugar, una nueva vida con Yvonne».

Después de esta gran vuelta de noria desde Ciudad de México, vía Moscú, y aturdido por el vértigo y la fatiga, de pie al alba delante de la ventana del hotel Azimut, con un cigarrillo en la mano y la frente contra el cristal, me parecía distinguir con claridad en el horizonte la cabaña sobre la playa de Dollarton donde Lowry terminó el Volcán. Abandonando la isla de Vancouver, un *ferry*, o tal vez un pequeño paquebote blanco, franquea el estrecho de Burrard Inlet, desciende a lo largo de la costa americana, pasa California y prosigue su cabotaje hacia Acapulco, donde Lowry comienza el Volcán. Y descubre la presencia de Trotski en México.

ÚLTIMO AMOR

Mientras que en Rusia ejecutan por trotskismo a Uborévich, el vencedor de Vladivostok, Trotski reemprende poco a poco su labor en Ciudad de México. Ese año, Ósip Mandelstam arrastra todavía sus cadenas por el hielo siberiano de la región de Kolymá. Morirá de agotamiento al año siguiente. Como miles de personas sin relevancia que, igual que se acusa a un perro de rabia, son acusadas de trotskismo y descubren esa palabra que nunca habían oído pronunciar. En *El vértigo*, Evgenia Ginzburg, que fue arrestada en Kazán y deportada por trotskista más allá de Magadán, menciona a una vieja campesina sospechosa de trotskismo con la que se cruza en una prisión y que le pregunta: «Hija, oye, ¿también tú eres *traktista*?». La vieja se encoge de hombros y añade: «¿Quién ha inventado esas historias? Y además, a nosotras, las viejas, no nos ponen nunca en los tractores...».

Poco a poco van llegando desordenadamente estas noticias a Coyoacán. Trotski sabe que su nombre es borrado de los libros de historia y su imagen recortada en las fotografías, que sus amigos, así como su familia, son exterminados. Está sentado en la mecedora al fondo del jardín de la casa azul de Frida Kahlo, viendo a los pájaros sacudirse en las pilas en medio de las ranas y los sapos.

Éste es un jardín de cuentos populares ucranianos o mexicanos, donde los sapos y las ranas, con un beso, se convierten en príncipes o princesas. Bajo el agua tranquila, la gran sonrisa de Larisa Reisner, la ondina, la resplandeciente compañera de Fiódor Raskólnikov. Tras la victoria de Kazán, la fabulosa pareja fue enviada a Afganistán, para llevar a cabo una misión de espionaje y diplomacia. Se separaron. Larisa había vivido el nuevo fracaso de la revolución en Alemania, en 1923, y había publicado *Hamburgo en las barricadas*. Pero es en la euforia de su plenitud juvenil como él los recuerda, en Kazán, y vuelve a ver los artículos de Larisa en el periódico del tren, y las frases de *En el frente* que ella escribió más tarde: «Con Trotski, era la muerte combatiendo después de haber disparado la última bala, era morir con entusiasmo, olvidando las heridas. Con Trotski, era el patetismo sagrado de la lucha, sus palabras

y sus gestos recordaban las mejores páginas de la gran Revolución Francesa».

Y Trotski recuerda que, en medio de aquel universo de pólvora y de muerte, «esta maravillosa mujer, que fue el encanto de tantos, cruzó por el cielo de la revolución, en plena juventud, como un meteoro de fuego». Él está sentado en el jardín de Frida y ve a Frida y recupera las frases escritas tras la muerte de Larisa. «En pocos años, ella se había convertido en una escritora de primer orden. Habiendo salido indemne de las pruebas del fuego y del agua, esta Palas de la revolución fue consumida de improviso por el tifus en la tranquilidad de Moscú: apenas tenía treinta años».

¿Creía Raskólnikov que bastaba con ser el héroe de Kazán para denunciar los crímenes estalinistas? Después de acusar a Stalin en persona de haber abandonado a los republicanos españoles, había tenido que huir y había muerto solo, en Niza, quizá defenestrado en su hotel por agentes del GPU soviético o quizá arrojándose él mismo al vacío con la cabeza llena de recuerdos de Kazán, de la sonrisa de Larisa y de las esperanzas frustradas de las revoluciones rusa y española. Trotski ve ante sí la sonrisa de la bella Frida de cejas negras, con el mirlo sobre la frente y la blusa indígena multicolor y los labios rojos que quizás tararean. Él ya está celoso de Rivera. La linda princesa y el sapo gordo. Las obras de Rivera, veneradas por doquier. La amistad con Picasso, Braque, Soutine y Modigliani, con quien Rivera compartió por un tiempo taller en la calle de Départ en Montparnasse, no lejos de la calle de Odesa donde Trotski tuvo su primera residencia parisina. Está celoso y se enoja consigo mismo, furiosamente enamorado y molesto consigo mismo. La pasión y la razón se divorcian.

Tiene cincuenta y siete años y ésta es la última cosa que se esperaba. Ha escapado de la nieve y del hielo de Noruega, de las garras del GPU de Stalin y de la Gestapo de Hitler. Si ningún país hubiera aceptado darles un visado, el proscrito y Natalia habrían sido devueltos a los soviéticos, y eso habría significado la muerte en Rusia. Diego Rivera había sabido convencer al presidente Lázaro Cárdenas para que acogiera a los fugitivos, utilizó su inmenso prestigio para salvarles la vida y organizó su acogida en la casa azul de su compañera. Gracias a Rivera él está vivo, pero está también furiosamente enamorado de su compañera, de la Malinche, de la amante indígena de Cortés que le abrió las puertas de México, que le enumeró los dioses de los aztecas y tradujo las palabras del emperador Moctezuma.

Una vez que el guapo Van, el hombre orquesta, comienza a traer los libros y los archivos e instala la biblioteca, Trotski recomienda algunas lecturas a Frida y desliza entre las páginas de los libros un pequeño poema o alguna nota tierna. La pasión va a arrebatarlo durante seis meses. Frida se siente conmovida y, enseguida, conquistada. Se ven en secreto en la casa de su hermana Cristina, en la calle Aguayo, o en la habitación que su otra hermana, Luisa, pone a su disposición para sus encuentros clandestinos, cerca del cine Metropolitan. Resulta muy difícil llevar una doble vida cuando se está rodeado de guardaespaldas.

El encierro de la casa azul se vuelve penoso y Trotski se escapa, parte hacia su último exilio amoroso, en el norte de México, y se instala con sus guardaespaldas en una hacienda de San Miguel Regla. Está solo, delante de una mesa arrinconada contra un muro amarillo de tierra; escribe a Natalia Ivánovna, que se ha quedado sola en Coyoacán. Por la mañana hace ensillar un caballo y cabalga a rienda suelta por el desierto. Invita a Frida, y aquélla es una cita de ruptura. Poco a poco va sanando de su pasión, escribe a Natalia a diario, recupera el raciocinio, implora su perdón. El jefe del Ejército Rojo es un anciano solo que morirá dentro de tres años de un golpe de piolet en la cabeza. Ambos decidieron no romper las cartas de esas semanas de separación, cartas que parecen formar parte de una novela rusa de antes de la Revolución, de una novela de Tolstói, son *Anna Karénina* y son la feliz calma de un matrimonio honesto ante los sinsabores de una pasión culpable.

Trotski, San Miguel Regla, 12 de julio de 1937: «Así es, me había representado en mi imaginación que vendrías a verme, y cómo nos estrecharíamos el uno contra el otro con un sentimiento juvenil, cómo uniríamos nuestros labios, nuestras almas y nuestros cuerpos. Mi escritura se deforma a causa de las lágrimas, Natalochka, pero ¿acaso hay algo más elevado que las lágrimas? De todos modos, voy a reponerme».

Natalia Ivánovna, la casa azul, 13 de julio de 1937: «He tomado Phanodorm. Tres horas más tarde me he despertado sintiendo la misma punzada. He tomado unas gotas. Estoy tan cerca de ti, no me separo de ti. Tus breves cartas son mi “distracción”, mi sostén, mi fuerza. Qué feliz me hacen, incluso cuando son muy tristes. Estoy ansiosa por regresar a casa para leerlas cuanto antes».

Trotski, San Miguel Regla, 19 de julio de 1937: «He releído por segunda vez tu carta. “Todas las personas están, en el fondo, terriblemente solas”, escribes tú, Natalochka. ¡Mi pobre, mi vieja amiga! Querida mía, mi amada. ¿No ha habido, no hay más que soledad para ti? Nosotros todavía vivimos el uno para el otro, ¿no? ¡Restablécete, Natalochka! Tengo que trabajar. Te doy un beso muy grande, cubro de besos tus ojos, tus manos, tus pies. Tu viejo L.».

Trotski regresa a Coyoacán. Todo vuelve a ser como antes. Sin embargo, más tarde llegará la ruptura con Diego Rivera. De todo eso es testigo privilegiado el guapo Van, que escribirá mucho tiempo después sus memorias y mencionará el divorcio de Diego y Frida: «Es posible que esta crisis conyugal haya sido provocada por lo que Rivera supo, de una manera u otra, sobre el pasado. Sus celos eran extremos, aunque él mismo engañara a Frida en todo momento (o tal vez a causa de ello). Eso explicaría tal vez también su extraña evolución política». Trotski y Natalia

abandonarán la casa azul de Frida, dejarán la calle Londres por la calle Viena, a unos pocos cientos de metros, en la colonia del Carmen.

EL ENEMIGO DE CLASE DESEMBARCA EN ACAPULCO

Y para él las cosas tampoco van a ir muy bien, por lo que respecta a la pareja. Acaba de abandonar Hollywood, donde ha buscado en vano algún pequeño trabajo como guionista. Jan y Lowry desembarcan del paquebote *Pennsylvania* en medio de una gran nube de mariposas amarillas que revolotean sobre las aguas azules del Pacífico. Entran en la bahía de Acapulco el primero de noviembre, Día de Todos los Santos, o quizás el dos, Día de los Difuntos; atraviesan el puerto en medio de las ceremonias fúnebres y las músicas alegres, los petardos, los tambores y las humaredas rojas, verdes y blancas. Los dos gringos, cuyo equipaje está constelado de etiquetas, se dirigen hacia el hotel Miramar. Los altos tacones de los zapatos rojos se tuercen en los baches. Jan, de quien sacará a la Yvonne del Volcán, es de «esas mujeres americanas con grácil agilidad en el andar, claro y radiante rostro de niña bajo el bronceado y piel fina de resplandeciente luz satinada».

Lowry tiene veintisiete años, un físico de boxeador, los dedos demasiado cortos para alcanzar tanto la octava del piano como la del ukelele. Acaba de pasar una primera cura de desintoxicación alcohólica. Todavía no ha ganado ni un céntimo y vive de la pensión que su padre le hace entregar cada mes en mano, a través de obsequiosos contables, en los distintos mostradores de un banco inglés; su amigo de los tiempos de Cambridge, Davenport, recuerda que un día, abandonando sus montones de libros, discos de *jazz* y botellas, Lowry «se aseó a la fuerza... y yo lo acompañé a la City. Entró muy garbosamente a la oficina, intercambió unas cuantas palabras con el jefe de contabilidad, quien le entregó un sobre que contenía por lo menos setenta libras».

El decorado alrededor de ellos será el de un filme de John Huston, *Bajo el volcán*, grupos de indios silenciosos, inmóviles, en medio de músicas atroces y de calaveras de azúcar blanco, el pequeño féretro negro de un niño cargado de encajes blancos, velas, disparos al aire y los danzantes esqueletos de cartón de la Catrina. Estos dos no

son ni proscritos ni fugitivos. Desembarcan en México porque aquí el alcohol es menos caro. Se casaron en secreto y ahora son dos los que no ganan nada.

Es el día después del regreso a Europa de Antonin Artaud, el árbol huizache en llamas, fulminado, también él venido a calcinar sus nervios en México y a componer sus *Mensajes revolucionarios*. Lowry, como más tarde Artaud, se retorcerá bajo los electrochoques. Todavía lo ignora. Como ignora que Traven, uno de sus héroes literarios de los tiempos de Cambridge, habita no muy lejos de Acapulco, bajo otro nombre, escondido en el último rincón de una finca. Lowry se define en ese momento como «conservador anarcocristiano». Su vida podría resultar un elogio del capitalismo salvaje y de la explotación del proletariado por parte de los ricos industriales ingleses, la vida de un antisocial depravado y alcohólico que no hubiera durado mucho en el paraíso socialista, un inútil mantenido por su familia al que se le negaría la admisión en la Unión de Escritores, y la dacha y el salario mensual asociados a ella para que pudiera celebrar el poder de las masas trabajadoras mediante una novela realista y optimista de sintaxis machacona y con fecha de entrega. Pero, en lugar de toda esa basura, él va a escribir el Volcán.

Tras descubrir *Viaje azul*, Lowry quiso conocer al autor de la novela, Conrad Aiken, y aprender a su lado. Arthur Lowry, su padre, había aceptado pagarle un salario a Aiken con la condición de que éste supervisase el uso que su hijo hacía de su pensión y lo apartase del abismo, ¿por qué no entonces para que le enseñase de paso el oficio de novelista, si es que eso es un oficio? Uno se imagina el gesto escéptico del comerciante de algodón al firmar en su despacho de Liverpool los cheques para Aiken. Lowry embarcó con destino a Boston y se instaló al lado de Aiken, en Cape Cod; fumó sus Balkan Sobranie sobre las empalizadas arenosas mientras conversaba de literatura, acompañó a Aiken más tarde a España y se encontró con Jan en los jardines de la Alhambra. Eso fue en julio de 1933. Ese mismo mes, el partido nazi se convirtió en el único partido de Alemania.

El mundo se lanza a toda marcha hacia una nueva guerra. Esos ricos holgazanes prosiguen con sus vacaciones como si estuvieran todavía en los locos años veinte, con sus cupés Panhard y sus chicas sobre las cubiertas de los paquebotes con cortes de pelo a lo *garçon*, tacones altos y vestidos ligeros, con sus flirteos y sus boquillas de marfil. Al anochecer van a escuchar flamenco donde los gitanos del otro lado del riachuelo, ven ocultarse el sol tras las murallas de la Alhambra y por encima de las palmeras, contra la nieve rosada del horizonte. Levantan sus vasos a la salud del padre. Porque sigue siendo su padre, desde Liverpool, quien los llena.

Más lúcido, Trotski recibe ese verano a Georges Simenon en la isla de Prinkipo y le concede una entrevista. Le confirma que está dispuesto a volver a servir a Moscú una vez que las condiciones se lo permitan. Redacta con urgencia *¿Qué es el nacionalsocialismo?* Y escribe esta frase: «El tiempo que necesite Alemania para

armarse es lo que va a determinar el plazo que nos separa de una nueva catástrofe europea. No se trata de meses ni de decenios. Unos pocos años bastarán para que Europa se encuentre de nuevo sumergida en la guerra».

Después de haberle expulsado en 1916 y entregado a las autoridades españolas, Francia, en este verano de 1933 y siendo secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el Quai d'Orsay, Alexis Léger, quien publica bajo el seudónimo de Saint-John Perse; Francia pues, que apuesta por la derrota de Stalin, decide otorgar el visado a «Léon Trotski, escritor», y, hasta su muerte, su seudónimo ruso permanecerá en su pasaporte unido como apellido a un nombre francés. Trotski abandona de inmediato su exilio turco, embarca en el paquebote italiano *Bulgaria* con destino a Marsella, emprende un largo peregrinaje que lo llevará a atravesar en un año las ciudades de Burdeos, Montde-Marsan, Bagnères-de-Bigorre, Tarbes y Orleans; se instala por un tiempo en Saint-Palais, cerca de Royan, y luego en un escondite de Barbizon, antes de huir vía Lyon hacia Grenoble, rasurarse de nuevo la perilla y escapar finalmente a Noruega.

Ahora estamos en 1937.

Después de haber recorrido el planeta cada uno por su lado, el escritor ruso y el escritor inglés están en México. Jan y Lowry toman el autobús en Acapulco rumbo a Cuernavaca y luego a Ciudad de México. Cada primero de mes, el hijo recibe en mano los ciento cincuenta dólares de su padre en la oficina del Banco Nacional de México, en la calle Isabel La Católica. Cada mes, Jan y Lowry pasan pues unos días en el hotel Canadá, en la avenida Cinco de Mayo.

Helos ahí, Lowry y Trotski en la misma ciudad.

LOWRY & TROTSKI

No es la primera vez que estos dos están al mismo tiempo en la misma ciudad. Tres años antes, Jan y Lowry vivían en la calle Antoine-Chantin, en el distrito catorce de París. *Ultramarina* acababa de aparecer publicada por Jonathan Cape. Lowry, que había conseguido que se aceptara su novela como trabajo de fin de estudios en Cambridge y con ello había obtenido un diploma de literatura inglesa de tercera categoría, bagatela que, de igual modo que la corbata de un club pasa de padre a hijo, le había sido concedida más por su clase social que por su condición de estudiante, convenció a su padre de que, siendo ahora escritor, donde debía estar era en París, puesto que es la capital de las Letras. Y el salario de ángel guardián pasó de ese modo de Conrad Aiken a Julian Trevelyan, pintor surrealista inglés, amigo de Max Ernst y de Joan Miró. Jan y Lowry se casaron a espaldas del padre de él en el ayuntamiento del distrito catorce, el 6 de enero de 1934.

En cuanto a Trotski, a quien le estaba prohibida la permanencia en la capital pero que, de tiempo en tiempo, venía desde su escondite de Barbizon, al borde del bosque, para asistir a alguna reunión clandestina, para encontrarse con Simone Weil o para recorrer los puestos de libros de segunda mano de los *bouquinistes* en la ciudad en la que el río corre todavía entre dos hileras de estantes de libros; en cuanto a él, Francia dudaba de nuevo. Sin faltar a la palabra dada, ni anular su visado, se consideraba la posibilidad de alejar a Trotski, enviarlo a Tahití, por qué no, o a Madagascar o a Reunión, pues todo eso formaba parte todavía de Francia. Malraux se subleva.

Es el año de *La condición humana* y tiene las tribunas abiertas. Ha ido a encontrarse con Trotski en su retiro de Saint-Palais. Eso es antes de la guerra de España y los aviones y las ametralladoras. Se trata de un artículo, pero releýéndolo hoy uno oye en él el tono de un discurso, la gran voz y la cadencia enfática del ministro gaullista; uno ve las manos temblorosas que secan el rostro, apartan el mechón o estiran el lóbulo de la oreja. Lo publica en la revista *Marianne*: «Debemos reconocer en cada revolucionario amenazado a uno de los nuestros; lo que se expulsa

con usted en nombre del nacionalismo, en el momento en el que no hay suficiente respeto por los reyes de España protectores de los submarinos alemanes, es la Revolución. Este verano habrá en Deauville con qué volver a llenar de reyes el palco de honor de Voltaire; pero hay también, por desgracia, en los bastiones y en las casas de los miserables, con qué formar un ejército de revolucionarios derrotados. Yo sé, Trotski, que vuestro pensamiento no espera del implacable destino del mundo más que su propio triunfo. Vuestra sombra clandestina, que desde hace casi diez años va de exilio en exilio, puede que haga comprender a los obreros de Francia, y a todos cuantos anima esta oscura voluntad de libertad que las expulsiones han sacado a la luz, que unirse en un campo de concentración es unirse ya un poco tarde».

Un mes exacto después del matrimonio de Jan y Lowry, el 6 de febrero de 1934, Maurice Nadeau, que acaba de escribir para la revista *La Verité* dos críticas elogiosas de *La condición humana* y de *Mi vida*, tiene una cita con Trotski. Hay tiros por todos lados, en el frío de febrero, y el contacto se anula. El ejército está en las calles. Trotski cree preferible quedarse en Barbizon. Un año después de la ascensión de Hitler al poder, París vive en el filo de la navaja, entre la extrema derecha y la extrema izquierda, y los motines degeneran, se vuelven mortales. Esto sucede exactamente quince días antes del asesinato de Sandino en Managua, Nicaragua, que apenas causará preocupación en Europa.

Iniciado en el trotskismo y la literatura por Pierre Naville, Maurice Nadeau será más tarde el editor del Volcán en lengua francesa; se encontrará a la salida del metro de Odéon, al pie de la estatua de Danton, con el clandestino Víctor Serge, quien le entregará sus traducciones de Trotski para que las publique en *La Vérité*, y también con Simone Weil, que abandonará la enseñanza de la filosofía para meterse a obrera de la Renault, y de quien Maurice dirá que, en aquella época, «era más trotskista que nadie».

Después de la guerra, en 1949, Lowry regresará para pasar seis meses en París, con el pretexto de ayudar a Clarisse Francillon, a quien Maurice había confiado la traducción del Volcán. Y sesenta años después, en 2009, estoy sentado con éste en el asiento trasero de un potente automóvil negro perdido en las pequeñas carreteras de la región del Loira, cerca de Chinon, en busca de Saumur. La luz de junio arranca reflejos del apacible río y de las piedras de toba blanca de los pueblos. Vamos a hacerle un homenaje a Lowry, con motivo del centenario de su nacimiento, en la abadía de Fontevraud donde yacen los monarcas de la dinastía de los Plantagenet. Maurice fue también el primer editor de otra novela de Lowry, *Piedra infernal*, cuyo héroe se llama Bill Plantagenet.

En su apartamento de la calle Malebranche, cerca del Panthéon, ese curioso apartamento lleno de bibliotecas y de archivos en el que es posible visitar todas las estancias sin volver nunca sobre los propios pasos, a condición de atravesar el cuarto

de baño, bien provisto de dos puertas, y la habitación de Maurice, también llena de libros; allí, le había expuesto yo el proyecto de juntar las vidas de Lowry y Trotski y le había explicado que venía a pedirle consejo, a él, que era sin duda el único en el mundo que había estado tan cercano a ambas obras y ambos escritores. En las estanterías, como evidencia, había una fotografía de Trotski en medio de una colección de estatuillas. Maurice, como deferencia a mí, había buscado algunas cartas de Lowry. Sentados frente a frente en la cocina, delante de un filete con patatas, probamos a reunir los fragmentos, él de la historia y yo de la geografía. Yo venía de México y Maurice de los años treinta. Maurice nunca había pronunciado *Uajaca* por Oaxaca y seguía diciendo *Oaksaka*.

Siempre está ahí esta historia de la frase de Roland Barthes en *La cámara lúcida*: «Ver los ojos que han visto los ojos». Delante de mí, que estaba que no me llegaba la camisa al cuerpo, los ojos casi centenarios de Maurice que habían visto los ojos de Jorge Luis Borges y de Henry Miller, de Benjamin Péret, de Tristan Tzara y de André Breton, de Queneau, de Bataille, Blanchot, Michaux, Artaud y muchos otros. Desde nuestro primer encuentro, me insistió sonriendo en que yo le recordaba a Henri Barbusse, en que había algo en mi rostro y en los gestos, en las manos, y más tarde conseguí encontrar un pequeño filme en blanco y negro sobre el autor de *El fuego*, rodado a principios de los años treinta en Moscú, sin sentir por mi parte el vértigo del Doppelgänger.

Eran unos encuentros fraternales y desde el primer día Maurice había impuesto entre nosotros el tuteo, sin duda porque pertenecíamos a esa extraña cofradía cuyo elogio él mismo hizo en su prefacio al *Volcán*: «Existe una extraña cofradía: la de los amigos de *Bajo el volcán*. No se sabe quiénes son todos sus miembros y éstos tampoco se conocen todos entre sí. Pero en cuanto en una reunión alguien pronuncia el nombre de Malcolm Lowry y cita *Bajo el volcán*, comienzan a juntarse, se aíslan y comulgan en su culto». We band of brothers^[4].

Maurice me repetía que había que leer ese libro varias veces, como todas las grandes novelas, y alababa a Max-Pol Fouchet, que había esperado hasta su sexta lectura para escribir ese texto luminoso en el que aparecen Rimbaud, la idea de caridad y el alcohol místico. Otro día, estábamos sentados en el salón. Él me había regalado un libro de Pierre Naville que hacía mucho que estaba agotado, *Trotski vivo*, en el que Naville evoca su primer encuentro con Trotski en un despacho del Kremlin, en el Moscú de 1927, antes de su caída —«Trotski no está vestido con esa guerrera militar con la que estamos tan familiarizados por las fotografías, sino con una americana gris de *sport* y una corbata que tira a rosa»—, y también su primer encuentro con Maiakovski: «La salvación de Maiakovski seguía siendo fundamental. Este poeta era, con Trotski, el único hombre de verdadera altura, como decimos nosotros, que uno podía encontrar en Moscú. Dos años más tarde se suicidó. Los lacayos del régimen lo trataron de cobarde y Trotski le dedicó un artículo noble y claro. Aquel alma y esta mente se habían cruzado delante de mí».

Después vi menos a Maurice. La última vez nos encontramos por causalidad, él ya centenario, delante de la estación de taxis del Lutetia, en el bulevar Raspail, bajo la marquesina porque llovía. Él me preguntó cómo iba mi *Lowry & Trotski*. Yo estaba ocupado trabajando en otro libro sobre Asia. Él llevaba su cazadora de cuero negro de rebelde; se encogió de hombros y subió a su taxi.

En ese comienzo de 1934, en el momento de la cita frustrada de Maurice y Trotski, cuando estallan los motines de París, la recién casada Jan considera que el genio ya está tardando mucho en manifestarse. Ella imaginaba quizás que habría un libro al año y champán en casa de los editores. Y resulta que es la esposa de un borracho que con frecuencia está ausente. A Lowry le gusta caminar por la ciudad, busca los pequeños colmados obreros, bebe vino tinto siempre de pie, firme junto a la barra de zinc, hasta que tiene que echarse junto al mostrador sobre el serrín. Muy pronto, Jan despide a sus amantes parisinos, va hasta El Havre y embarca rumbo a Nueva York a bordo del *Île-de-France*.

Su llegada a México es una nueva tentativa. Entre Acapulco y Ciudad de México, visitan Cuernavaca, ven el palacio de Cortés y los frescos de Diego Rivera, alquilan una casa rodeada por un jardín y, Jan lo recordará, «con una vista espléndida sobre los dos volcanes, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, y en las tardes, cuando el sol comenzaba a descender, era maravilloso sentarse allí con una copa y escuchar el ruido de los insectos abajo, en el jardín, mirar los colibrís y simplemente respirar el aire puro y oír el golpeteo de las pezuñas de los caballos a lo lejos».

Al regreso de uno de los trayectos para ir a recibir la pensión mensual a México, Lowry escribe un pequeño relato, unos cuantos folios; es sobre un suceso, un jinete muerto al borde de la carretera, un pobre *pelado*^[5] al que asaltan para quitarle sus escasos pesos. Titula el relato *Under the Volcano*, lo deja aparte, saca de sus bártulos el manuscrito de *En lastre hacia el mar Blanco* y la Remington portátil. Y luego llega el milagro de Cuernavaca.

Como los filamentos de la madre en una jarra de vinagre, el relato se ramifica y llena su mente. Lowry deja hundirse *En lastre hacia el mar Blanco*, recorre las cantinas. Está convencido de que si es feliz se perderá para la literatura. Jan se echa amantes y él mezcal, y cada una de sus actividades amplifica la otra. Él instala su campamento en la veranda, escucha sonar los tacones altos de la traición sobre las baldosas y sobre su bóveda craneal. Cuando Conrad Aiken le visita, encuentra a Lowry «obstinadamente enfrascado, con su insaciable visión, en ese nido de trapos y sábanas viejas donde pasaba casi todo el tiempo, en la terraza de la villa».

Aiken habla también en sus memorias de las múltiples infidelidades de Jan, de sus partidas silenciosas hacia la estación de autobuses y de sus silenciosos y orgullosos regresos algunos días más tarde, y Lowry siempre en la veranda, sentado delante de la Remington, encomendándose a Dios para escribir, Le implora, my

Sweet Lord, «amado Señor Dios, muy seriamente, yo Te suplico que me ayudes a terminar bien esta obra, incluso si es mala, caótica y pecadora, de manera que pueda ser aceptable a Tus ojos». En ese verano de 1937, mientras Trotski intenta olvidar a Frida Kahlo en la hacienda de San Miguel Regla, el relato ya se ha convertido en una novela corta. El nombre de Trotski todavía no aparece en él. Según Aiken, lo que se puede leer en él son versos del *Fausto* de Marlowe. Lowry necesitará diez años para hacer de ese pequeño relato una de las más grandes novelas del siglo xx, expresión un poco en desuso hoy, porque lo que él imagina es que vuelve a revolucionar el arte de la prosa poética, un sueño tan inmenso, magnífico e inaccesible como el de la Revolución permanente de Trotski.

EN HIPÓDROMO

El ritmo del tamborileo de la lluvia sobre la tierra se torna prodigioso. Las tormentas en México adquieren la violencia de un monzón; luego cesan y el sol aparece. Hay pequeños lagartos que escapan de los helechos mojados y trepan por los troncos. En la terraza de La Selva, un violinista incordia moderadamente a los clientes, toca melodías lacrimógenas y tararea corridos hasta poder pagarse un café con leche, mientras las trombas de agua caen desde los árboles y borbotan en las cunetas. Un perro callejero se pone al abrigo bajo la mesa.

Es en este barrio de Hipódromo donde un mediodía, después de haberle telefoneado y haberle expuesto un proyecto todavía bastante vago, invité por primera vez a Vsiévolod Volkov, hoy llamado Esteban Volkov, y antes Sieva, el nieto del proscrito, el último superviviente del linaje exterminado, que fue herido en la casa de Coyoacán durante el primer atentado de mayo de 1940. En la terraza del restaurante, retoma con paciencia la sangrienta historia de su familia. Alto, de cabellos blancos, los ojos muy azules y la sonrisa cálida, su rostro es el de los últimos retratos del proscrito, incluso ahora que él es octogenario y por tanto más viejo de lo que nunca fue Trotski.

Su madre, Zinaida, a la que llamaban Zina, era hija de la primera compañera de Trotski, Aleksandra Lvovna. Zinaida nació en Siberia durante la deportación de sus padres, antes de que Trotski se fugara solo para ir a reemprender su trabajo revolucionario en Europa. Más tarde se casó con Platon Volkov, que también moriría por haber cometido el crimen de ser yerno del proscrito. Sieva nació en el momento en que las cosas ya no iban bien, poco antes de la deportación de su abuelo a Alma-Ata y luego a Prinkipo. En 1931, Zinaida, enferma de tuberculosis, había conseguido que la dejaran reunirse con su padre en su exilio turco. Stalin había exigido que se llevara consigo a uno de sus dos hijos y ella le escogió a él, el más joven, entonces tenía cinco años, y dejó atrás a su hermana, la pequeña Aleksandra a la que nunca volvería a ver.

Durante aquella estancia turca, Zinaida, al igual que todos los miembros de su familia, fue desposeída de su ciudadanía y su retorno se hizo imposible. Se suicidó en

Berlín, en 1933, antes de la ascensión de Hitler al poder. Había enviado a Sieva a París, a casa de su medio hermano Lev Sedov, hijo de Trotski y de Natalia Ivánovna, y vivió con él hasta que éste murió en una clínica, asesinado a los veintinueve años de edad por los agentes de Stalin, y él se encontró en un orfanato con el seudónimo de Steve Martin. Desde México, Trotski había entablado un proceso y obtenido la custodia del niño. Fue Alfred Rosmer, el viejo compañero de la época del tren blindado, quien acompañó a Sieva desde París hasta Coyoacán. Él vivió, pues, en la casa de la calle Viena, junto a su abuelo, hasta el asesinato de éste en agosto de 1940.

Su padre, Platon Volkov, había desaparecido en los campos siberianos, como el segundo hijo de Trotski y Natalia Ivánovna, Serguéi, deportado a la región de Krasnoyarsk; y ante aquella hecatombe, ante aquel encarnizamiento para exterminar a toda su familia, a todos sus amigos, a cuantos le apoyaban, a todos aquellos a los que había conocido porque Stalin todavía no había conseguido alcanzarle a él, Trotski, por primera vez, había estado a punto de abandonar, había pensado en el suicidio y había escrito a propósito de su último hijo, Serguéi: «Si yo desapareciera, ¿quizás lo liberarían?».

Después hablamos un poco de la actualidad, quizá evocamos la reciente detención de un poeta caníbal. Yo había regresado a mi estudio, a mis cuadernos de piel de topo y mis blocs de borradores, había tomado notas y, como tantas veces, había vuelto a mirar la fotografía en blanco y negro que estaba en la estantería, tomada en Cuernavaca a los pocos días de la llegada de Jan y Lowry. Están sonrientes. Lowry lleva un *short*. El torso desnudo es macizo. Jan lleva una faldita de verano. En primer plano, un cenicero lleno y una botella empezada de tequila El Centenario, que evocan dos actividades que conjuntas producen pocos centenarios. Salí al final de la tarde en medio del olor a tierra mojada; el sol era ya débil y jugueteaba entre las ramas, yo seguía con mi recorrido del antiguo hipódromo devorado hacía ya mucho tiempo por la urbanización, pero cuya forma todavía es visible en el mapa de la ciudad y, sin duda, a vista de avión.

La avenida México traza un primer anillo oval alrededor del parque San Martín, y puede que fuera la pista de carreras de caballos, a menos que lo fuera la avenida Ámsterdam, que dibuja un segundo anillo ovalado mucho más ancho alrededor de la avenida México, con una doble calzada de dos vías para los automóviles, y cuyo recorrido completo es de dos kilómetros; entre ambas hay un camino central de cemento para los peatones, oculto bajo la vegetación de palmas y abetos, de cactus y flores, en medio de la cual picotean pequeñas tórtolas grises moteadas, como las que aparecen en el Volcán.

Es reconfortante seguir cada día esta calle y regresar a su punto de partida sin haber dado nunca media vuelta, ir de la plaza del volcán Iztaccíhuatl a la plaza del volcán Popocatepetl, cada una sombreada por grandes árboles y provista de bancos

situados junto al frescor de los saltos de agua de sus glorietas, y sentirse confortado al girar en redondo y recomenzar. Y durante este ejercicio cotidiano, casi kantiano, con las manos en los bolsillos o en ocasiones a la espalda, disfrutar de la libre asociación de ideas que la marcha propicia, y averiguar cómo Plutarco habría podido incorporar a sus *Vidas paralelas* a Trotski y a Lowry. A aquel que actúa en la Historia y a aquel que no lo hace.

La ciudad era ya inmensa en 1937, y tenía la gran avenida de Insurgentes, de cuyos más de setenta kilómetros recorro algunos centenares de metros a veces, hasta el pequeño parque triangular Juan Rulfo. Quizás su transformación más notable desde 1937 sea, a ras de tierra, el tráfico de automóviles, y en el cielo, el de los helicópteros de los banqueros y de los reyezuelos de los cárteles del narco. Pero sobre el óvalo de Ámsterdam, lo que se invoca son los fantasmas de los caballos que galoparon aquí y que no volverán más, como si los caballos, que han salido de la Historia, debieran salir también un día de las páginas de las novelas.

Uno ve pasar aquí, bajo los árboles, al gran caballo de Rimbaud que «huye velozmente por la pista suburbana y a lo largo de cultivos y plantaciones, penetrado por la peste carbónica»; y al de William Blackstone, el erudito de Cambridge que partió para vivir como Traven entre los indios y para lanzarse con su fogoso caballo por la pradera. Los caballos de Pancho Villa y Emiliano Zapata, las cabalgadas de Sandino entre el polvo de Nicaragua y, en las páginas de Tolstói, las carreras sobre la pista elíptica de Krásnoye Seló, cuando «la inquietud del caballo se contagió a Vronski. Tenía la sensación de que el corazón le latía con fuerza y de que al igual que el animal él también quería moverse, morder; era algo delicioso y atroz».

Todos conocían entonces el olor a cuero húmedo y a establos, y las espirales de moscas alrededor de las testuces sudorosas durante el verano. Y quizás sean ésas las frases a las que Trotski daba vueltas en su cabeza con deleite cuando, como escribe su guardaespaldas, el guapo Van, bruscamente «empezó a fustigar a su caballo, lanzó gritos en ruso y partió al galope. Ya estaba lejos de ser un jinete experimentado, pero no cabía ninguna vacilación: fustigué a mi caballo. Heme aquí galopando, sosteniéndome más mal que bien en la montura. Mi revólver se bamboleaba a mi costado. Si salí del paso sin incidentes, sin duda fue porque la montura era buena. Trotski y yo galopamos así, yo siguiéndolo con esfuerzo, hasta reencontrarnos luego de cierto tiempo en la carretera de México a Taxco. Allí galopamos a gran velocidad, hasta la entrada a Taxco». Y yo veía trotar también a los caballos de Hugh y de Yvonne por Cuernavaca, al inicio del Volcán, «cuán gozoso podría ser todo esto, cabalgando así bajo el deslumbrante cielo de Jerusalén», y al caballo robado del pelado, marcado con el número 7, como el caballo que Vronski, el amante de Anna Karénina, mata montado sobre él durante la carrera, el caballo del pelado que se convertirá en mensajero del destino y matará a Yvonne al final del Volcán.

Cada día, al final de mi recorrido hípico, llego a la terraza de La Selva, en la esquina de la calle del volcán Iztaccíhuatl, ese café que lleva el nombre de Casino de La Selva de Cuernavaca donde comienza el Volcán, en el Día de los Difuntos, un hotel-casino hoy día desaparecido cuyo lugar ocupa un supermercado al que recuerdo haber ido a comprar vino blanco seco; y, sentado en esta terraza de La Selva, escucho al violinista lleno de misericordia, que es la última persona que se dirige al Cónsul en el Volcán, antes de que, en El Farolito, los fascistas sinarquistas que lo insultan, lo empujan y le llaman Trotski, lo abatan de un tiro y echen al fondo de la barranca su cuerpo y después el de un perro muerto.

En este barrio cosmogónico de Hipódromo, que parece el decorado del Volcán, las dos plazas circulares, con los nombres de los dos volcanes que se elevan por encima de Cuernavaca, gravitan como electrones o planetas en la elipse de la avenida Ámsterdam, en órbita alrededor del núcleo solar del parque donde otrora se alzaban las salas de pesaje y de apuestas, ese parque convertido en jardín del Edén, como aquel en el que Lowry lee el cartel que él transforma en mandato bíblico. —«¿Le gusta este jardín, que es suyo? ¡Evite que sus hijos lo destruyan!»—, con el gran dedo de Dios blandido desde el triángulo en medio de las nubes, y el mandato de largarse del inmerecido paraíso. Mucho más persuasivo y educado que los estúpidos «Don't walk» o «Pelouse interdite», aquí, en el parque San Martín, se lee este otro cartel, con fecha de 1927, que uno no puede sino suscribir:

EL RESPETO A LOS ÁRBOLES,
A LAS PLANTAS Y AL PASTO ES SIGNO
INEQUÍVOCO DE CULTURA

Hacía días que no había bajado al metro ni subido a un coche. Una tarde voy de regreso de Coyoacán con Mario Bellatin, escritor mexicano nacido peruano, él al volante y detrás de nosotros, sobre el asiento, sus tres perros, de los cuales uno es un perro pelado azteca, un xoloitzcuintle. Mario pasa su brazo izquierdo sano por encima de su brazo derecho mecánico para mover la palanca de cambios, y me tiende, sin duda con un tercer brazo, un pequeño libro ilustrado de fotografías que acaba de publicar: *Demerol sin fecha de caducidad*.

Han descubierto un cuarto de baño escondido en la casa azul de Frida, al echar abajo una pared. En 1955, un año después de la muerte de Frida y mientras la casa azul se convertía en santuario, en el Museo Casa Azul, Diego Rivera amontonó en ese cuarto de baño, antes de tapiarlo, diversos objetos que consideraba que no debían ser expuestos. Luego Diego murió, en 1957, y el asunto fue olvidado. Allí se han encontrado montones de cajas llenas de correspondencia y fotografías, baúles y cientos de dibujos, faldas, una pierna artificial, un retrato de Stalin, una tortuga

disecada, los corsés de cuero y de metal que Frida llevó tras su accidente de tranvía antes de terminar su vida en una silla de ruedas, así como una gran cantidad de envases de Demerol, para combatir los dolores, algunos llenos y otros ya empezados, de los que parece que ella hacía al mismo tiempo gran consumo y gran provisión.

Pasando las páginas del libro de Mario, me he acordado de que el Demerol es un producto que William Burroughs menciona en su novela *Yonqui*. Él lo utilizaba como sustituto de la heroína, y su absorción calmaba los violentos temblores en los raros periodos en que intentaba desengancharse. Producto calmante que sin duda echó en falta aquel día de septiembre de 1951, en el barrio de Roma, justo al lado del de La Condesa, al otro lado de la avenida Insurgentes, en el que jugando a Guillermo Tell con una pistola se cargó a su mujer de un balazo en la cabeza.

El Demerol de Frida era siempre operativo, precisa Mario, pues en cada envase figura la etiqueta «Sin fecha de caducidad», que él tomó para dar título a su libro. El Demerol de Frida todavía podría calmar nuestros dolores. Hablamos del amor imposible entre Frida y Trotski. Y, pasando de nuevo su brazo útil por encima del brazo mecánico para agarrar el freno, Mario estaciona delante de mi estudio en Hipódromo.

Después de que me pareciera necesario, para leer a Trotski, atravesar Rusia y Siberia en tren, me pareció deseable saber con qué mojaba sus labios Lowry para escribir su «fantasmagoría mezcalera», y emprendí la empresa de tragarme la lectura de las trescientas páginas de una obra de Rogelio Luna Zamora, *La historia del tequila, de sus regiones y sus hombres*. Lowry, que nunca supo mucho español, confundía el peyote y el agave, y supuso que en el fondo de su mezcal estaba la mescalina. Confusión que no cometen ni Burroughs, siempre metido en sus enciclopedias botánicas y de armas de fuego, ni Huxley, venido también a iluminarse en mexicolor para escribir *Las puertas de la percepción*, título que tomó prestado de unas palabras de William Blake, de las cuales sacará el poeta Jim Morrison el nombre de su banda de *rock*. We band of brothers. Y en mi preocupación por instruir a mi vez a los hombres, y entre ellos a nuestros hermanos bebedores, amenicé esta lectura científica con numerosos ejercicios prácticos, por puro amor a la verdad literaria, ejercicios de los que se concluía que el mejor brebaje era uno cuya etiqueta anoté de inmediato en un cuaderno con el fin de no olvidarlo nunca: Perlado, Mezcal Artesanal, Espadín, Alberto Juan, Maestro Mezcalero, Oaxaca.

AGAVE

Ni una gota de mezcal que yo no haya transmutado en oro puro.
Ni un solo vaso de alcohol al que yo no haya hecho cantar.

MALCOLM LOWRY

Cave un hoyo. Meta una piña. No deje aflorar más que el copete de hojas picudas, como una roseta. Usted tiene a sus pies una especie de agave en versión bonsái. Puede retirar la piña. Eso no crecerá jamás. Era sólo para darle una idea del crecimiento del agave según Rogelio Luna Zamora: si eso fuera un agave azul, Tequilana Weber azul, al cabo de algunos años usted estaría contemplando sus hojas aceradas en contrapicado.

Se conocen decenas de especies de agaves, y los indios los llamaban «magueyes». Ellos sacaban de la planta una buena parte de su vida material y de sus bebidas alcohólicas. Al igual que el cactus candelabro, el agave se ríe de los suelos pobres y pedregosos sobre los que nada más crece. Se le ve expandirse por las zonas áridas alrededor de Guadalajara, cuya etimología árabe^[6] muestra bien que este valle de piedras del estado de Jalisco, en torno a las ciudades de Amatitán, Tequila y el Arenal, y sobre todo en la región de Los Altos, no es un paraíso. Sobre estos altiplanos desérticos, que forman los paisajes de los libros de Juan Rulfo, entre este polvo amarillo embebido de sangre de contrarrevolucionarios cristeros a principios de los años veinte, por estos pueblos fantasma donde balbucean los muertos en *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*. En el aire azul y transparente, los huizaches retuercen sus delgadas ramas como bajo una tormenta.

No se retoza con las ninfas de grandes senos blancos en los campos de agave, como se haría en medio de las viñas. Baco no los elegiría para sus siestas legendarias y priápicas. El agave pincha de veras, araña y desgarrar. Los dioses de los indios no le tienen miedo a la sangre. De las largas hojas carnosas erizadas de puntas se sacan los clavos y las agujas de coser. Aplastadas de cierta manera dan una espuma con la que

se hace jabón, y de otra manera, las fibras tipo sisal que se usan para tejer tapices y hamacas. Su tallo da para hacer navajas de afeitar, y su savia, una melaza, el aguamiel, y, por evaporación, azúcar. Todo eso al aire libre y durante años, como si fuera un cajero automático colectivo puesto en medio del pueblo.

Pero lo más importante madura en la oscuridad. Cuando la planta por fin florece, muere. Ése es, según los botánicos, el banal destino de las plantas monocárpicas. Ésa era la buena voluntad de los dioses, según los indios: la floración anunciaba sus libaciones.

Los indios quemaban entonces el corazón de la planta, que parece una piña gigante de entre treinta y sesenta kilos, y que justamente se llama así, piña. Cavaban en el suelo, en el mismo lugar, un horno de carbón de leña. Echaban agua sobre las brasas y sobre el jugo que rezumaba y burbujeaba, mezclado con las fibras, las partículas de carbón, los pequeños insectos asados y otras cosas convertidas por azar en condimentos. Lo dejaban fermentar durante doce días en verano o dieciocho en invierno y ahí estaba el vino de mezcal. Lo recogían en calabazas y daban gracias a los dioses multicolores y feroces con danzas desenfrenadas y corazones humanos sacrificados. Los españoles prohibieron por un tiempo aquel brebaje fuente de trastornos; luego probaron el vino de mezcal y consiguieron extraer de él, mediante doble destilación, su puro espíritu, transparente como el agua de rocas o el oxígeno: con el corazón de la Tequilana Weber azul se obtiene el tequila, porque se dice en masculino, hombre, y el femenino «la tequila» que usan los parisinos hace reír con ganas a los mexicanos. Es siempre el problema de la traducción, y ya del francés al español el suelo se eleva al cielo.

El inglés empuja, torpón, con un golpe de hombro, la puerta de la cantina, duda entre un Herradura reposado con su sangrita y un mezcal especiado de Oaxaca. Le ponen delante, sobre el mostrador, dos vasos altos y estrechos. La sangrita es femenina, es una mezcla especiada de jugo de tomate, limón y chile que da sed de tequila. Uno moja en ella los labios alternativamente, como con el sol y la luna, el agua y el fuego, o los dos volcanes, masculino y femenino, que se alzan por encima de Cuernavaca y que nunca se encontrarán, consumidos de orgullo y de soledad. Uno comienza a beber antes del almuerzo, que se alarga hasta la tarde, y vuelve a pedir al anochecer, cuando cae el día.

Al final de la noche, usted puede partir en dos la piña desenterrada al principio de esta experiencia, verter un poco de su jugo en el tequila y añadirle una gota de jugo de granada para adornarlo: ahí tiene un tequila sunrise. Y el sol se eleva, en efecto, tras las ventanas de la cantina, llena la sala a borbotones e inflama los panes de azúcar del repartidor. El muchachote inglés está amodorrado en el mostrador; tiene delante una estilográfica y un cuaderno abierto. Los indios borrachos duermen al fondo de la sala, con la cabeza entre los brazos. Las bombillas están todavía

encendidas. Como siempre, esta mañana ninguna Yvonne vendrá a buscarle, ni empujará la puerta con campanilla, ni recortará su frágil silueta a contraluz, con la vestimenta arrugada de haber pasado la noche en el autocar para venir a salvarle, a posar sus dedos sobre la mejilla rasposa, a llevarle a dormir y a consolarle por haber nacido. Los primeros rayos del sol llenan la estancia de un cobre líquido y él se mete de un trago el sunrise, enrojecido por el alcohol de agave: con ello se pone fin a la salida del sol y al sangriento sacrificio de los corazones humanos.

EN COYOACÁN

Después de haber caminado solo por el barrio, haber buscado las huellas de la pequeña banda y haber remontado las calles alrededor del zócalo, estuve leyendo los periódicos rebosantes de muertes causadas por el narcotráfico en la terraza de Los Danzantes, un bar de mezcal que es una sucursal del de Oaxaca. Luego comencé a frecuentar a Margo Glantz, la gran dama que vivía en una hermosa mansión colonial llena de bibliotecas y de flores, donde encontré a los escritores mexicanos que ella invita a largos almuerzos que duran hasta la noche; a Mario Bellatin, Sergio Pitol y Juan Villoro, quien acababa de escribir un nuevo prefacio para una edición de *Bajo el volcán*, del cual retuve esta frase: «Seguramente, Lowry se las habría arreglado para sufrir igual en Suiza, pero no hay duda de que México contribuyó de manera específica al deslumbramiento y al desplome que buscaba».

Uno tiene que nacer en alguna parte, y Margo es mexicana. Cinco años antes de su nacimiento, sus parientes habían desembarcado en Veracruz, en mayo de 1925, y de inmediato tomaron el tren a Ciudad de México. Su padre escogió llamarse desde entonces Jacobo Glantz.

Como Trotski, era un judío de Ucrania que había pasado la infancia en la campiña, antes de hacerse revolucionario en Odesa, donde había conocido a Radek, Zinóviev y Kámenev, que morirían en los procesos de Moscú, y también a Isaak Bábel y a Aleksandr Blok. Jacobo Glantz había comenzado su obra poética en ucraniano, aprendió yiddish en México y publicó antologías en ruso. Convertido, para sobrevivir, en vendedor ambulante, comerciante y restaurador, había conocido a los muralistas Siqueiros y Orozco.

El hijo de Víctor Serge, el pintor Vlady, Vladímir Kibálchich, lo representó en su restaurante El Carmen montado sobre un chivo, el eterno chivo expiatorio judío. Se había codeado con Chagall, con quien volvió a encontrarse más tarde en Saint-Paul-de-Vence, y también con Maiakovski y con Eisenstein, que había venido a rodar *¡Que viva México!* Había recibido a Diego Rivera con su segunda esposa Lupe Marín,

luego con su tercera esposa Frida Kahlo, después con su amante María Félix. Una vez, Trotski le dijo que le recordaba mucho a su propio padre, pero es su parecido con el propio Trotski el que resulta perturbador en las fotografías. Y Diego Rivera le pidió que posase para hacer un retrato de Trotski joven. Jacobo Glantz escapó por poco de los fascistas de las Camisas Doradas que intentaron lincharle a la salida de un mitin de apoyo a los anarquistas Sacco y Vanzetti. Margo recuerda haber oído, de niña, cuando se paseaba con su hermano por la calle: «¡Mira, Trotski y su hija!».

Nacida, pues, en México por los azares de la emigración, Margo conoció a Juan Rulfo en su juventud. Se veían en los mismos bares. Dice que era muy guapo. Tenían por amigo común a Carlos Monsiváis. Era la época en que Juan Rulfo, autor de dos libros de culto, pretendía trabajar en el manuscrito de *La cordillera*, pero en realidad no hacía nada, y moriría treinta años después de *Pedro Páramo* sin haber vuelto nunca a publicar, ya fuera porque se sentía aplastado por el inmenso éxito de sus dos primeros libros y se sabía incapaz de alcanzar de nuevo tales cimas, ya porque pensaba que la vida, después de todo, tampoco se limita al encierro estudioso y que no era desagradable disfrutar de la notoriedad de ser «el más grande escritor mexicano del siglo» en los bares llenos de lindas estudiantes como Margo. Y, por otra parte, quizá no tuviera más que el título y la imagen de esa cima inaccesible.

Margo vivió en otra época en la avenida Ámsterdam de Hipódromo, en la esquina con Michoacán; luego vino a instalarse en Coyoacán, no lejos de la casa de Frida, en este barrio en el que vivían entonces muchos escritores, aunque los tres peces gordos, Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis y Carlos Fuentes, se habían retirado más lejos, hacia San Jerónimo. De vez en cuando, me he acercado solo hasta la casa azul de la calle Londres, antes y después de que abrieran el cuarto de baño tapiado, y luego hasta la casa de la calle Viena, en la colonia del Carmen. La última morada del proscrito es un merengue de color rojo herrumbre y ocre, descolorido, estrecho, con columnatas y capiteles, y con un jardín rodeado de altos muros protegidos por alambradas y por torretas de vigilancia, con algo como de restos de un pequeño carguero encallado de costado en la orilla del río Churubusco, que desde hace mucho tiempo corre entubado y cubierto por una autopista.

Regresé allí otro año, en compañía de Esteban Volkov, antes llamado Sieva. Habían organizado para nosotros una especie de desayuno revolucionario o republicano. Yo iba a partir algunos días más tarde hacia Camboya para asistir al proceso de los Jemeres Rojos, y había señalado en mi investigación las muertes provocadas en el delta del Mekong y en Tonkin por los enfrentamientos que se siguieron a la creación clandestina del Partido Comunista indochino por Hô Chi Minh, a principios de los años treinta, y los combates fratricidas por arrozales y montañas entre los partidarios vietnamitas de Stalin y los de Trotski.

La recepción tenía lugar en la antigua pista de *squash* contigua a la casa del

proscrito, adquirida a inicios de los años noventa por el Instituto del Derecho de Asilo con el fin de instalar allí sus oficinas. Tras la partida de Sieva y de su familia, a finales de los años setenta, la casa del proscrito iba a ser demolida. El pintor Vlady alertó a las autoridades y el museo se abrió después de algunas obras.

Su director era entonces Carlos Ramírez Sandoval, y su presidente, Javier Wimer, el amigo de Julio Cortázar, era un antiguo diplomático que nos había contado su primera llegada a Tirana, cuando era embajador de México en Belgrado, y cómo había sospechado enseguida que el chófer le estaba dando vueltas en círculo por diversos barrios para convencerle de que la capital, si bien no podía aspirar al título de megalópolis como México, tenía no obstante un tamaño considerable. También podía dar fe de que la biblioteca personal de Enver Hoxha reservaba un lugar importante a la literatura francesa que estaba prohibida para los demás albaneses.

A ese desayuno asiste también Adolfo Gilly. Éste, nacido en Argentina, fue revolucionario en Bolivia antes de pasar varios años en la prisión de Lecumberri, como Álvaro Mutis aunque por otras razones. Todavía hoy es profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha traído su último libro, *Historia a contrapelo. Una constelación*, y en esa constelación brillan los nombres de Antonio Gramsci y Walter Benjamin. Gilly cita una frase de este último, que toma la metáfora ferroviaria que tanto gustaba a Trotski: «Para Marx las revoluciones son las locomotoras de la historia. Pero tal vez las cosas sean diferentes. Tal vez las revoluciones sean la forma en la que la humanidad, que viaja en ese tren, jala el freno de emergencia».

Durante su veraneo en Ibiza en 1932, Walter Benjamin se siente impactado por la lectura de *Mi vida*, y más tarde Bertolt Brecht afirma delante de él que Trotski bien podría ser el más grande escritor europeo de su tiempo. Al año siguiente, se queman los libros de Walter Benjamin, al igual que los de Stefan Zweig. El 26 de septiembre de 1940, un mes después del asesinato de Trotski en este mismo lugar en el que estamos, Walter Benjamin desciende del tren y se suicida en Portbou, en una habitación de hotel, dos años antes del suicidio de Stefan Zweig en Brasil.

Gilly ha traído también pequeños filmes de archivo en los que se ve en blanco y negro la llegada de Trotski a Tampico y el tren presidencial *Hidalgo*. En su despacho, Trotski arenga ante la cámara a una ficticia muchedumbre en un francés bastante incomprensible. Y en el último, en color, Trotski da de comer a las gallinas y a los conejos. Junto a él se ve a Sieva en calzones cortos. Y a pocos metros, abandonando la antigua pista de *squash* por el pasaje abierto hacia el jardín, nos encontramos delante de las madrigueras de los conejos, bajo la luz de una mañana de primavera. El Sieva que está a mi lado es un octogenario. El jardín está poblado por los mismos árboles que acabo de ver en imágenes, aunque son más altos que en los cuarenta, y por plantas verdes, bananos, buganvillas rojas, lianas en flor, orquídeas y agaves, y

por los cactus viejitos que el proscrito iba a buscar excavando con pala en el desierto.

En el centro está la tumba con la hoz y el martillo, y en letras mayúsculas, el nombre francés y el seudónimo ruso, León Trotski, monumento en el que reposan también las cenizas de Natalia Ivánovna, muerta en las afueras de París en 1962, después de haber vivido en esta casa y cuidado de sus rosales con el joven Sieva, quien había hispanizado su nombre como Esteban. Tras la muerte de Natalia Ivánovna, él todavía habitaba aquí, en el alojamiento de ladrillos rojos de los guardas, en un costado del jardín, como último superviviente de una familia diezmada por la Historia y por el odio de Stalin, quien se había hecho con el poder en más de la mitad del planeta. La frase más terrible la escribió aquí Natalia: «Caminábamos por el pequeño jardín tropical de Coyoacán, rodeados de fantasmas que tenían las frentes agujereadas».

Avanzamos por el paseo y luego nos sentamos. Yo acabo de leer las Memorias de Jean van Heijenoort, el guapo Van, publicadas en los años setenta y cuyo primer párrafo podría ser de Paul Nizan: «Llegué a Prinkipo el 20 de octubre de 1932. Tenía veinte años. Acababa de salir de nueve años de internado y me sentía un rebelde total contra la sociedad». Cuando Sieva desembarca en la isla turca, en compañía de su madre, descubre a un abuelo que resultaba inevitablemente impresionante, vestido con traje de lino blanco y empeñado en su gran lucha, consagrado día y noche a la escritura de su autobiografía para rebatir las mentiras de Stalin y restablecer la verdad histórica. Un poco perdido en medio de los guardaespaldas y sus armas, Sieva se siente más cercano al guapo Van, como se ve en una fotografía tomada al año siguiente en el puerto de Marsella: ambos viajan como padre e hijo para ir a Berlín en busca de la madre de Sieva. Y el guapo Van escribe que, en Prinkipo, Sieva era «era un muchachito dulce y tranquilo, iba todas las mañanas a la escuela y apenas se hacía notar en la casa».

Hoy, el viejo Esteban me dice que tras la muerte de Trotski fue su biógrafo, Pierre Broué, quien se convirtió para él en una especie de hermano. En 1988, aprovecharon la Glásnost de Gorbachov, que podía no ser sino una apertura momentánea, para que Pierre Broué investigara y encontrara la pista de su hermana Aleksandra, a la que su madre y él habían dejado atrás en 1931. Ella había sido deportada a un orfanato de Kazajistán, luego fue olvidada. Y en 1989 ambos se dirigieron a Moscú, justo antes de la caída del Muro, casi sesenta años después de su partida rumbo a Turquía, y se encontraron con una mujer vieja y enferma, Aleksandra Sajárovna, la extraviada en la Historia; le contaron el relato de su familia diezmada y le desmintieron las calumnias y los horrores que a ella, más aún que a los demás rusos, le habían soltado siempre: en resumidas cuentas, las mismas que seguía soltando, veinte años después de la desaparición de la Unión Soviética, el pseudohistoriador que conocí en la isla de Svajsk.

Por su lado, Esteban Volkov ha llevado una vida mexicana; se hizo ingeniero químico y sus amigos le llaman El Ingeniero. Siguió habitando en la casa de los guardas sin tocar la de Trotski y Natalia. Abandonó la calle Viena cuando sus hijas crecieron, y aquí, en el edificio principal donde se encuentra la habitación de su infancia, convertido en monumento histórico, el tiempo se ha detenido desde agosto de 1940. En las perchas están las camisas que el proscrito se disponía a usar en los siguientes días. En los muros, los impactos de las balas del primer atentado. Sobre el buró, el grabador de voz y los cilindros de cera, las hojas con el trabajo en curso, las balas, recuperadas y depositadas en un estuche, la máquina de escribir Underwood. En los estantes, la enciclopedia ennegrecida por el incendio de Prinkipo, libros en cuyos lomos distingo algunos nombres, los de Nietzsche y Tolstói, John Dos Passos y Jack London, Malraux y Víctor Serge, y el de Henri Barbusse, que fue quien dio a Sandino el hermoso grado de «general de los hombres libres», antes de convertirse en ardiente defensor y hagiógrafo de Stalin.

Es perturbador encontrarse aquí, de pie al lado de un apacible anciano de ojos muy azules que te muestra la habitación en la que, a la edad de trece años, se protegió de las ráfagas de metrallera. Es perturbador que la casa que nos rodea esté en el mismo estado en que se hallaba en el momento de los disparos, o, para ser más precisos, en el mismo estado en el que se hallaba tres meses más tarde, el día del segundo atentado, el fatal, el del mes de agosto. Los muebles del despacho que se ven en las fotografías, tirados durante la lucha entre Trotski y su asesino, han sido puestos de nuevo en su lugar. Las partículas de polvo brillan entre las franjas del estor. En la pared está el gran planisferio tipo Mercator. Este descarrilamiento del espacio y del tiempo, que en pocos pasos te lleva a la primera mitad de otro siglo, se acentúa ante las imágenes rodadas aquí, ante las madrigueras de los conejos, ante el eterno presente de la película cinematográfica.

ÚLTIMAS MORADAS

Ese vértigo de las últimas moradas, como si los mejores de entre nosotros dejaran en el aire de su última morada algún rastro de su fuerza o de su genio, es el que el propio Trotski quiso sentir a su llegada a París en el verano de 1914, poco después del atentado contra Jean Jaurès: «Fui a visitar el Café du Croissant, donde le habían asesinado, deseoso de descubrir sus huellas. Por muy alejado que estuviese políticamente de aquel hombre, era imposible no sentir la atracción de su gran personalidad. El mundo espiritual de Jaurès, hecho de tradiciones nacionales, de la metafísica de los principios morales, del amor a los oprimidos y de una gran imaginación poética, encerraba rasgos aristocráticos muy acusados». Trotski recuerda sus distintos encuentros. «Yo había oído hablar a Jaurès en los mítines parisinos, en los congresos y en las comisiones internacionales, y siempre le escuchaba como si le oyese por primera vez».

Al igual que Ramón Mercader, el asesino de Trotski, el asesino de Jaurès, Raoul Villain, salvará el pellejo en los tribunales. El belicista se librarán hasta de ir al frente y pasará toda la guerra a resguardo en la prisión antes de ser liberado tras el Armisticio y de ir a darse la gran vida en las Baleares, en la isla de Ibiza, donde un comando anarquista irá de todos modos a pegarle un tiro en el 36.

Es de un libro de Ortega y Gasset de donde Lowry saca la idea de que la existencia de cada uno de nosotros es una novela tragicómica. «¿La vida humana en su dimensión más humana es una obra de ficción? ¿Es el hombre una especie de novelista de sí mismo que concibe la figura caprichosa de un personaje con sus ocupaciones irreales y luego, para poder hacerlas realidad, hace todo lo que le corresponde, y se convierte en ingeniero?». En 1934, Lowry abandona París y la calle Antoine-Chantin y va a encontrarse con Jan en Nueva York. Ella ya no le quiere. Él se hunde de nuevo en el alcohol. Jan lo hace internar en el servicio psiquiátrico del Hospital Bellevue. Lowry sabe el suficiente francés para comprender el significado de la palabra «Bellevue». Desde las ventanas enrejadas se ve la casa en la que

Herman Melville escribió *Moby Dick*. Al salir del hospital, Lowry emprende la escritura de *The Last Address*, que se convertirá en *Piedra infernal*.

Y, durante toda su vida, Lowry visitará las últimas moradas. Después de haber vivido algunos meses en el hotel Francia, en Oaxaca, donde se había alojado antes D. H. Lawrence, irá a ver la última casa del autor de *La serpiente emplumada* en Taos, Nuevo México. En Roma y ya al borde de la locura, Lowry copia el texto de esta placa mural: «El poeta inglés John Keats, mente tan maravillosa como precoz, murió en esta casa el 24 de febrero de 1821 a la edad de veintiséis años». Y Lowry piensa en Grieg, en su libro *Aquellos que mueren jóvenes*, homenaje a Keats, Shelley y Byron. Emprende la escritura de un relato, «El extraño consuelo que brinda la profesión», describe en la casa romana de Keats los «restos de resinas aromáticas utilizadas por Trelawny para la cremación del cadáver de Shelley [...], cuyo cráneo, además, había escapado por poco de que Byron se lo apropiara como cáliz para beber». Y el narrador de Lowry retoma la historia del ahogamiento de Shelley, de su cuerpo devuelto por las olas, de la cremación del cadáver en la playa de Viareggio en presencia de Byron, antes de que Byron se marchara a encontrar una muerte heroica en medio de los insurgentes griegos de Mesolongi.

Esta estrecha casa de tres pisos, en el 26 de la Piazza di Spagna, en la que hay cartas autografiadas de Keats, Shelley y Byron, que había vivido en el número 66 de esa misma plaza, se ha convertido en museo. Yo había subido los escalones de mármol blanco de la Scalinata situada junto a la casa, que conduce hasta la iglesia de la Trinità dei Monti, algunos de cuyos peldaños tuvo que subir Lowry para anotar en su cuaderno el texto de la placa bilingüe. Y me senté en el café más cercano a la última morada de Keats, hoy llamado Barcaccia. Aquí, Lowry y su narrador se acuerdan de Poe, de la última morada de Poe en Richmond, Virginia, adonde Lowry había ido para copiar fragmentos de cartas. Él abre su cuaderno sobre la mesa del café: «En primer lugar, era consciente de estar leyéndolos allí, en aquel bar romano, y, además, de haber estado en el Museo Valentine de Richmond (Virginia) leyendo las cartas a través de la vitrina y copiando fragmentos de ellas y después de que el pobre Poe hubiera estado tristemente sentado en alguna parte y escribiéndolas».

Y cómo no volver a copiar aquí, sentado a esta mesa del café Barcaccia, un fragmento de los fragmentos de Poe copiados por Lowry: «Me estoy muriendo — muriendo, literalmente— por falta de ayuda. Y, sin embargo, no estoy ocioso», frase que el mismo Lowry hubiera podido escribir en Oaxaca, en México o en Ripe. Frase que hubieran podido escribir todos los poetas a los que, según Artaud, no ama el dios de la consciencia pequeñoburguesa, que se las ingenia para volverlos locos.

Un mes antes de su muerte, Lowry abandona Ripe y el sur de Inglaterra y se va a nadar en las aguas frías de los lagos de Escocia. Por última vez, recupera la dicha de la vida sana, la que llevaba en la cabaña de Vancouver, que debería haber sido su última morada. Camina por las colinas. Escondido entre las hierbas, observa el vuelo de los patos eider, luego visita la última casa de Wordsworth en Grasmere. No sabe

que un mes después, la White Cottage, la mansión blanca de Ripe, será su última morada. O quizá ya lo sospecha un poco.

Trotsky sabe muy bien que esta casa de la calle Viena, en Coyoacán, podría ser la última. Se levanta pronto por la mañana, se encarga de las gallinas y los conejos antes de sentarse en su despacho. Tras la derrota del Ebro, el presidente Cárdenas abre las grandes puertas de México a los refugiados de la guerra de España. En los muelles de Tampico y de Veracruz desembarcan entre la mayor confusión los supervivientes del POUM y los estalinistas de las checas que los exterminaban. De un lado, Bartomeu Costa-Amic, que va enseguida a buscarle a la calle Viena, y del otro hombres como Kótov o Vidali, los responsables de la muerte de Andreu Nin, asesinado en junio de 1937, mientras Trotsky estaba en Coyoacán, tras ser torturado en Barcelona por los estalinistas, los cuales, para ensuciar su memoria, afirmaron que en realidad se había fugado a Berlín para unirse a sus amigos de la Gestapo.

En Noruega, en 1936, Trotsky había considerado la posibilidad de trasladarse a Cataluña, veinte años después de que la policía española lo embarcara a la fuerza en el puerto de Barcelona y del encuentro con Arthur Cravan a bordo del *Montserrat*. Y uno se imagina el anuncio en el frente republicano de la presencia clandestina del antiguo jefe del Ejército Rojo. Sin duda, no habría durado mucho en medio de la guerra fratricida entre el POUM y el Komintern. Después de sabotear la revolución española, y antes de firmar el pacto germano-soviético, Stalin exigió que el oro del Banco de España fuera puesto a buen recaudo en Moscú. A cambio del botín, no había enviado muchos combatientes, pero sí una pléyade de comisarios políticos. Entre ellos, el general Kótov y su compañera Caridad Mercader, la madre de Ramón, y David Alfaro Siqueiros, y Vittorio Vidali y su compañera Tina Modotti, todos miembros de la pequeña banda de México o afiliados a ella.

Tras la caída de la República, decenas de sicarios a sueldo del Komintern son expedidos a México bajo identidades falsas. Tienen como encargo, aun sin conocerse, intentar cualquier cosa para asesinar al enemigo de Stalin. Trotsky acaba de publicar su *Lenin* y se dedica a escribir *Stalin*. El dictador lo presiente y le teme. La Segunda Guerra Mundial se acerca, y la eliminación del proscrito es urgente. Trotsky lo sabe. Sus posibilidades de escapar de la maquinaria infernal son mínimas. Dos tentativas bastarán. Los pocos metros que separan las conejeras de su despacho, atravesados al lado de Ramón Mercader, que usa el nombre de Frank Jackson y que disimula el piolet bajo su impermeable, serán los últimos que recorra sobre la tierra.

LA PEQUEÑA BANDA

We few, we happy few, we band of brothers^[7]

SHAKESPEARE

Doce apóstoles se reúnen en torno a Tina Modotti. Es en el seno de esta pequeña banda donde se juega todo. Se juegan la vida y la muerte del proscrito. El porvenir del Arte y también el de la Revolución. Es una casa blanca con una azotea soleada. Hay una máquina de escribir, un gramófono, flores en los jarrones. La luz juega a pintar lunares en los muros blancos encalados. Sobre una mesa, un ejemplar de *El Machete*, con la hoz y el martillo en la cabecera.

Resulta asombroso que todos ellos hayan estado ahí, llenos de vida, sentados en la misma habitación de la casa de Tina Modotti, fumando cigarrillos. No se tomó ninguna fotografía de esa pequeña banda de los trece, entre cuyos miembros se contaban los mejores fotógrafos; tampoco se bosquejó ningún cuadro de esa pequeña banda de los trece, entre cuyos miembros se contaban los más grandes pintores. Hay que imaginárselos reunidos un día, o más bien una noche. Estamos en Ciudad de México, a mediados de los años veinte, en esa década durante la que se inventa todo; el mundo es nuevo en medio del caos regenerador. Han pasado diez años desde la entrada a caballo en la ciudad del mestizo de Chihuahua y el indio de Morelos. Villa & Zapata. Los campesinos campando por el Zócalo de Ciudad de México con sus sarapes y armados con machetes.

Estamos en un ambiente de exiliados cuyos amigos mexicanos son gente de ciudad. Esos años veinte verán mezclarse en sus obras el amor y la muerte y la danza macabra de los traidores y los héroes. Ya se dijo que no existe ninguna fotografía de los trece, hay que imaginársela. Pongámoslos delante de nuestro objetivo, un viejo aparato sobre un trípode, con su cortinilla negra. Coloquemos en el centro del grupo a la masa más imponente, aquella en torno a la que todo gravita, el elefantiásico Diego Rivera, el ogro devorador de mujeres, el genio encarnizado, homérico, el artista

criado en el bosque, según su propia leyenda, por una nodriza india y amamantado también por las cabras, el gigante de apetito insaciable, salvaje, de fuerza monstruosa. El mastodonte lleva en su cuerpo la cicatriz de la puñalada parisina que le dio una amante abandonada.

En la pequeña banda, él es quien une la pasión mexicana con la de Montparnasse. Ha pasado catorce años de su vida entre París, España e Italia, conoce al dedillo el Quattrocento y el cubismo y los frescos del Templo del Jaguar en Chichén Itzá, en Yucatán. Conoce los secretos de los barnices del Renacimiento y del azul del manto de la Virgen de Philippe de Champaigne. Los fondos con lechada de cal y los pigmentos de los mayas. La pintura con resina de copal que fija la savia del nopal. Rivera está en la cima de su poderío, pinta siete días por semana y quince horas por día, vive en los andamios, cubre México con los cientos de metros cuadrados de sus murales multicolores; acaba de terminar los del palacio de Cortés, en Cuernavaca, esos que Lowry verá diez años después e introducirá en el Volcán. Esboza con trazos grandes las violentas imágenes de la historia del pueblo, los himnos narrativos que los campesinos iletrados entienden y comentan en el mercado, arroja contra los muros, a baldazos de color, su fe en la vida, en la hermosura de la Naturaleza y de los cuerpos, senos grandes de pezones oscuros, el ritmo de las estaciones y de los trabajos en el campo, el violeta de la tormenta sobre la cosecha, los sacerdotes guerreros dentro de sus pieles de felino erizadas de plumas, los sacrificios rojos, los porteadores humillados bajo las balas de algodón y los racimos de bananas, las fábricas azules, las herramientas, los altos hornos de las acerías, las guerras, las municiones, los navíos, las cantinas y las pulquerías, las ametralladoras, las flores y los frutos, los vestidos verdes y naranjas de las muchachas, los caballos, las hoces y los martillos; y Diego Rivera no cesa tampoco de escribir en revistas y periódicos: «El campesino y el trabajador urbano no producen sólo granos, legumbres y objetos manufacturados. Producen también belleza».

Sí, pongámosle en el centro.

Y sobre Rivera, como flotando en el aire, tal que un ángel o la muerte, pongamos a la Modotti.

Es en casa de ella donde se reúnen todos, en la casa blanca con azotea, e incluso si la fotografía es imposible, todos ellos, un día u otro, han pasado por su casa; pongamos el aparato en modo pausa, o coloquemos una cámara fija durante algunos meses, llamémosles, pidámosles que interrumpan sus conversaciones, que dejen sus vasos, que vengán al fondo de la habitación, delante del objetivo que hemos instalado, que cesen de disparar como hacen algunas noches por la ventana contra las farolas, o contra el fonógrafo, que se junten, y enseguida decidiremos en qué orden componer el grupo de la pequeña banda de los trece, cómo poner a cada uno a derecha o a izquierda de Rivera, bajo las alas desplegadas de la Tina, componamos

el fresco, enumerémoslos: Weston, Orozco, Siqueiros, Traven, Sandino, Maiakovski, Dos Passos, Kahlo, Mella, Guerrero, Vidali.

La pequeña banda de los trece.

Todos tienen en común servir a una causa y poner esa causa por encima de sus propias existencias. Algunos se convertirán en traidores y otros en héroes. Incluso si se descarrían, todos tienen en común no ser en absoluto esos pequeñoburgueses que el proscrito Trotski, espantado, describirá en los años treinta durante su estancia clandestina cerca de Grenoble, cuando el tren de la Historia se dirigía a toda velocidad hacia la guerra mundial y él se escondía en medio de las aguas, anónimo y con la perilla afeitada: «Éstos son pequeñoburgueses hasta el tuétano, sus jardines y sus coches les importan mil veces más que la suerte del proletariado. He visto su manera de vivir; no sólo la he visto, la he sentido. No hay criatura más repugnante que un pequeñoburgués amasando su fortuna».

Los de la pequeña banda, esos trece que se convertirán en traidores o héroes, todos ellos, más allá de sus triunfos y de sus extravíos, merecen nuestra compasión. Ningún pequeñoburgués fascinado por la especulación inmobiliaria, el confort moderno y las reivindicaciones corporativistas tiene derecho a juzgar a estos hombres y estas mujeres. Sólo un tribunal revolucionario podría hacerlo.

Entre los descarrados estará la Modotti, la pasionaria extraviada, la bella Tina de largos cabellos negros que, en el momento en que tomamos la foto, tiene poco más de veinte años.

Nació en Udine, en el Friul y en la miseria. Fue enviada de jovencita a Austria, como costurera, para ganar cuatro perras como aprendiz. Una infancia como la de Alfonsina Storni. Y las dos emigrantes italianas están a tal punto asociadas en nuestra devoción que no puede aparecer el nombre de una de ellas sin que surja el de la otra. Tina se reúne a los dieciséis años con su padre, que es obrero en San Francisco, en el barrio bajo de Little Italy, retoma el hilo y la aguja, y su vida podría bordar el destino gris de una italianita que cose, con la sonrisa triste y sumisa, la quintaesencia de la mujer de largos cabellos negros, no muy alta, de cuerpo ágil y curvas suaves, que se contonea con pasos lentos y armoniosos de bailarina o de gitana, con ojos negros, rostro sensual y boca carnosa, con los párpados pesados de las mujeres hartas y saciadas de amor: y he ahí que se convierte en modelo, de nuevo por cuatro perras, y después en figurante de cine. La descubren, como se suele decir, e interpretará bellezas fatales en dos o tres peliculitas de Hollywood, todavía en la época del cine mudo.

Allí se encuentra con Roubaix de l'Abrie Richey, conocido como Robo, que es más sencillo; un poeta canadiense, caprichoso y exiliado, una especie de Dylan Thomas o de Thomas de Quincey, decadente y culto, y ése es su primer amor, tendrá otros, muchos otros, la Tina es una devoradora. Después de que Robo el *dandy* venga

a morir a México, ella se vuelve a California y regresa aquí en 1923 con su nuevo amor, el ya célebre fotógrafo Edward Weston. Montan un estudio en Ciudad de México, en esta casa blanca y soleada por la que desfilará la pequeña banda. Ella es su discípula, enseguida su asistente, muy pronto una de las mayores fotografías del siglo.

Weston la fotografía amorosamente desnuda para la eternidad, acostada sobre la azotea de la casa mexicana. Y Rivera pinta a Tina, también desnuda del todo para la eternidad, en el gran fresco de la Escuela Nacional de Agricultura, en Chapingo, como madre nutricia de senos generosos del pueblo. Al principio, si Weston se ausenta, Tina le escribe cartas de amor que son plegarias de santa a los pies de un Cristo: «Durante todo el día siguiente he permanecido embriagada por el recuerdo de la noche transcurrida e invadida por su belleza y su locura. ¿Cómo conseguiré soportar la espera? He vuelto a leer tu carta y, como las otras veces, tengo los ojos llenos de lágrimas... Nunca hasta ahora había pensado que una carta, una simple hoja de papel, pudiera transmitir algo tan sublime, infundir sentimientos tan elevados... Tú les has dado un alma.

»Si pudiera estar junto a ti, en esta hora que amo tanto, intentaría decirte cuánta belleza ha enriquecido mi vida en estos últimos días. ¿Cuándo podré verte? Espero que me llames... Me basta con cerrar los ojos para sentirte aquí, con el sabor del vino en los labios y tu boca apretada contra la mía. Puedo revivir cada instante de nuestras horas, acariciarlas y tenerlas dulcemente dentro de mí como sueños frágiles y preciosos».

Weston es un gringo. Toma lo que ha venido a buscar en México y se marcha, como D. H. Lawrence, como harán después Lowry y Burroughs y Kerouac. Modotti se queda. En 1926, Tina, abandonada, se convierte en amante de Rivera, y éste presenta su trabajo fotográfico: «Tina Modotti extrae la savia de las raíces de su temperamento italiano. No obstante, su obra artística ha florecido en México, alcanzando una extraña armonía con nuestras mismas pasiones».

Tras el fogonazo del magnesio, la humareda se disipa. En la fotografía que acabamos de tomar de la pequeña banda de los trece aparecen cinco amantes sucesivos de Modotti en México: Weston, Rivera, Guerrero, Mella y Vidali. Comencemos por quienes no lo fueron, o lo fueron secreta, furtivamente, sin jamás compartir su vida, a los cuales, sin embargo, hemos invitado a la foto porque fueron los apóstoles que frecuentaron la soleada casa blanca de Ciudad de México: los otros dos pintores muralistas, José Clemente Orozco, el artista de Guadalajara a quien el proscrito Trotski irá a conocer en compañía de Breton, y David Alfaro Siqueiros, que será el primero en disparar contra Trotski y organizará el atentado de mayo de 1940; y el escritor secreto Traven, que es el anarquista alemán Ret Marut y que viene a

México a estudiar fotografía con Weston y Modotti, esta vez bajo el nombre de Torsvan, antes de incorporarse a una misión en Chiapas; y Vladímir Maiakovski, que desembarca aquí en 1925, antes de regresar a suicidarse en Rusia en 1930; y John Dos Passos, que estaba en Barcelona junto al POUM y que apoyará al proscrito Trotski hasta el final; y por fin, César Augusto Sandino, el revolucionario nicaragüense a quien Tina pide que la lleve con él a combatir en la guerrilla de Nueva Segovia. Ella es ciudadana del dolor del mundo. Pero Sandino la disuade. Tina se convertirá en la responsable de su retaguardia en México: el Comité Manos Fuera de Nicaragua.

En otro fresco, en el Ministerio de Educación, titulado *Balada de la Revolución Proletaria*, Rivera pinta una vez más a Modotti. Ella lleva municiones destinadas a la Revolución Sandinista en Nicaragua, o a la invasión que Mella proyecta en Cuba. Detrás de ellos está Vidali, que espera su hora. Tina reprocha a Rivera la exposición de su vida privada, la puesta en escena del combate amoroso de esos hombres, de sus celos. Porque Tina acaba de abandonar a Xavier Guerrero, el pintor ideólogo, el dirigente del Partido Comunista mexicano, por Julio Antonio Mella y su cara de ángel y su sonrisa de Apolo, el icono de los revolucionarios cubanos. Estamos en 1927. Rivera se encuentra en Moscú.

Hay mucha gente de fuste en Moscú ese año, Walter Benjamin también está allí, y Pierre Naville; es el año de la caída de Trotski. Y, a pesar de los esfuerzos desplegados para ocultárselo, Rivera ve el fracaso de la Revolución, la sumisión del arte oficial. Se abre una grieta. Regresa a México convencido de que sólo el proscrito Trotski, exiliado ya en Kazajistán, es el heredero del mensaje de Octubre. En ese año de 1927, Krúpskaia, la viuda de Lenin, afirma que si Lenin estuviera aún vivo ya habría ido a parar a las mazmorras de Stalin. La lucha entre Trotski y Stalin va a introducir la muerte en el seno de la pequeña banda. Éstos son los estalinistas que toman el poder: Guerrero, Siqueiros, Modotti y Vidali.

Este último, el italiano Vittorio Vidali, ha llegado a México proveniente de Moscú, vía París y Cuba. Es el hombre del GPU, el comisario político, el limpiador antitrotskista.

Y, sin embargo, todavía no es más que una grieta. Durante dos años, las cosas siguen más o menos como antes. Es el periodo más fructífero en la obra de Modotti. Fotografía composiciones sutiles, siempre en blanco y negro, en el estudio de su casa blanca: flores en jarrones, rosas y yaros, la hoz y el martillo, la guitarra y las cartucheras, y la máquina de escribir de su amante Julio Antonio Mella. A veces sale y fotografía afuera los cables eléctricos y los pilones, los obreros en el trabajo, los mítines revolucionarios y las mujeres de Tehuantepec, que se bañan desnudas. Rivera pinta sus cuerpos magníficos saliendo de bañarse en el río.

En el momento en que el pequeño grupo se agrieta, se cuela en él una chica de cejas espesas y muy negras que llegan hasta el nacimiento de la nariz, la muchacha con un mirlo sobre la frente, una joven artista en la plenitud de sus veinte años que se convierte en la amiga de Tina y la toma como emblema de la posible libertad de las mujeres, y su vida se conmociona. Frida Kahlo: «Una vez, en una fiesta de Tina, Diego disparó contra un fonógrafo y yo empecé a interesarme por él, a pesar del temor que le tenía».

Es en casa de Tina, a principios de 1929, donde Diego y Frida festejan su matrimonio. Frida se libera del sufrimiento de haber quedado descoyuntada a los dieciocho años en un accidente de tranvía, olvida su columna vertebral rota, los meses de inmovilidad, el dolor, el Demerol. Se sobrepone gracias a su amor por Diego y a su amistad con Tina, a la admiración que siente hacia esa mujer libre, artista, revolucionaria, que desvela su cuerpo generoso delante de fotógrafos y pintores. Se viste como ella, usa falda y blusa negra, y un broche rojo con la hoz y el martillo, que le ofrece Tina.

En otoño de 1929, la grieta de la pequeña banda se convierte en fractura. Rivera denuncia el peligro de un arte sometido y niega el derecho del Partido a supervisar su creación. El proceso comienza con observaciones insidiosas. Se reprocha a Rivera haber aceptado dinero del embajador de Estados Unidos, Morrow, y el confort de la casa de éste en Cuernavaca, durante su trabajo en el palacio de Cortés, en vez de dormir en el taller. Se le reprocha que acepte encargos oficiales del gobierno mexicano, que no es comunista.

Tina Modotti, carta a Edward Weston, el 18 de septiembre de 1929: «Todos sabemos que el Gobierno lo ha cubierto de estos encargos para sobornarlo y para poder decir: los rojos afirman que somos reaccionarios, pero vean, dejamos que Diego Rivera pinte, en edificios públicos, cuantos martillos y hoces le dé la gana. Puedes ver cuán ambigua es su posición. Creo que su salida será más perjudicial para él que para el partido. Se le considera un traidor. No es necesario aclarar que, en este momento, yo también lo veo como tal. De ahora en adelante, nuestros contactos se limitarán a los negocios fotográficos. Por lo tanto, te agradecería que te dirigieras directamente a él para todo lo que tenga que ver con su trabajo».

Un mes después, Diego Rivera, responsable de célula, anuncia en una parodia de sesión la exclusión del PCM del camarada Diego Rivera, «pintor-lacayo del gobierno pequeñoburgués de México». El pequeño grupo estalla, la muerte se entromete y se cuela. La primera víctima en México de la guerra entre Stalin y Trotski será Julio Antonio Mella.

El guapo Antonio, idealista, rebelde, había redactado durante sus años de estudios en La Habana la *Declaración de los derechos y deberes de los estudiantes*, había

creado la revista *Juventud* y fundado la Universidad Popular José Martí, para educar al pueblo y difundir el conocimiento entre obreros y campesinos. Expulsado por el dictador Machado, parte al exilio y se encuentra en Honduras sin un céntimo. La pequeña banda pone dinero para hacerlo venir a México.

Después, Mella viaja, escribe, conoce a Andreu Nin, el fundador del POUM, comparte las ideas de aquel a quien los estalinistas ejecutarán más tarde en Barcelona. Funda la revista *Tren Blindado*, el emblema del Ejército Rojo de Trotski y de la Oposición de Izquierda. Y en la fotografía que Tina toma de su máquina de escribir, en una habitación de la soleada casa blanca, se puede leer sobre la hoja que asoma de su rodillo una frase de Trotski sobre la función revolucionaria del arte. Pero en ese momento todavía está indeciso. Mella cree, como muchos, que algo queda todavía de la Revolución Rusa, que el debate es posible, y se arroja a la boca del lobo. Se traslada a Moscú con los delegados obreros y campesinos, se enfrenta al Komintern, impone la creación, junto a Diego Rivera, de la Confederación Sindical Unitaria de México, en contra de la voluntad del PCM y de Moscú. Mella acaba de firmar su sentencia de muerte.

Es excluido del PCM por el crimen de trabajar contra la línea del Partido. Una noche de enero, es abatido en México por dos balas del calibre 38 mientras camina por una acera del brazo de su compañera Tina Modotti. Hay una investigación. Las declaraciones de Tina y de algunos testigos oculares son contradictorias. A Mella lo entierran en el Panteón Francés, sus despojos son exhumados más tarde para ser enviados a Cuba, donde la historia oficial afirma, después, que el héroe comunista ha caído bajo los disparos de los esbirros del dictador Machado y no bajo las balas de los agentes del Estado soviético. Diego Rivera es más claro: «Todos sabemos que fue Vidali, ya nadie puede tener dudas al respecto».

Stalin no quiere una revolución en Cuba ni tampoco una guerrilla en Nicaragua, y por esa misma razón Sandino será abandonado a su suerte, privado de apoyo, y caerá asesinado en 1934. Después de tantas historias de amor en el seno de la pequeña banda, llegan las historias de muerte. Diego y Frida se alejan, abandonan México y se van a dar una vuelta a Gringolandia.

En 1930, desembarcan en San Francisco, donde Rivera, para provocar a la pequeña banda, que leerá acerca de ello en los periódicos, pinta los muros del Stock Exchange. Frida también pinta, escribe, abandona la indumentaria negra y estricta de la revolucionaria para convertirse en una dama ataviada. Exhibe sobre su cuerpo martirizado los grandes vestidos de colores de las mujeres tehuanas de Tehuantepec, las blusas bordadas de Oaxaca, los huipiles de Yucatán, los largos rebozos de Jalisco, las joyas aztecas, las turquesas y las amatistas. Un día, ella sabrá valerse de todo eso para deslumbrar al viejo Trotski en Coyoacán.

Después, Diego y Frida son invitados a visitar la nieve y el frío de Detroit, el

corazón mundial de la gran máquina capitalista. Rivera, el ogro apostador, debe cubrir de frescos la fábrica modelo de Henry Ford, el hombre más rico del mundo. A él no le amedrentan los retos ni los pulsos. Hacerse con unos millones y llevárselos al bolsillo, eso es apoderarse de las armas del enemigo. ¿Por qué no llenarse los bolsillos y saborear el champán a la salud de la Revolución y por cuenta de esos capitalistas a los que un día barreremos de la Historia? Y ahí están, todavía más al este, en Nueva York, donde han encargado a Rivera la decoración del Rockefeller Center. Esta vez la apuesta ha ido demasiado lejos. Él se regocija con el escándalo. Su fresco es rechazado por Nelson Rockefeller y lo recubren de argamasa. Se oculta el gran retrato de Lenin que plantó en el frontispicio del templo.

Diego Rivera recibe a los periodistas y finge asombrarse: «Como si toda la ciudad, con sus bancos y sus agentes de cambio, sus inmuebles y sus residencias de millonarios, fuera a ser destruida por la sola presencia de una imagen de Vladímir Ilich».

Modotti se ha quedado en México.

En diciembre de 1929, cuelga allí la última exposición de fotografías de su vida. El acto de inauguración lo organiza Alfaro Siqueiros, también él miembro de la pequeña banda ahora destruida, el hombre de la línea recta del Partido, el pintor enemigo de Rivera, aquel que en algunos años intentará asesinar con metralletas al proscrito Trotski.

Dos meses después de la inauguración, Tina es expulsada de México como consecuencia de la investigación del asesinato de Julio Antonio Mella. Llega a Alemania en compañía de su nuevo amante, el comisario político Vittorio Vidali, el hombre de los golpes sinuosos y de los atentados. En Berlín, ella hace todavía dos o tres fotografías y después abandona, se acabó, Tina pone fin a su carrera, que no ha durado más que siete años, de 1923 a 1930: menos de trescientas fotografías repartidas hoy por los museos del mundo. Tina Modotti no será ya más que una militante profesional a sueldo del Partido. Por lo menos de eso es de lo que intenta convencerse: «Pongo demasiado arte en mi propia vida —quiero decir, demasiada energía—, y por consiguiente no me queda nada para el arte».

He ahí a la artista sometida, enmudecida, las alas cortadas, atrapada por la conspiración secreta de la que se hace cómplice. A partir de 1931, los dos italianos, Vidali y Modotti, están en Moscú.

Como todas las aprendizas, Tina es al mismo tiempo una impulsora del Socorro Rojo Internacional y un agente de los servicios secretos. Junto a Vidali, lleva a cabo misiones en numerosos países de Europa bajo diversas identidades, como una pequeña Mata Hari del estalinismo. A principios de 1934, mientras Jan y Lowry se casan en el distrito catorce, absolutamente ajenos a la vida política, Modotti y Vidali

están en París bajo nombres prestados y provistos de pasaportes falsos. Dirigen el Socorro Rojo y acosan a la Oposición de Izquierda. Les expulsan tras los motines del 6 de febrero, los mismos que han hecho fracasar la cita de Trotski con Nadeau, pero ellos lo ignoran, al igual que ignoran que Trotski se esconde en Barbizon.

Quizá mientras se toman un trago de despedida en ese mes de febrero de 1934, una despedida con vino espumoso a la salida de una reunión de célula, Tina se entera del asesinato en Managua de Augusto César Sandino, otro de la pequeña banda que ha muerto por no haber seguido la línea, el «general de los hombres libres» al que los comunistas mexicanos, después de que el Komintern y Vidali recuperaran el control del partido, habían abandonado desde hacía tres años. Habían cerrado el Comité Manos Fuera de Nicaragua, privando a los sandinistas de su base de retaguardia y de la entrega de armas, y en junio de 1930 se había publicado en *El Machete* un artículo que era como una puñalada por la espalda: «La conducta de Sandino prueba que en realidad no es más que un caudillo pequeñoburgués para el que lo más importante no es la lucha antiimperialista sino la conquista del poder en Nicaragua». ¿Le habrán pedido a Tina que alce su copa, a ella, que quería irse a combatir con Sandino a Nueva Segovia?

¿Comienza ella a preguntarse si merecía la pena vender su alma al diablo? ¿Comienza a sentir despecho, cólera ante los horrores de la Historia, ante la duplicidad y los tejemanejes del hombre con quien ahora comparte su vida, el seductor Vittorio Vidali, un hombre con tantas identidades como Traven, de las que ella ha conocido ya las de Enea Sormenti y José Díaz, entre muchas otras? Y luego estalla la guerra de España. Vidali luce galones y una vez más cambia de nombre.

Cuando ambos desembarcan en Barcelona, en 1936, él es el comandante Carlos Contreras, al mando del Quinto Regimiento. A su sombra, Tina se convierte en la camarada María Ruiz.

En una carta enviada en esos años, Frida Kahlo escribe: «Aquí la situación política es de lo más interesante, pero lo que me gustaría es ir a España, porque es allí donde se juega todo en este momento». Desde hace dos años, Frida está sola y separada de Diego, después de que descubriera que su joven hermana Cristina se había convertido en amante de éste. Se confía a su amiga Ella Wolfe: «Diego viene a veces a visitarme, pero ya no tenemos nada que decirnos, no hay el menor vínculo entre nosotros, nunca me cuenta lo que le ocurre y no le interesa en absoluto lo que yo hago o lo que pienso. Cuando se llega a esto, vale más soltar amarras, y ésa es probablemente la solución que él va a escoger, lo que será para mí una nueva fuente de sufrimientos». Ella sabe bien que lo ha compartido siempre con muchas mujeres, pero él es su amor: «Después de meses de verdadero tormento para mí, perdoné a mi hermana y creí que con esto las cosas cambiarían un poco, pero fue todo lo contrario».

Encerrada en su casa azul, ella pinta, juega con sus muñecas, con sus joyas y sus vestidos zapotecas, olmecas, toltecas, mayas, aztecas, ata a sus cabellos tiras de lana roja y lleva sobre su cuerpo martirizado corsés con chorreras adornados con volantes y bordados de seda. ¿Cómo rivalizar con María Félix, la nueva amante de Diego, de quien se dice que es la mujer más bella del mundo? A veces firma sus cartas como La Malinche, como si Diego fuera su Cortés, y su cólera se despierta; sabe que al genio no le va el vodevil, pero es más fuerte que ella: «Cierta carta que vi de casualidad en cierto saco de cierto señor, y que procedía de cierta damisela de la lejana y pinche Alemania, y que me imagino que debe ser la dama que Willi Valentiner, tuvo a bien mandar aquí a vacilar con intenciones “científicas”, “artísticas” y “arqueológicas”, me dio mucho coraje y a decir verdad celos».

Frida colecciona los amantes y las amantes, pero no pasa nada. Diego, por su parte, eleva como un faraón su propia pirámide, que se convertirá en el Museo Anahuacalli de Coyoacán. Diego Rivera se convierte en un monumento nacional mexicano en sí mismo, tan célebre en el extranjero como las playas de Acapulco y los jardines flotantes de Xochimilco, y Frida continúa implorándole: «Creo que lo que pasa es que soy un poco bruta y un tanto cuanto zorrilla, pues todas estas cosas han pasado y se han repetido durante siete años que vivimos juntos y todas las rabias que he hecho no me han llevado sino a comprender mejor que te quiero más que a mi propia piel, y que aunque tú no me quieres de igual manera, de todos modos algo me quieres, ¿no?... Quiéreme tantito. Te adoro. Frida».

Tan sólo los combates políticos los acercan todavía, y su oposición común a los estalinistas. Carta a Ella Wolfe: «Figúrate que el otro día me encontré con el sinvergüenza de Siqueiros donde Misrachi, y él fue tan descarado que me cumplimentó, después de haber escrito esa basura de artículo en el *New Masses*. Lo que hice fue ignorarlo como a un perro y no responder a su saludo. Diego fue peor. Siqueiros le preguntó: ¿Cómo estás, Diego? Y Diego sacó un pañuelo, escupió en él y volvió a guardarlo en su bolsillo. No le escupió a la cara porque había muchas personas y habría sido un escándalo, pero te puedo decir que Siqueiros tenía el aspecto de un insecto aplastado y se fue con el rabo entre las piernas».

En España, en ese año de 1936, Tina Modotti, convertida en la camarada María Ruiz, asume misiones humanitarias y misiones de enlace. En compañía de su marido, el gran comandante Carlos, frecuenta a los estalinistas y entre ellos al pintor David Alfaro Siqueiros, que fue de la pequeña banda y que no olvidará la afrenta de Diego Rivera, y al general Kótov y a su compañera, Caridad Mercader, la madre de Ramón, quien se convertirá en el asesino del proscrito Trotski tras el fracaso de la tentativa de Siqueiros. Los sangrientos conflictos en el seno del campo republicano todavía permanecen enmascarados a los ojos de los voluntarios internacionalistas. Seguirán estándolo tras la derrota, cuando los estalinistas continúen eliminando a anarquistas y

trotskistas desde dentro de los maquis de la Resistencia francesa. De ese modo, María Ruiz frecuenta también tanto a Hemingway, que, quizás por despiste, apoya las checas, como a Orwell y a Dos Passos, que apoyan al POUM.

Vidali y Modotti serán enviados de nuevo a México cuando la derrota se consume. Diego Rivera ha conseguido que el presidente Lázaro Cárdenas conceda un visado al proscrito Trotski. Tina abandona a Vidali. Vive sola y no se reconcilia con los amigos de antaño, los supervivientes de la pequeña banda. Con Diego y Frida, que han hecho más o menos las paces y reciben juntos a Trotski y a Natalia en Coyoacán. Tina Modotti vive bajo otra identidad en algún lugar de la inmensa ciudad. Ha conservado el nombre de María. Es una mujer de cuarenta años que ya tiene el pelo gris. Tampoco vuelve a la fotografía. Todo eso se acabó. Puede que una noche regrese, sola, a la acera sobre la que vio a su hermoso Antonio, que la llevaba del brazo, morir ante sus ojos. Ella oye los estampidos de dos disparos. Puede que la camarada María hable demasiado. Un anarquista afirmará haberla oído lamentarse, en una noche de hastío, de que a Vidali no lo hubieran abatido en España. Sabe tantas cosas, la camarada Tina. Muere sola, en el asiento trasero de un taxi, en enero de 1942, menos de dos años después del asesinato del proscrito Trotski en Coyoacán. De un ataque cardíaco. La entierran en el Panteón de Dolores de México.

Víctor Serge también morirá en un taxi en México, camino de la oficina de Correos. De modo que podía suceder que a los revolucionarios de la Oposición de Izquierda, como a cualquier otro, también les diera un ataque al corazón en un taxi de Ciudad de México.

Así vivió santa Tina la Traidora, muerta quizá en combate, después de haberse extraviado.

TINA Y ALFONSINA

Porque estos dos nombres son inseparables en nuestra memoria, porque estas dos mujeres llevaron al mismo tiempo vidas paralelas, elevémosles el mausoleo que merecen. Son los azares de la miseria italiana, la huida de los campesinos, los barcos cargados de pobres de los que hablan las novelas de Traven, los barrios insalubres donde los emigrantes se amontonan en las Américas. Ambas nacieron en las provincias del norte, Alfonsina en la frontera con Suiza, en los últimos años del siglo XIX. Una se reúne con su padre en San Francisco, en el barrio de Little Italy; la otra desembarca a la edad de cuatro años en el puerto de Buenos Aires, en el barrio de Palermo.

Por suerte o por desgracia, ambas son bonitas, llaman la atención, como se suele decir. Tina hace un poco de cine y Alfonsina se convierte en actriz a los quince años, y luego en autora, a los veinticuatro, de un primer libro de poemas del que ella decía que fue escrito «para no morir». Personaje desubicado, feminista en el país del machismo, institutriz de niños retrasados, consejera de las bibliotecas populares del Partido Socialista en Buenos Aires, periodista que usa el seudónimo asiático de Tao Lao, Alfonsina abandona enseguida sus primeras «mieles románticas» bajo la influencia de la poesía modernista del nicaragüense Rubén Darío. Despliega su talento en el seno de lo que se llama ya, en la Argentina de los años veinte, el posmodernismo.

Dedica su libro *Langüidez* «a los que, como yo, nunca realizaron uno solo de sus sueños». Su gloria es brutal y frágil, la reciben como a una diva en los palacios atlánticos de Mar del Plata. En Buenos Aires, se integra en la pequeña banda de La Peña, que se reunía en el café Tortoni. Allí frecuenta a Borges, a Pirandello, a Marinetti; después se une a la otra pequeña banda de Signos, los del hotel Castelar, donde se encuentra con Ramón Gómez de la Serna y Federico García Lorca. Alfonsina atraviesa el Río de la Plata rumbo a Montevideo, quizás canta el tango en el café Sorocabana del mismo modo que en el café Tortoni. Se convierte en la amiga del uruguayo Horacio Quiroga.

Siguiendo el modelo del libro de Nordahl Grieg, a uno le gustaría escribir

Aquellas que murieron jóvenes, y dedicarlo a Reisner, Kahlo, Modotti y Storni. Muy pronto el vuelo de la abigarrada mariposa se hace pesado y lento. La poesía de la dama morena se vela con una dulce y terrible negrura, se deja invadir por completo por las dos imágenes incesantes del mar y de la muerte, la muerte y el mar, una inundación lenta e inexorable de aguas negras, desde «Frente al mar», «Un cementerio que mira al mar» o «Alta mar», hasta el premonitorio «Yo en el fondo del mar». En octubre de 1938, cuando Tina está todavía en España, Alfonsina se instala por última vez en un hotel balneario de Mar del Plata. Algunos meses antes, al enterarse del suicidio de Horacio Quiroga, había escrito este poema epónimo:

Morir como tú, Horacio, en tus cabales,
y así como siempre en tus cuentos, no está mal;
un rayo a tiempo y se acabó la feria...
allá dirán...

Horacio Quiroga había muerto como en sus cuentos y Alfonsina morirá como en sus poemas. El 22 de octubre, compone el último y lo envía a Buenos Aires, «Voy a dormir». Tres días más tarde, según la leyenda y la letra de la canción popular, después de haber esperado en vano a un último amante, o al menos su llamada telefónica, se adentra en el mar y se ahoga. Diademas de gotitas acompañan su marcha lenta en el agua, y sus labios quizás murmuren el primer dístico de «Dolor», escrito doce años antes:

Quisiera esta tarde divina de octubre
pasear por la orilla lejana del mar...

Las divinas tardes de octubre en Argentina no son las del otoño sino las de la primavera austral. Ella avanza en las doradas aguas del atardecer. Tras el suicidio de la paseante nostálgica, de la Ofelia atlántica, un letrista, Félix Luna, compone el bolero «Alfonsina y el mar», en el que retoma alguno de los versos de su último poema, «Voy a dormir»...

Te vas, Alfonsina, con tu soledad...

Y en la tumba de Tina Modotti, en el Panteón de Dolores de México, mejor que estos versos del poeta estalinista Pablo Neruda que allí están grabados,

Tina Modotti, hermana, no duermes, no, noduermes:
tal vez tu corazón oye crecer la rosa
de ayer, la última rosa de ayer, la nueva rosa.
Descansa dulcemente, hermana

yo escojo para ella aquellos de Alfonsina Storni, en su complicidad de grandes enamoradas:

Si en los ojos te besan esta noche, viajero,
si estremece las ramas un dulce suspirar,
si te oprime los dedos una mano pequeña
que te toma y te deja, que te logra y se va.

Si no ves esa mano, ni esa boca que besa,
si es el aire quien teje la ilusión de besar,
oh, viajero, que tienes como el cielo los ojos,
en el viento fundida, ¿me reconocerás?

Con lágrimas Eugenia
A decirte adiós venimos
Muy de mañana partimos
Bajo el cielo más sereno
Hacia México nos vamos
Vela al viento nos marchamos
Adiós pues hermosa Eugenia
En un año volveremos.

Una canción de la Legión

LOS PIES EN LA TIERRA

Uno habla mucho y actúa y luego piensa
Uno es prisionero de este mundo insensato

ARTHUR CRAVAN

Aunque haya sido comprado aquí, en México, su concepción es europea y sitúa a Europa en el centro del mundo. Es un planisferio tipo Mercator, y Trotski, en Coyoacán, está de pie delante de Europa. Perdido en los márgenes, a izquierda y a derecha, el estrecho de Bering es invisible y el Pacífico está partido en dos.

Él ve su propio recorrido en el espacio de algunas decenas de años, desde Siberia, donde estuvo relegado en el burgo de Ust-Kut, que no aparece en ningún mapa, apenas una decena de isbas a orillas del Lena, hasta Canadá, donde los ingleses lo apresaron en Halifax, pasando por todos los países de Europa que ha atravesado, Alemania, Serbia, Rumanía, Bulgaria, Austria-Hungría, España, Dinamarca, una vuelta al hemisferio norte del mundo. Trotski nunca ha franqueado el ecuador. Todo esto son historias de blancos del norte, historias de Europa. Ni Brasil ni África. Ni la India ni China, donde se juega la historia de nuestro siglo.

De pie, en este despacho de Coyoacán, Trotski sigue sin duda situando involuntariamente Siberia al este, a mano derecha, cuando aquí, en este despacho, debería situarla a mano izquierda. Si México fuera el centro del planisferio, se vería que Europa está al este, más allá de Tampico, y del otro lado, Siberia al oeste, más allá de Vancouver. El planisferio Mercator es un obstáculo epistemológico.

A los franceses, después del final de la guerra de Indochina y una vez que las tropas coloniales embarcaban en Marsella rumbo a Saigón, se les hacía difícil imaginar, cuando los estadounidenses tomaron el relevo, que los B-52 no volasen también hacia el este, que Vietnam estuviera enfrente de California, que todo se desarrollara alrededor del Pacífico y que Europa se encontrase en la cara oculta del planeta.

Trotski es ucraniano, por tanto europeo, y al bajar del *Montserrat* junto a Arthur Cravan a su llegada a América, durante la Primera Guerra Mundial, está inquieto por

el porvenir de Europa: «El hecho económico de importancia capital consiste en que, mientras Europa está demoliendo las bases de su economía, Norteamérica se enriquece. Y yo, que no he dejado todavía de considerarme como un europeo, me pregunto, contemplando con envidia esta ciudad de Nueva York: ¿lo resistirá Europa? ¿No se convertirá en un cementerio? ¿No se desplazará a Norteamérica el centro de gravedad del mundo, en lo económico y lo cultural?». En medio del suicidio colectivo de los europeos y del sacrificio de la juventud europea en la carnicería de Verdún, él prevé que, «aun supuesto el caso de que triunfasen los aliados, disipados el vapor y la niebla, Francia quedaría en medio de la palestra internacional como una Bélgica grande».

Trotsky se sienta en su despacho, limpia sus gafas, enciende la lámpara, pasa de la Geografía a la Historia. Delante de él está la pequeña biblioteca sobre la historia de México que pidió al guapo Van que le reuniera. Él es así, Trotsky, y su curiosidad es enciclopédica. Quiere meterse en la historia de este país, cavar en su subsuelo hasta el inicio del siglo pasado para comprender el presente. Desde las guerras de independencia del cura Hidalgo y de Morelos, con sus decenas de presidentes, hasta la aparición del héroe Benito Juárez. La vida ejemplar del niño indio nacido muy cerca de las sierras del sur, el huérfano cuya vida debería haber sido la de un pastor en medio de la maleza, pero que decide descubrir por su cuenta el mundo, recorre los kilómetros de colinas que van hasta Oaxaca y ve por vez primera una ciudad. Él sólo sabe hablar zapoteco y aprende español, latín y francés en muy poco tiempo, se convierte en abogado, en gobernador de Oaxaca, en presidente de México, e intenta promulgar la primera ley de separación de Iglesia y Estado.

Eso es en 1860, cuando todo está en juego tanto en México como en otras partes. En ese año, Garibaldi, a la cabeza de los Mil, se apodera de Nápoles y Sicilia e inventa Italia, el imperio eslavo llega al Pacífico y el zar ordena la fundación de Vladivostok, cuyo nombre significa «el Señor de Oriente». Algunos centenares de rusos se instalan alrededor de una iglesia de madera y construyen un puerto. Londres es todavía, con sus dos millones de habitantes, la ciudad más poblada del mundo. La Europa de la Revolución Industrial se extiende por el planeta. Ferdinand de Lesseps empieza a excavar el canal de Suez y a transformar África en una isla. En 1860, los ejércitos coaligados de Francia e Inglaterra hacen doblegarse a China y saquean en Pekín el Palacio de Verano. Es la victoriosa Europa de las locomotoras negras y los barcos a vapor, de las exploraciones geográficas y el progreso científico. Mientras en ese año de 1860 Henri Mouhot descubre los templos de Angkor, y mientras Pasteur escala desde Chamonix el mar de hielo y demuestra que no existe la generación espontánea, en una playa de Honduras fusilan al aventurero William Walker, que, después de haber sido el efímero presidente de una república que recortó del mapa de México, se había apoderado de Nicaragua para excavar allí un canal interoceánico.

En ese año de 1860, estalla en México el conflicto entre los conservadores católicos y los liberales liderados por Benito Juárez. Después de haber promulgado la ley de nacionalización de los bienes eclesiásticos, el presidente es expulsado del poder y estalla la guerra civil.

Tras la derrota de William Walker, a la que contribuyó modestamente el ejército francés, Napoleón III firma en secreto un acuerdo para la excavación del canal con el nuevo gobierno de Nicaragua. Estados Unidos e Inglaterra amenazan con intervenir. Algunos meses más tarde, el emperador se echa el fusil al hombro y sus tropas desembarcan en Veracruz. El Segundo Imperio coloca en el trono a Maximiliano de Austria. Helo aquí a éste, que había rechazado convertirse en rey de Grecia, como emperador ahora de México. Inglaterra y España, que al principio habían apoyado la expedición colonial, tiran la toalla. A pesar del heroísmo de la Legión Extranjera en Camerone y de los sesenta y dos hombres que hicieron frente a dos mil durante toda una jornada parapetados en una hacienda en llamas sin agua ni víveres, antes de que por la noche los seis supervivientes cargaran con la bayoneta, la situación es confusa, y el cuerpo expedicionario es hostigado en todas partes por las tropas fieles a Benito Juárez. Los franceses son derrotados en Puebla en 1862. El general Bazaine sale vencedor en el mismo lugar al año siguiente; luego penetra en Guadalajara y obliga a Porfirio Díaz a soltar Oaxaca. Cinco años más tarde, el general Bazaine se retira y Maximiliano I, que le ha cogido el gusto al trono y quizás a los tacos, se niega a abdicar. Juárez hace que lo fusilen en Querétaro en junio de 1867.

Ese año, Auguste Pavie hace levantar en Laos un monumento a la memoria de Mouhot. La Francia que abandona México amplía su influencia en Indochina. Los templos de Angkor se convierten para el Segundo Imperio en lo que fueron las pirámides de Egipto para el Primero. En América Central nace la leyenda del viejo alto y blanco que habría escapado de las tropas de Juárez, se habría metido en un barco y habría descendido a lo largo de la costa del Pacífico. Y recuerdo a un mecánico de San Salvador, hace casi veinte años, que estaba convencido de ser descendiente directo de Maximiliano, y cuya familia poseía, en efecto, algo de platería y diversos objetos estampados con el monograma del emperador, que se dirigía a mí con cierta acritud, como si yo fuera la personificación de Francia y debiera restablecerle en sus funciones.

Tres años más tarde, en septiembre de 1870, el Segundo Imperio se hunde. Bazaine, que se había convertido en mariscal a su regreso de México, acaba por capitular sin combatir ante los prusianos, encerrado en Metz. Para él, mejor es el enemigo que la Comuna. La República le condena por traición. Se escapará a España.

Después de que Benito Juárez regrese al poder por un tiempo en México, el general Porfirio Díaz reinará durante varias décadas de manera casi ininterrumpida.

Es la terrible paz porfiriana de la que hablará Lowry en el Volcán: «Juan, esclavo auténtico a los siete años de edad, había visto a su hermano mayor azotado hasta morir y a otro, comprado por cuarenta y cinco pesos, morir de hambre en siete meses, porque cuando esto ocurría, resultaba más barato al propietario comprar otro esclavo que tener mejor alimentado al que moría de agotamiento al cabo de un año. Todo esto se llamaba Porfirio Díaz».

Pero también era la modernidad de las máquinas y de la electricidad, la riqueza de la industria, el lujo de las villas fin de siglo en Ciudad de México, y tras sus rejas, las fuentes, los parques sombreados y proustianos, y las luchas sanguinarias por el poder que aparecen en las novelas de Martín Luis Guzmán, que fue secretario de Pancho Villa. Ya se sabe que el capitalismo engendra al proletariado y, conforme a la dialéctica marxista, corre así hacia su propia perdición y hacia la Revolución. Hacia las bellas cabalgadas de los ejércitos de Zapata al sur y de Villa al norte, que se arrojan sobre Ciudad de México en 1914, hacia la bella Revolución Mexicana de la que el presidente Lázaro Cárdenas es el heredero. Ahora Trotski sabe dónde está, en el espacio y en el tiempo. Está preparado para volver a emprender el combate aquí, desde este islote de democracia que resiste solitario en medio del fascismo, del nazismo y del estalinismo, dispuesto a luchar contra la falsificación histórica, contra Termidor, y a sostener el estandarte, y a crear una Cuarta Internacional.

A su lado, en este despacho de Coyoacán, se mantienen el guapo Van y Alfred Rosmer, su compañero en la época del tren blindado y después en Prinkipo, que se ha quedado en Ciudad de México tras haber venido acompañando a Sieva desde París. Entre los tres ponen en orden los archivos que Trotski prefiere enviar a un lugar seguro, a la biblioteca de la Universidad de Harvard. Veintidós mil documentos salvados del pillaje, de los asaltos y los incendios, llevados a costas desde Moscú y alrededor del planeta, y los duplicados de cuatro mil cartas que Trotski ha dictado en ruso, en inglés, en francés y en alemán a lo largo de esos años.

Se piensa en organizar en Ciudad de México un contraproceso de Moscú. Los tres hombres clasifican y copian las pruebas que presentarán en las audiencias. Corrigen juntos una última versión de *Mi vida*, para la que Trotski, de pie, delante del planisferio Mercator y con las manos a la espalda, dicta un texto de presentación. Quiere ser breve y conciso, como hombre al que la muerte pisa los talones y cuyos días están contados:

«En funciones de Comisario del Pueblo para las relaciones exteriores, dirigí en Brest-Litovsk las negociaciones de paz entabladas con Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria. Ocupé el Comisariado de Guerra y Marina, y desde él dediqué cinco años a la organización del Ejército Rojo y la reconstrucción de la flota. En el año 1920, me encargué, además, de dirigir los trabajos de reorganización de los ferrocarriles, que estaban en el mayor abandono. Dejando a un lado los años de la guerra civil, la parte principal de mi vida la llena mi actividad de escritor y militante dentro del partido».

Sus cenizas reposarán en medio del pequeño jardín tropical.

EN CUERNAVACA

El Día de los Difuntos, mientras la fiesta popular está en pleno apogeo y la rueda de la gran noria hace girar en el cielo sus barquillas, el doctor Arturo Díaz Vigil y Jacques Laruelle se sientan, después de su partido de tenis, delante de una botella de Anís del Mono sobre la terraza del Casino de La Selva, desde la que se domina la villa. Recuerdan al Cónsul asesinado un año antes en El Farolito. Jacques Laruelle, director de cine, abandona la ciudad y no volverá nunca. Desde hace mucho tiempo, este Laruelle alimenta el proyecto de rodar en Francia «a modern film version of the Faustus story with some such character as Trotsky for its protagonist^[8]».

En el primer mes de este año de 1937, mientras que Trotski retoma su combate revolucionario desde Coyoacán y revisa sus archivos para preparar el contraprosceso de Moscú que tendrá lugar en Ciudad de México, Lowry recorre las empinadas calles de Cuernavaca e imagina los lugares de su novela. Los modificará después de haber descubierto Oaxaca, se traerá del sur la iglesia de Nuestra Señora de la Soledad y el bar El Farolito, bautizará su ciudad ficticia con un nombre prehispánico: «Quauhnáhuac cuenta con dieciocho iglesias y cincuenta y siete “cantinas^[9]»». Jacques Laruelle, que fue amigo del Cónsul y amante de su esposa Yvonne, vive en lo alto de la calle Nicaragua, en una curiosa casa levantada en forma de torreta, llena de cuadros de José Clemente Orozco y de Diego Rivera. En la fachada tiene grabada una frase de Fray Luis de León: «No se puede vivir sin amar».

Aunque Lowry ha elegido esa casa para Jacques Laruelle, él nunca ha entrado en ella. La alquilará diez años más tarde, con el Volcán por fin terminado, cuando abandone Vancouver para regresar a Cuernavaca. Esta casa se convirtió después en el hotel Bajo el Volcán, y yo reservé una habitación allí desde Ciudad de México. Llegué a la estación de autobuses a mediodía y me procuré un mapa. La calle Nicaragua de la novela es la calle Humboldt. Al final del jardín, la habitación 127 se abre a nivel del suelo sobre una balaustrada de hierro pintada de verde, por encima de los bambús que surgen de la barranca. Se escucha al fondo el ruido del torrente que

mana de las nieves del volcán. Yo tenía una cita con Francisco Rebolledo, que había abandonado Ciudad de México hacía veinticuatro años, enseñaba literatura y cine en la Universidad de Cuernavaca y acababa de publicar un ensayo sobre el Volcán, *Desde la barranca*, amenizado con mapas y fotografías en blanco y negro.

En este inicio de diciembre de 2007, el Popocatepetl había entrado en erupción y el diario *La Jornada* titulaba: «Don Goyo lanza fumarola de dos kilómetros de altura». Sentados al abrigo de la caída de las cenizas en una de las cincuenta y siete cantinas, la Estrella o la Universal, mencioné la estatua ecuestre de Zapata que acababa de ver desde el autocar, que contravenía la tipología que en otro tiempo me enseñaron en La Habana. Según ésta, cuando las cuatro patas del caballo están apoyadas en el suelo, el héroe ha muerto por causas naturales; levanta una pata y el héroe ha muerto a causa de las heridas recibidas; las dos patas anteriores se separan del suelo y la muerte ha sido en combate. Aquí, en medio de un cruce de autopistas, se ve claramente a Emiliano Zapata, quien sin embargo fue asesinado a traición en la hacienda de San Juan Chinameca, cargando a sable o a machete sobre un caballo al galope, con las crines de bronce al viento, sin que ninguno de los cuatro cascos toque el suelo. Habíamos evocado el filme de Elia Kazan ¡*Viva Zapata!* y el guión de John Steinbeck, mientras recorríamos la ciudad, del palacio de verano de Maximiliano al palacio de Cortés, donde están los frescos de Rivera. Yo quería ver también las obras de Vlady, muerto aquí dos años antes. El Casino de La Selva se había convertido en un supermercado Mega, y el hotel del zócalo, en el que Yvonne entra al alba, era un edificio de oficinas.

Habíamos descendido por una escalera hasta el fondo de la barranca junto a raíces de treinta metros, que se agarraban a la muralla de roca como gruesos nervios raquídeos para ir a abreviar en el riachuelo que está abajo en medio de la jungla, allí donde se pudrirían el cuerpo del Cónsul y el del perro arrojado después de él, y reanudamos nuestra marcha en compañía del fantasma con gafas de sol de Geoffrey Firmin, excónsul de Gran Bretaña que había dimitido tras la interrupción de las relaciones diplomáticas y que se había quedado allí después de que su esposa Yvonne le abandonara, solo en Quauhnáhuac, esperando al alba el ruido de la cortina de hierro que se levanta con gran estruendo en el antro de la cantina o de la pulquería más próxima, pero «no era de los que se veían tambaleándose por la calle. Ciertamente podía echarse en la calle, si era preciso, como todo un caballero; pero no se tambalearía». Lowry vuelve a encontrarse con su sillón verde bajo la veranda, con sus montones de libros y la Remington portátil, y con su biblioteca, que es la biblioteca del Cónsul en el Volcán: Gógol y Tolstói, Shakespeare y Shelley, Duns Escott y los místicos, «y, ¡Dios sabrá por qué!, *Peter Rabbit*^[10], “todo se resume en *Peter Rabbit*”, solía decir el Cónsul».

Jan se larga a Veracruz, se va a buscar un amante, y Lowry compone el himno de los corazones lacerados, se inocula alcoholes transparentes como una peste blanca, mira las nieves eternas y rosadas en el horizonte de la sierra, los dos volcanes, Popocatépetl e Iztaccíhuatl, y en lo hondo, el arroyo, la gran herida en zigzag de la barranca, el abismo pútrido; ruega a «the Virgin for those who have nobody with», «la Virgen de los que no tienen a nadie», la Virgen de la Soledad. Busca la manera de que todo entre en esa novela. La avenida de la Revolución y el Casino de La Selva. El palacio de Cortés y los murales de Rivera y la rueda de la gran noria. Las ruinas del palacio de verano de Maximiliano y de su viuda Carlotta o Charlotte, que se volvió loca de soledad a su regreso a la Bélgica de su infancia. El Cónsul y el Emperador. Los héroes fáusticos que han vendido su alma al Diablo.

Geoffrey Firmin, el Cónsul de perilla trotskista, bebe todas las noches sus mezcalitos en la barra. No lee la carta de Yvonne, «Mi amor: ¿Por qué me marché? ¿Por qué no me lo impediste?». Vuelve a ver el pequeño bimotor de un rojo intenso, «el avioncito de la Compañía Mexicana de Aviación como minúsculo demonio rojo, alado emisario de Lucifer». Los indios duermen sentados contra el muro, con el gran sombrero cubriéndoles el rostro. El Cónsul apura las oscuras cantinas de mesas pegadas a las paredes. Las velas se consumen en los cuellos de las botellas de cerveza Moctezuma-elúltimo-emperador-azteca-de-Tenochtitlán. Él invoca el recuerdo de Yvonne como un simulacro tejido con los hilos del pasado. Ella vuelve un año más tarde, el Día de los Difuntos. Ése es el privilegio de la novela, traer de vuelta a los amores que huyeron. Ella entra bajo el alba cobriza en la penumbra del hotel donde el Cónsul ha pasado la noche acodado a la barra, y es como una escena de Aparición de las Sagradas Escrituras. El Cónsul la ve sin poder creérselo, «tal vez un poco borrosa porque el sol estaba a sus espaldas, con una mano (de la que colgaba su bolso rojo) sobre la cadera». Ambos morirán en el crepúsculo.

Al Cónsul lo empujarán al fondo de la barranca con una bala en el vientre después de haberle llamado bolchevique.

EL CONTRAPROCESO

Aunque nada venga a testimoniarlo, ni una nota ni un correo, no es inverosímil imaginar que es en la Ciudad de México, durante una de sus estancias mensuales para ir a recibir la pensión paterna, donde Lowry se entera leyendo un periódico de la presencia de Trotski en Coyoacán. En el *hall* del hotel Canadá, en la avenida Cinco de Mayo, Lowry habrá hojeado un ejemplar del diario *El Universal*, que por entonces publicaba un suplemento en lengua inglesa en consideración a los gringos. Allí se anuncia la apertura del contraproceto de Moscú en Ciudad de México.

El presidente Lázaro Cárdenas ha aceptado que una comisión formada por extranjeros venga a juzgar a Trotski en México. Está en primera página y los repartidores corren a vocearlo por las aceras. Cárdenas es acusado por la derecha de mofarse de la soberanía nacional, y por los estalinistas de ofrecer una tribuna al renegado diabólico. El contraproceto se celebrará en la casa azul de Frida Kahlo, transformada para la ocasión en fortaleza, con hombres armados y garitas y sacos de arena a la entrada que da a la calle Londres. Los animales del jardín, el mono araña, el ciervo, la gallina, son sin duda encerrados o trasladados. Los pájaros no se atreven ya a venir a beber en las piletas. Las audiencias se abren el 10 de abril de 1937.

El filósofo neoyorquino John Dewey, de sesenta y ocho años, demócrata, profesor en la universidad, renombrado especialista en Ciencias de la Educación, ha aceptado presidir el jurado. Es una eminencia moral de la que no se puede sospechar que apoye a Stalin ni a Trotski. Durante diez días, de la mañana a la noche, la comisión funciona con el formato de un tribunal. Los jurados interrogan, los abogados replican y el acusado declara. Todos los debates se celebran en inglés. Con la ayuda de Van, Trotski extrae de sus archivos las múltiples pruebas que deben demostrar la inanidad de las acusaciones presentadas contra él. Lo que está en juego es considerable. Trotski ha aceptado entregarse si no se demuestra su inocencia. Con una precisión matemática, Van presenta los documentos que muestran las incoherencias de lugares, fechas y falsas declaraciones arrancadas a la fuerza, describiendo la maquinaria infernal de los procesos de Moscú. Stalin quiere justificar con las acusaciones de traición y sabotaje sus propios fracasos y la hambruna que hace estragos; también, y

sobre todo, quiere reinar solo. Muy pronto, Trotski y él serán los dos únicos supervivientes del Comité Central de 1917.

La primera gran puesta en escena, el proceso contra el «Centro terrorista trotskista-zinovievista», llamado Proceso de los Dieciséis, se había celebrado algunos meses antes, mientras Trotski estaba en Noruega, en agosto de 1936. Todos los acusados, y entre ellos Zinóviev y Kámenev, los viejos compañeros de Lenin, fueron ejecutados al día siguiente del veredicto. La segunda puesta en escena, el proceso contra el «Centro antisoviético trotskista de reserva», llamado Proceso de los Diecisiete, comenzó en enero de 1937, justo después de la llegada de Trotski a Tampico. Los viejos héroes, torturados y con sus familias ya encarceladas, se acusan delante del fiscal Vishinski de crímenes de los que Trotski, mediante el estudio de sus archivos, se propone exonerarles. Sus refutaciones son implacables y poco a poco se impone, convence. Cuando al final le preguntan si todo esto ha sido realmente útil, si no ha vendido su alma al Diablo al aliarse con aquellos que hoy se mofan de la verdad, si no reconoce que, aun siendo inocente de los crímenes de los que le acusa Moscú, también él tiene una parte de responsabilidad en la propia Revolución, si merecía la pena Kazán para terminar en Lubianka, Trotski responde con una frase que quizás Natalia y Frida podrían comprender mejor que John Dewey: «La humanidad no ha podido hasta el presente racionalizar su historia. Es un hecho. Nosotros, los seres humanos, no hemos podido racionalizar nuestros cuerpos ni nuestros espíritus. Es cierto que el psicoanálisis intenta enseñarnos cómo armonizar nuestro físico con nuestra mente, pero sin grandes resultados hasta el momento».

En cuanto a las alianzas políticas que ha tenido que establecer, a lo largo de la acción revolucionaria con la que lleva comprometido día y noche desde la edad de dieciocho años, no puede arrepentirse de nada porque la Historia es así, siempre hay que actuar y decidir en el instante presente; y esperar a ver las cosas claras, con la distancia necesaria, es condenarse a no hacer nunca nada. Desde su primer encuentro en Londres, al comienzo del siglo, Lenin y él siempre han sido opuestos. Trotski viajaba entonces bajo el seudónimo de Pero y todo eso aparece en los archivos. La genialidad, la astucia de Lenin fue anticiparse y dar a su pequeño grupo el nombre de bolcheviques, es decir, «los mayoritarios», y obligar a todos los demás, entre ellos a Trotski, que eran más numerosos, a convertirse en los mencheviques, «los minoritarios». Después de eso, Trotski se unió a Lenin porque sin su unión la Revolución habría fracasado. Por supuesto, uno puede encerrarse en una habitación pascaliana y no cometer ningún error. Se es entonces responsable ante la Historia de no haber actuado.

Hace calor en el jardín de la casa azul, los pañuelos enjugan los rostros y las nuca. El acusado tiene la palabra y Trotski comienza su largo alegato, una declaración final en inglés de más de cuatro horas: «La cuestión no es saber si

podemos alcanzar la perfección absoluta de la sociedad. Para mí, la cuestión es saber si podemos dar grandes pasos hacia adelante, y no buscar la racionalización del carácter de nuestra historia con el pretexto de que después de cada gran paso adelante la humanidad da una pequeña vuelta e incluso un gran paso atrás. Lo siento mucho, no soy responsable de ello. Después de la Revolución, después de la Revolución mundial, es posible que la humanidad esté cansada. Para algunos, para una parte de los hombres y de los pueblos, una nueva religión puede aparecer y así sucesivamente. Pero estoy seguro de que habrá sido un gran paso adelante, como la Revolución francesa. Evidentemente, ésta terminó con el regreso de los Borbones, pero el mundo retuvo sus avances y sus enseñanzas, las lecciones de la Revolución francesa».

La recopilación de las audiencias de la comisión Dewey será publicada en Nueva York con el título de *El caso Trotski*, un informe de seiscientas páginas en cuyas conclusiones se declara al acusado inocente de los crímenes de los que le acusa Moscú. Semejante juicio democrático, desarrollado por enemigos de la Unión Soviética, no es de una naturaleza que inquiete a Stalin y quizás, por el contrario, alimente la teoría del complot, muestre la traición de Trotski, aliado de los capitalistas y los imperialistas, y acelere aún más la maquinaria infernal.

A partir del mes siguiente, en mayo de 1937, comienza en secreto el proceso contra la «organización militar trotskista antisoviética». El Ejército Rojo es decapitado, se ejecuta a todos los generales y oficiales acusados, entre ellos Uborévich, el vencedor de Vladivostok. En marzo de 1938, tendrá lugar el proceso contra el «bloque de derechistas y de trotskistas antisoviéticos», llamado el proceso de los Veintiuno, que supondrá la desaparición de Bujarin, quien había acogido a Trotski en Nueva York durante la Primera Guerra Mundial. Y al margen de los grandes procesos están las purgas, las ejecuciones, los campos, los cientos de miles de detenciones, muy pronto millones, los esclavos enviados a las minas de Siberia. El horror que se descubrirá veinte años más tarde al leer las páginas de *El cielo de Siberia*, de Evgenia Ginzburg, la humanidad envilecida, la locura asesina. Cuando los periodistas preguntan a John Dewey por su opinión sobre Trotski, más allá de su papel histórico, por su parecer sobre el hombre con el que se ha codeado durante esas jornadas, éste responde que es «un personaje trágico. Una inteligencia natural semejante, tan brillante, y encerrada dentro de absolutos».

Trotski va a morir en el exilio, por supuesto, este último testigo que se niega a callarse, amenazado por los comunistas mexicanos y los fascistas sinarquistas, se lo huele. Pero todo volverá a comenzar, para bien y para mal. Ya conocemos la frase de Bolívar: «El que sirve una revolución ara en el mar». La Revolución nunca se acaba. Dentro de veinte años, Ernesto Guevara y la pequeña banda de los clandestinos cubanos emprenderán en fila la ascensión del Popocatepetl, para endurecer sus cuerpos en la nieve y reafirmar su solidaridad antes de embarcarse en el *Granma*.

Dentro de cuarenta años, los nuevos sandinistas derrocarán la dictadura somocista en Nicaragua. Dentro de sesenta años, los nuevos zapatistas se sublevarán en el estado de Chiapas. Las barquillas suben al cielo y descienden en cada revolución de la rueda de la gran noria, que da vueltas tanto en el Volcán de Malcolm Lowry como por encima de la Viena destruida de Graham Greene.

MALCOLM & GRAHAM

Mientras Lowry está en Cuernavaca y Trotski en Coyoacán, en 1937, otro escritor inglés desembarca en México. Éste es un ferviente católico y un agente secreto. Graham Greene viene a escribir una novela en la que los revolucionarios mexicanos persiguen y fusilan a los curas, una novela sobre la miseria de los hombres y los horrores de la Historia. Graham Greene se aprovecha del anonimato que se le niega a Trotski, anda por las calles sin guardaespaldas, se sienta en las iglesias. El escritor ruso y el escritor inglés tendrán en común un lector entusiasta, que más tarde será Premio Nobel de Literatura y que sabrá mostrar, en el ejercicio de su admiración, cómo estos dos, por caminos opuestos, habrían llegado a ser hombres justos.

François Mauriac, a propósito de Trotski: «¿Qué le sucede a este niño judío educado al margen de toda religión? ¿No es precisamente por eso por lo que la pasión de la justicia acapara todas sus potencialidades? Escritor nato, a medida que crece, el adolescente no se convierte en el pequeño Rastignac que todos conocemos. Ni siquiera desea hacer carrera en la revolución o a costa de la revolución. Quiere cambiar el mundo, simplemente.

»¿Qué misteriosa mano corta una a una todas las raíces del interés personal en este niño lleno de talentos, en este primero de la clase en todas las asignaturas, y lo separa de su destino normal para terminar por precipitarle hacia un destino casi permanentemente trágico en el que las prisiones, las deportaciones y las evasiones sirven de intermedios a un interminable exilio?».

François Mauriac, a propósito de Graham Greene: «El poder y la gloria del Padre estallan en este cura mexicano que ama demasiado el alcohol y que le hace un niño a una de sus parroquianas. Un tipo tan vulgar, tan mediocre, que sus pecados mortales no despiertan más que chanzas y desdenes, y lo sabe.

»Existe la naturaleza corrupta y existe la Gracia todopoderosa; existe el hombre miserable, que no es nada, ni siquiera en el mal, y ese misterioso amor que le posee en medio de su ridícula miseria y de su irrisoria vergüenza para hacer de él un santo o un mártir».

El sacerdote alcohólico y derrotado de Graham Greene vuelve sobre sus pasos y

crucza de nuevo la frontera, ante la llamada de un moribundo, cuando sabe bien, o sospecha con fundamento, que se trata de una emboscada y se está metiendo en la boca del lobo.

Lowry y Greene nunca se cruzaron en México. Uno puede imaginar que más tarde Greene leyó el Volcán, antes de escribir *El cónsul honorario*. De un lado está la impecable eficacia novelesca que nada viene nunca a interrumpir, el impecable creador que desarrolla con maestría su doble oficio de agente secreto y novelista, y que en cada rincón del mundo se pone de inmediato manos a la obra —*El poder y la gloria* en México, *El tercer hombre* en Viena, *El americano impasible* en Saigón, *Nuestro hombre en La Habana* en Cuba—; y del otro lado, el gran desastre de Lowry, el absoluto y sempiterno tantear a ciegas de Lowry, que comienza siempre por escribir un cuento, el relato de un momento de su vida —un viaje marítimo de Inglaterra a Noruega, un viaje en autocar de Cuernavaca a Ciudad de México—, y durante años, de versión en versión, en medio de sus montones de libros y botellas, lo pierde, lo reanuda, lo desgarrar o aparta y vuelve a tomar, hasta los dos mil folios de *En lastre hacia el mar Blanco*, reducidos a cenizas en la cabaña en llamas, y con todos esos cuentos convertidos en novelas se propone construir una obra única y dantesca, desmesurada, de la que cada novela será un círculo o un capítulo, *The Voyage that Never Ends*^[11], un proyecto que, desde el mismo título, él sabe bien que nunca llevará a cabo.

Pero en Lowry y en Trotski la cuestión es mucho más amplia: saber con qué fin se vende el alma al Diablo. Para qué esta hermosa y terrible soledad y esa fuerza interior que les hace abandonar la vida que les gustaría llevar y a los seres que aman, para irse siempre y cada vez más lejos en busca del fracaso que vendrá a coronar sus esfuerzos.

Les gusta la misma clase de felicidad, una felicidad simple y antigua, la del bosque y la nieve, la de nadar en aguas frías y la de la lectura. Lo de estos dos es como acercarse al misterio de la vida de los santos, buscar aquello que los impulsa hacia los eternos combates perdidos de antemano, el absoluto de la Revolución o el absoluto de la Literatura, en los que nunca encontrarán la paz, la tranquilidad de la labor cumplida. Es ese vacío que se siente y el que el hombre, en su insoportable finitud, no sea aquello que debería ser, la insatisfacción, el rechazo de la condición que nos vence, también el inmenso orgullo de ir a robar una chispa cuando es su turno, incluso si saben bien que terminarán encadenados a la roca y continuarán así demostrándonos eternamente que han intentado lo imposible y que lo imposible puede buscarse. Eso es lo que nos gritan y lo que nosotros solemos fingir que no oímos: que de cada uno de nosotros se espera lo imposible.

LA CIUDAD DE LA NOCHE TERRIBLE

Oaxaca. La palabra era como un corazón que se rompía, un repentino repicar de campanas sofocadas en un vendaval, las últimas sílabas de algún sediento que agoniza en el desierto.

MALCOLM LOWRY

Después de una última escena en el hotel Canadá de Ciudad de México, Lowry baja las maletas de Jan por las escaleras. Dos hombres la esperan a bordo de un automóvil para llevarla a California. Él paga la cuenta y toma un autocar rumbo al sur, desciende por etapas la región de aire más transparente, pasa junto a los cactus y los agaves, después junto a los pinos y los ahuehuetes, compone un poema cuyo título uno prefiere en español: «Cuando el maguey cede paso al pino».

Ya está lejos el milagro de Cuernavaca, la ciudad de la eterna primavera. Oaxaca será la «ciudad de la noche terrible, más terrible que la de Kipling». Lowry se instala en este hotel Francia al que había venido D. H. Lawrence antes de escribir *La serpiente emplumada*, después de que su mujer le hubiera abandonado para regresar a Europa. Como si toda la literatura debiera ser inventada bajo diferentes seudónimos por un solo escritor exilado. Lowry viene aquí a sufrir y no quedará decepcionado. Desde su llegada, en su delirio y su paranoia, se cree seguido por espías de gafas negras, y puede que sea verdad.

En el año que hace que está en México, ha aprendido a pronunciar Mériko por México, y Waraka por Oaxaca, y sabe algunas palabras en español. Durante esos meses de soledad, su único amigo será Juan Fernando, el indio de dos metros de altura que no es Cravan, sino el recadero zapoteco del Banco Nacional de Crédito Ejidal, el banco de la reforma agraria de Lázaro Cárdenas, que se encarga de escoltar a caballo por las colinas el dinero para los campesinos, y que más tarde será asesinado, como el pelado asaltado del Volcán. Y Lowry escribirá *Oscuro como la tumba en la que yace mi amigo*.

En el patio del hotel Francia, los telegramas que ya no lee arden en los ceniceros.

Es la caída. Él está en el fondo del pozo, tirado cuan largo es en la cloaca de la barranca, con el miedo agarrado a las tripas de no tener el coraje de construir belleza. Empuja con el hombro la puerta de las iglesias, avanza bajo las cúpulas doradas, busca consuelo y, en lo alto de las columnas retorcidas a imitación de Bernini, ve el pálido cielo de los ángeles. En las paredes de los ábsides hay agradecimientos pintados sobre pequeñas placas hechas con las chapas de bidones de aceite, exvotos a todas las vírgenes de la misericordia. «Mi amor: ¿Por qué me marché? ¿Por qué no me lo impediste? Espero llegar a los Estados Unidos mañana; a California dos días después. Espero encontrar noticias tuyas. Te quiere, Y.».

Lowry arrastra sus huesos por las cantinas y en su cráneo «los tacones de sus zapatos rojos taconeaban lacónicos». Delante de las botellas de cerveza Moctezuma alineadas, en un pequeño altar situado sobre el mostrador la Madona está aureolada de guirnaldas de bombillas eléctricas y flores de plástico. La Virgen de las Causas Difíciles y Desesperadas. Ya ni sabe dónde se ha quedado dormido. Si arrodillado con la frente sobre el reclinatorio, en la capilla llena de oro y de velas cual refinería en llamas, o sentado en la cantina de El Infierno. «Llevaba un bolso rojo brillante». Busca en el bolsillo los fragmentos de su gran poema de amor y de sangre, y el atroz silogismo: «No se puede vivir sin amar». No se puede amar *ergo* No se puede vivir^[12]. «Sí, te amo, me queda todo el amor del mundo por ti, sólo que ese amor parece tan alejado de mí, y también tan extraño, porque es como si casi pudiera oírlo, como un zumbido o un llanto, pero distante, muy distante...». Ha aprendido también a decir «cervessa merikana una mas», y reza a todas las Vírgenes de todas las Guadalupes, «llego a una calle y allí te encuentro. De noche me deslizo en la cama y allí me esperas. ¿Qué hay en la vida además de la persona amada y la vida que puede fundarse con ella?». Las rondas corren de cuenta del gringo borracho y los otros se burlan de él empujándose con los codos. Un chulo, sentado a una mesa con una muchacha de grandes pechos, presume de la calidad higiénica de sus mugreres merikanas.

–Veri sanitari.

Lowry es culpable. Intenta recordar de qué. Culpable de no crear belleza ni participar en la Historia. Durante la guerra, el Cónsul era capitán de un barco cazador de submarinos alemanes. Permitió a sus hombres quemar a prisioneros en la caldera. Lowry paga sus mezcales con el sudor de los misérrimos obreros de las hilanderías de algodón de Liverpool. Lo que él escribe no es el Volcán sino la imposibilidad de escribir el Volcán, notas y dibujos garabateados sobre los menús dactilografiados del hotel Francia de Oaxaca, hoy día conservados, como reliquias de santo, en Vancouver. Esta obra «tiene que ser tumultuosa, tempestuosa, llena de truenos, en ella debe resonar el vivificante verbo de Dios proclamando la esperanza del hombre, pero también tiene que ser equilibrada, grave, y estar llena de ternura, de piedad y de humor».

Ahora estamos en 1938, y no es cosa de broma.

Después de que Lázaro Cárdenas viniera a Londres para anunciar la nacionalización del petróleo de Tampico, Inglaterra ha roto las relaciones diplomáticas con México. En Liverpool, la ausencia de noticias inquieta al padre de Lowry. A su hijo lo han metido en prisión por embriaguez y alteración del orden público. Falangistas españoles y pronazis fomentan la contrarrevolución, quieren derribar a Cárdenas y asesinar a Trotski. Lowry ve un buitre o un urubú en su lavabo, un zopilote o un cóndor de los Andes. El esqueleto del Cónsul remonta la barranca a cuatro patas, muy blanco, llevando gafas oscuras en su cabeza de muerto, atraviesa el zócalo y acompaña a Lowry hasta el banco. Los espías de gafas oscuras son hombres de confianza. Los ha enviado su padre para que saquen a su hijo de México. Su fortuna y su conciencia familiar son lo suficientemente considerables para salvar a su hijo indigno. O quizás, secretamente, su hijo preferido.

¿Qué sabe de su hijo este padre que no ve a Malcolm desde hace cuatro o cinco años, este padre que, durante toda la estancia neoyorquina de su hijo, le enviaba cada semana, con los paquebotes de la compañía Cunard, el *Times Literary Supplement* y tabaco inglés para pipa? ¿Qué presente? ¿Cómo escribir la historia del hijo sin la del padre? Arthur Lowry abandonó la escuela cuando tenía quince años, a los diecinueve se hizo contable, a los veintiuno cajero principal, ahora es accionista de la empresa de importación-exportación Buston & Co.

Es un hombre que se ha hecho a sí mismo, es miembro de un club de natación y medalla de plata de salvamento marítimo. Está orgulloso de haber enviado a su hijo a Cambridge, con los que han conseguido vivir de la sopa boba y se la comen a su gusto. Arthur Lowry es un inglés victoriano, convencido de su derecho y del derecho de la reina a expandir, como escribió Kipling, su «dominion over palm and pine^[13]», porque Dios lo ha decidido así. Conoce el mundo y las palmas y los pinos. Los negocios del gran capitalismo inglés le han llevado a patearse el planeta. Egipto, Rusia, Palestina, Argentina, Perú, Texas. Pero nada, nunca, le ha ayudado a resolver el enigma de su hijo.

¿Acaso presiente que tendrá negados para siempre el reposo y el olvido porque es el padre de un genio, e intuye la calamidad de que su apellido, aunque se haya borrado de su tumba, habrá de aparecer escrito en los libros durante siglos? ¿Por qué no le corta la asignación, como le ha amenazado hacer siempre? ¿Por qué no le permite llevar una vida normal, puestos a perderla? Sus hombres de confianza reúnen los papeles esparcidos por la habitación del hotel Francia, acompañan al hijo hacia el norte, hasta la frontera, lo instalan en Los Ángeles, en el hotel Normandy. Cada mes le dan el peculio necesario para que tenga mesa y cama. Durante casi un año, Lowry va a armar, en su habitación californiana, los manuscritos de *En lastre hacia el mar Blanco* y del Volcán, ahorrando en comida y cigarrillos para pagarse una mecanógrafa. A los veintinueve años, su estado es el de alguien gravemente incapacitado al borde de la demencia. Su padre ha contratado a un abogado para que

arregle el divorcio con Jan con el menor costo.

En la parada de autobús de Western con Hollywood Boulevard, Malcolm Lowry conoce a Margerie Bonner. Como Tina Modotti, fue una actriz principiante en Hollywood. Lowry se enamora. Su visado va a caducar. El padre decide enviar a su hijo a Canadá. Los hombres de confianza organizan su instalación en Vancouver. Lowry parte solo. Escribe esta frase, que podría ser una buena definición del genio y también de un cierto número de enfermedades mentales: «Yo no soy yo, sino el viento que sopla a través de mí».

Ahí está, a salvo y exiliado de México. Esperará a haber terminado con el Volcán para regresar junto con Margerie a Oaxaca.

LLOYD & LOY

Ser cobarde y temer por la propia vida
son dos cosas distintas en México.

MALCOLM LOWRY

Uno que no logrará escapar es el otro poeta inglés, que, veinte años antes que Lowry, atraviesa Oaxaca y también quiere huir, salir de México. No lo conseguirá.

Fabian Lloyd acaba de casarse en secreto con Mina Loy. Abandonan Ciudad de México rumbo a Oaxaca; llegan después al puerto de Salina Cruz, más al sur, en el golfo de Tehuantepec, donde se reúnen con algunos cómplices. Juntos quieren comprar un barco capaz de navegar en alta mar para salir clandestinamente del país.

Lloyd abandonó en Barcelona a su compañera Renée, prometiéndole un retorno más que improbable. O tal vez que la haría venir un día a Nueva York. Abandonó a sus amigos Gleizes y Picabia y se embarcó a bordo del *Montserrat* a la vez que Trotski, al que se presenta como poeta y boxeador bajo el nombre de Arthur Cravan. El sobrino escandaloso del escandaloso Oscar Wilde es un culo inquieto, y en Cataluña ya había escrito a su madre, que permanecía en Lausana: «De todos modos, aquí no pienso quedarme. Saldré primero hacia las islas Canarias, hacia Las Palmas con toda probabilidad, y de allá para América, para Brasil...».

En Nueva York se encuentra con Mina Loy, pintora, poetisa, actriz. Acaba de ser elegida «Representante de la Mujer Moderna» por el *New York Evening Sun*. Los Estados Unidos entran en la Gran Guerra y desembarcan con sus tropas en Saint-Nazaire. Lloyd teme ser enrolado y tener que partir al frente. Aunque haya nacido en Suiza, él es inglés y se arriesga a que lo movilicen. Viaja solo a Canadá, regresa a Nueva York y vuelve a encontrarse con Mina, se deciden por Argentina. Ahora ambos sueñan con Buenos Aires, de la cual Marcel Duchamp, que acaba de abandonar Nueva York, les hace los mayores elogios: «Aquí se respira un maravilloso perfume de paz, una tranquilidad provinciana que me obliga a trabajar».

Lejos de las fosas comunes de Europa y de la vida moderna de Nueva York, y si el proyecto se hubiera llevado a cabo, los dos poetas de vanguardia habrían frecuentado en Buenos Aires, al igual que Alfonsina Storni, las pequeñas bandas poéticas del momento, la de La Peña, donde habrían encontrado a Borges y Marinetti, la de Signos, a la que acudían Gómez de la Serna y García Lorca. Pero además había que pagarse el viaje hasta el Cono Sur. Cravan cuenta con llegar allí solo y por vía terrestre, ganándose la vida en el camino. Una vez allá, hará venir a Mina. Cruza la frontera de México por el río Grande en diciembre de 1917, con el nombre de Fabian Lloyd.

Consciente de que es el boxeo, más que la poesía, lo que le va a ser de ayuda, lleva consigo recortes de prensa que atestiguan sus pasados éxitos. Quizá también una reproducción de la pintura de Van Dongen que le representa con los guantes alzados. Como Traven, hace malabarismos con las nacionalidades. Con el fin de no alertar a las autoridades consulares británicas, se presenta indistintamente como suizo, canadiense o francés. Y ciertamente Arthur Cravan ha sido campeón de Francia de peso semipesado. Con ese nombre batió en Atenas al campeón olímpico Georges Calafatis. En México se incorpora a la Escuela de Cultura Física de la calle Tacuba.

Sin embargo, todo se desmorona rápidamente. Está solo y se siente perdido, implora a Mina. Las quince cartas que le envía durante esos meses bien podrían ser las que escribió Lowry en Oaxaca o Rimbaud en Adén, o quizá es que, como Gauguin en las islas Marquesas, ha subestimado el poder devastador de la soledad. «Nunca había pensado que se pudiera sufrir de semejante manera, al punto de llegar a temer por mi equilibrio». Está enfermo y pierde pie; en su delirio firma a veces las cartas como si estuviera en Buenos Aires, cuando todavía está en México. «Tengo miedo de volverme loco. No como, ni duermo nada». Ésa no es la mejor preparación para un boxeador. Se arrastra por el *ring*, aunque de todos modos consigue imponerse con su metro noventa y ocho y sus ciento cinco kilos. «Tienes que venir, o yo iré a Nueva York, o bien me suicidaré. Me siento poseído de uno de esos amores excepcionales que se dan, como los grandes talentos, sólo cada cincuenta años». La existencia es insoportable. «Morir del alma es diez mil veces peor que el cáncer». Está empapado de sudor frío bajo los ventiladores de la sala de entrenamiento, con olor a Bálsamo Bengué y a árnica, su escritura está bloqueada. «La vida es atroz». Sin embargo, todavía le promete a Renée, que permanece en Barcelona, que volverán a encontrarse un día.

Mina cede, viene en su busca. Se casan en secreto.

Como realmente le hace falta dinero para largarse, Arthur Cravan, campeón de Francia, desafía a Jim *Black Diamond* Smith por el título de campeón de México. Sabe que no está en condiciones de pelear y negocia por contrato una suma de dinero en caso de derrota. Sabe bien que van a partirle la jeta, y así sucede. Aguanta dos

asaltos. Smith conserva su título, vencedor por KO al segundo conteo. El monto del vencido es de dos mil pesos, pero Cravan es generoso y Mina no sabe bien cuánto podrá quedarle en el momento de la partida hacia Oaxaca: «Fabian ganó cerca de dos mil pesos por un combate de boxeo en Ciudad de México, suma en buena parte compartida (con el entrenador, etc.), porque él quería que también sacaran provecho del match los hombres que le habían ayudado cuando estuvo enfermo y se moría de hambre».

En los periódicos se habla de un combate de revancha en Veracruz, y se imprimen carteles anunciándolo. Pero, sin duda, en la cabeza de Lloyd eso no es más que una maniobra de diversión para justificar su partida de Ciudad de México. Pensarán que está en la costa atlántica cuando estará en la del Pacífico. Llegan a Salina Cruz y descubren que Mina está embarazada. Para evitarle semanas a bordo de un barcucho, Fabian le regala una plaza en un camarote de un barco japonés que parte hacia Argentina por el canal de Panamá. Se reencontrarán en Buenos Aires. Por el momento, él y su pequeña banda buscan adquirir discretamente una embarcación. Lloyd llega solo a Puerto Ángel, a cuatro días de cabotaje de Salina Cruz, donde le ofrecen un negocio. Mina confunde en sus recuerdos Ángel con Ángeles. También ha olvidado si la pequeña banda tenía idea de tomar el canal o si, por razones de clandestinidad, irían a cruzar el cabo de Hornos, allá en el extremo sur.

Con Lloyd van tres o cuatro fugitivos, entre ellos un marino de San Francisco que tal vez sea también desertor. De modo que piensan formar una tripulación. «Reunirían el dinero de todos y se lo darían a Fabian para que comprara el barco. Esperaban en el hotel de Salina Cruz, para evitar los gastos suplementarios de un viaje a Puerto Ángeles —les quedaba poco dinero—, y se encontraron en grandes dificultades cuando Fabian no regresó». En Buenos Aires, Mina se inquieta. Está sin noticias y sin un céntimo. «Él había apartado trescientos pesos para enviármelos, porque estaba muy preocupado por mí, pero le daba miedo hacerlo desde Ciudad de México, pues pensaba que la policía secreta se enteraría de su intención de partir hacia Argentina y le vigilaría». Durante semanas va a la lista de correos. Mina espera a Cravan como Édith Piaf habrá de esperar al boxeador Marcel Cerdan. Él no volverá a dar señales de vida.

En este otoño de 1918, un año y medio después de haber abandonado Barcelona a bordo del *Montserrat*, Trotski remonta el Volga para vencer a la Legión Checa en Kazán.

Al igual que más tarde el padre de Lowry se dirigirá a la legación británica en México, la madre de Lloyd, alertada por Mina, le responde: «Voy a tratar de que su desaparición sea oficial. Escribiré al cónsul británico de Méjico». Lo que inquieta a la madre es que una desaparición imposibilita poner en regla la herencia. Su hijo preferido no es Fabian, es el otro, el mayor, el pintor fracasado, no ese provocador de

Cravan que desde la adolescencia admira a su tío sodomita, Oscar Wilde, cuando sus primos han tenido que cambiarse el apellido para no llevar el de un padre cubierto de infamia. También pone en cuestión la validez del matrimonio de su hijo con Mina, quien deberá aportar prueba de él. Mina Lloyd regresa al fin a Inglaterra y nace su hija Fabienne.

En Londres, Mina contacta con los servicios secretos británicos, que abren una investigación, y escribe para ellos su testimonio. Éste será retomado por Maria Lluïsa Borràs, que, en Barcelona, intentará juntar todos los elementos del expediente: «La idea de que el marinero pudo haberlo matado [escribe Mina] ya se me ocurrió también por las mismas razones que usted expone. El Sr. Cattle, en cambio, no lo cree posible porque el marinero tenía tantas ganas de llegar a la Argentina como los demás y la mejor solución que tenía era unirse a ellos porque no hubiera hallado gente mejor con que hacer el viaje. Además dice Cattle que no era de esa clase de personas y de él tampoco se halló rastro nunca más. Nos pusimos en contacto con amigos suyos de San Francisco que declararon que no le habían vuelto a ver».

Durante años, continuarán circulando hipótesis estrambóticas. Hay quien cree haber visto al gigante en diversos lugares de México. Se dice que está forrado después de haberse embolsado los derechos de autor de una novela, *El tesoro de Sierra Madre*, publicada bajo el seudónimo de Traven. Y uno piensa una vez más en la frase de Ortega y Gasset que copió Lowry, según la cual cada uno de nosotros escribe la novela de su vida conforme ésta avanza.

Ya sea que el poeta inglés y campeón de Francia de boxeo haya perecido ahogado en el Pacífico, o que lo hayan asesinado en Puerto Ángel, o que haya regresado con Renée, cuyas huellas también se han perdido, *La desaparición de Arthur Cravan* es la gran novela de aventuras de Fabian Lloyd, y podría estar firmada por Traven.

EN VANCOUVER

Desde la ventana de gruesos cristales del hotel Granville Island, en Johnston Street, intento ver, más allá de las empalizadas junto a las que se balancean pequeños yates blancos resplandecientes de escarcha, y de las aguas frías del Pacífico, la alta torre de cemento del hotel Azimut sobre el puerto de Vladivostok, ese puerto en el que Lowry desembarcó del *Pyrrhus* en 1927. Él ha concluido su gran vuelta de noria. Ahí está, trece años después, en la Columbia Británica.

Sherrill Grace me acompaña al otro lado del parque Stanley para ir a ver dónde se encontraba la maldita cabaña de la playa canadiense de Dollarton. A la entrada del arbolado, un cartel anuncia que «Malcolm Lowry, author, lived with his wife in a squatter's shack near this site^[14]». Seguimos el sendero en medio de altos árboles muy verdes y de troncos enormes y húmedos, pinos y arces, entre roquedales y placas de nieve, descendemos hasta la arena y el agua cristalina del Burrard Inlet bajo el frío todavía intenso de la primavera, en este paisaje despejado donde «palabras como primavera, agua, casas, árboles, sarmientos, laureles, montañas, lobos, bahía, rosas, islas, bosques, mareas, ciervos y nieve habían asumido su verdadero ser». Lowry se enclaustra en su cabaña de okupa sobre pilotes de madera donde escribirá la frase trotskista del Cónsul, «el pecado original consistió en ser titular de una propiedad», y evocará a William Blackstone, el erudito de Cambridge que se fue a vivir en medio de los indios de América, lejos del puritanismo de las ciudades canadienses con sus carteles en los bares de «Prohibido servir alcohol a los indios y a los menores». En ocasiones, un ciervo atraviesa el fiordo a nado delante de él.

Margerie ha venido para estar con él y Lowry se casa por segunda vez sin que lo sepa su padre, cuya modesta pensión les obliga a llevar una vida más sencilla y más frugal. Lowry parte los troncos y ambos se abrazan delante de la estufa. «Sí, ése era su lugar en el mundo y lo adoraban». Los sobres del padre no consiguen resolver el problema ontológico del hijo. En una carta a su editor Jonathan Cape, quien todavía lo es también de Traven y de Hemingway, Lowry, que no ha publicado nada desde

hace siete años, afirma: «He decidido tirarme al cuello de mi “fantasmagoría mezcatera”, el Volcán, y emplearme a fondo en la escritura de este proyecto que, entretanto, se ha convertido en una aventura espiritual».

Durante este primer invierno casi sin alcohol, delante de un horizonte de heladas montañas azules, embutido en abrigos y con los dedos entumecidos, Lowry llena a bolígrafo las hojas que Margerie teclea a máquina. Los dos pasan día y noche bajo la lámpara, finalmente para qué, para hacer una novela, tinta negra sobre papel blanco, una obra de poeta repleta de nombres de poetas, de todos aquellos, de Nerval a Baudelaire, que ya habían consumido antes sus días y sus noches y firmado los pactos demoniacos de los Faustos de Goethe y de Marlowe. «¡Si tan sólo lograra representar a un hombre que encarnara toda la desdicha humana, pero que al mismo tiempo fuera la viva profecía de su esperanza!». Lowry quiere unir todo lo grotesco y lo horrible con la belleza de la condición humana en la última jornada del Cónsul, en doce capítulos y doce horas, hasta su asesinato a manos de los fascistas sinarquistas, la caída del ángel con nariz roja de payaso, precipitado al infierno de la barranca, y un perro muerto después de él.

Fin de mayo de 1940, las grandes hojas verdes y púrpuras de los arces se despliegan, el hielo del estrecho se rompe, Lowry acaba una tercera versión del Volcán y se la envía a los editores.

Hay que haber pasado los últimos meses en una cabaña de pescadores en la Columbia Británica, lejos tanto de los periódicos como de los aparatos de radio, para ignorar que, a finales de mayo de 1940, el mundo de la edición y el mundo en general sufren algunas perturbaciones. En verdad, ése no es un buen momento. Después de que los ejércitos alemanes hayan invadido Polonia y atravesado Bélgica, los panzers enfilan hacia París y empujan hacia Dunkerque a los soldados ingleses. En Saint-Nazaire, varios miles de ellos perecen en el naufragio del paquebote *Lancastria*, de la compañía Cunard, bombardeado por la aviación de Göring. Ése es también el momento en que James Joyce, que acaba de terminar la escritura de *Finnegans Wake*, convencido de que la guerra mundial es una vasta conspiración contra la publicación de su gran obra, abandona el hotel Lutetia y parte para suicidarse con Pernod, en la línea de demarcación. En este fin de mayo de 1940, mientras Margerie acude en autobús a la oficina de Correos de Vancouver para enviar el Volcán, en Francia se produce el éxodo de los habitantes del norte, arrojados por millares a las carreteras con sus bártulos, y en Coyoacán, la primera tentativa de asesinato de Trotski.

En medio de la noche del 24 de ese mes, unos hombres vestidos con uniformes de la policía mexicana irrumpen en el jardín, acribillan con metralletas Thompson el edificio de ladrillos rojos de los guardias y luego el edificio principal. Cuando fui a la calle Viena con Sieva, convertido en el viejo Esteban, éste me mostró la habitación

donde estaba cuando aquella noche recibió un tiro en el pie, y no se trataba de una bala perdida, me señala, porque los tiros eran a matar. Los tres ocupantes de la casa —Sieva, el proscrito y Natalia— se arrojaron bajo las camas.

Al día siguiente, Trotski redacta su testimonio para la investigación, pero no ha visto nada, dormía cuando fueron disparadas las ráfagas desde el exterior. «En todas direcciones volaban trozos de vidrio de las ventanas y astillas de las paredes. Poco después sentí que tenía dos heridas leves en la pierna derecha. Cuando se acalló el tiroteo oímos a nuestro nieto que gritaba en la habitación de al lado: “¡Abuelo!”. La voz del niño sonando en la oscuridad es el recuerdo más trágico que tengo de esa noche». Es él, el abuelo, quien emprendió acciones judiciales para sacar a Sieva del orfanato y ahí lo tiene ahora expuesto a las balas de Stalin. Sus dos hijas, Nina y Zina, están muertas, así como los dos hijos que le ha dado Natalia: Lev y Serguéi. Sieva es su único descendiente. La casa de la calle Viena se convierte de inmediato en una fortaleza. Se elevan las defensas, se ponen alambradas en lo alto de los muros del jardín, se construyen en cada extremo miradores llenos de pistoleros. Se instala a la entrada una doble puerta electrificada. El sindicato de camioneros de Minneapolis envía nuevos guardaespaldas de refuerzo. El recluso voluntario retoma su trabajo en el seno de una quinta impenetrable. En el cajón de su escritorio tiene un colt 38, y delante de sí, una pequeña pistola automática calibre 25; ninguna de las dos armas le servirá para nada.

Los asaltantes, una veintena de hombres repartidos en cuatro automóviles, se habían retirado llevándose consigo al guarda Robert Sheldon Harte, cuyo cuerpo será encontrado más tarde en el fondo de una fosa cubierta con cal viva. Después de varias semanas, la investigación establecerá la responsabilidad, a la cabeza del comando, del pintor muralista David Alfaro Siqueiros, miembro del Partido Comunista mexicano, hermano enemistado de Diego Rivera y, como éste, miembro de la pequeña banda de los Dieguitos y los Macheteros. Y Siqueiros, antiguo combatiente de la guerra revolucionaria de México y de la guerra civil española, del lado de las checas, refugiado en el estado de Jalisco, deberá una vez más, confundido y condenado, partir al exilio. Pablo Neruda le proporcionará un visado para Chile.

El 29 de mayo de 1940, cuatro días después de ese primer atentado fracasado, Ramón Mercader, bajo el nombre de Frank Jacson, entra por primera vez en la casa de la calle Viena y conoce a Trotski.

En las horas que siguieron al atentado, Diego Rivera huye a San Francisco, presa del pánico. Acaba de romper con Trotski y de abandonar con escándalo la Cuarta Internacional. Cuenta en las filas del poder con muchos enemigos que, si la investigación se atasca, se alegrarían de verle provisionalmente detenido, interrogado e incluso encarcelado. Quizás teme por su vida y sospecha que es el próximo de la lista. En su precipitación, y también con la fuerza de la costumbre, pide a dos de sus

amantes, su asistente Irene Bohus y la actriz Paulette Goddard, que organicen su partida y que le acompañen. Teme que en su ausencia se venguen en su colección de arte precolombino y le roben las mejores obras, para las que ha hecho levantar el Museo Anahuacalli, y pide a Frida Kahlo desde California que haga vaciar su taller y sus reservas. Diego y Frida se han divorciado seis meses antes. Frida está enferma y fatigada. Ella y su hermana Cristina son largamente interrogadas por los investigadores, que tienen serias sospechas de que es en el interior de la pequeña banda donde van a encontrar al instigador del atentado.

No obstante, Frida se ocupa de los detalles y los gastos de la enorme mudanza, y envía al fugitivo una carta mordaz: «Estoy contenta de haber podido ayudarte hasta donde me alcanzaron las fuerzas, ¡aunque no tuve el honor de haber hecho tanto por ti como la señorita Irene Bohus y la señora Goddard!, según tus declaraciones a la prensa ellas fueron las heroínas y las únicas merecedoras de todo tu agradecimiento. No pienses que te digo esto por celos personales ni de gloria, pero solamente quiero recordarte que hay alguien más que merece también tu agradecimiento, sobre todo, por no esperar ninguna recompensación ni periodística ni de otra índole. Ése es Arturo Arámburo. Aunque no es marido de ninguna “estrella mundial”, ni posee “genios artísticos”, pero sí tiene los huevos puestos en su lugar y ha hecho todo lo posible para ayudarte, no solamente a ti, también a Cristina y a mí, que nos hemos encontrado completamente solas».

Frida adjunta al mensaje los duplicados de las facturas por los chóferes y los camiones, por las cajas de madera y el cuidado embalaje de los miles de estatuillas del futuro Museo Anahuacalli de Coyoacán, su cólera no cede: «Y ahora más que nunca entiendo tus declaraciones y la “insistencia” de la señorita (?) Bohus en querer conocerme. Estoy absolutamente orgullosa de haberla mandado a paseo. Según una carta muy amable que has enviado a Goodyear, la has invitado a ser tu asistente en San Francisco. Imagino que todo estará ya arreglado. Para que ella tenga tiempo de iniciarse en el arte del mural durante su tiempo libre, entre los paseos a caballo y su “deporte” favorito: el entretenimiento de viejos libidinosos. En cuanto a la señora Goddard, dale las gracias una y otra vez por su cooperación tan oportuna y magnífica...».

La pasión celosa de Frida Kahlo es tenaz: siete años más tarde, cuando hace ya mucho que se volvió a casar con Diego Rivera, ejecutará un retrato de pie de Irene Bohus en el que sus brazos son dos pollas en erección. Entre las piernas, tan peludas que en ellas crecen hojas, su sexo es enorme y de la vulva abierta, que tiene encima una cabeza de diablo, mana una fuente. El dibujo a lápiz está fechado en 1947. Ese año, Antonin Artaud, que hace diez años que regresó de México, publica *Van Gogh, el suicidado de la sociedad*, y Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*.

Porque en la primavera de 1940 la tercera versión del Volcán ha sido rechazada.

Margerie regresa de Correos, desciende del autobús y pone el paquete sobre la mesa de madera de la cabaña. Puede que haya comprado un periódico en el que un suelto mencione el atentado contra Trotski. Lowry vuelve al manuscrito sin imaginar que todavía necesitará siete años de labor y de correcciones. Ahora tienen lugar la batalla de Inglaterra y los bombardeos de Londres y de Liverpool. El Blitz, el continuo machacar de la aviación nazi contra el territorio inglés. Lowry teme ser movilizado y enviado al frente en la Segunda Guerra Mundial, igual que Cravan temía ser enviado al frente en la Primera. Se prohíbe la exportación de libras esterlinas y los envíos del padre ya no llegan a Canadá. Es verano. Lowry y Margerie pasean en bote por las aguas lisas del Burrard Inlet, hacen picnic en el bosque. «El mar sería azul y helado, y ellos nadarían todos los días, y todos los días treparían por una escalerilla hasta su embarcadero y por él correrían directamente hasta la casa». A veces, sus amigos pescadores les regalan cangrejos. Un día se enteran de la muerte del padre, que nunca leerá el Volcán.

Lowry avanza por el embarcadero, se lanza al agua y nada hasta el agotamiento mar adentro. Margerie se inquieta por su desaparición. Arthur Lowry, campeón de culturismo y de natación, medalla de plata en salvamento, no puede hacer nada más por Malcolm. No se han visto desde hace seis o siete años. ¿Esperaba Arthur Lowry en secreto el éxito de Malcolm y la revancha frente a su hermano Wilfrid, que se le parece demasiado, el héroe de los trajes de corte inglés y de las finanzas, seleccionado en su juventud para el equipo nacional de *rugby* que se enfrentaría a Francia en Twickenham? Un Malcolm helado y tembloroso empuja la puerta de la cabaña y vuelve sin decir palabra al manuscrito del Volcán. No va a poder matar a un padre ya muerto. Con treinta años cumplidos, disfruta de los derechos legales de un menor al que la muerte del padre acaba de emancipar.

Luego llegan el nuevo otoño y el exaltante frescor del aire puro, las caminatas por el bosque y los trabajos de carpintería, el techo que hay que alquitranar, la barca que calafatear, la leñera que hay que levantar bien apretada. A veces baja para retirar la madera flotante que la marea ha encajado entre los pilotes. Después llega el nuevo invierno y la nieve aísla su pequeño reino. «No verían a nadie salvo a algunos pescadores cuyas blancas barquillas en invierno verían cabecear, ancladas, en la bahía». Sólo el viejo amigo Dylan Thomas, el poeta cuya desintegración alcohólica será digna del Cónsul, les invita una noche, de paso por Vancouver.

De versión en versión, de año en año, el Volcán caníbal se traga la vida entera de Lowry y de Margerie, y también todo el estruendo del mundo. Los ecos de la guerra mundial y los horrores de la Historia. Todo ello desciende desde la gran boca, a lo largo de la chimenea basáltica, para ser digerido en la infernal caldera. La guerra de España y los comunicados de la Confederación de Trabajadores Mexicanos Antitrotskyistas, y los anuncios de los combates de boxeo de los sucesores de Cravan. Los sueños revolucionarios y las bagatelas de la política de las que se ríe el Cónsul, en su embriaguez mezcalera de abogado del diablo: «Luego fue el pobrecillo e

indefenso Montenegro. La pobrecilla e indefensa Servia. O un poco antes, Hugh, en tiempos de tu Shelley, cuando fue la pobrecilla Grecia indefensa...». A medida que se entera de la muerte de sus amigos, su recuerdo entra en el Volcán como en el Panteón. John Sommerfield, «comunista y gran amante del rosado de Anjou», que había publicado *Voluntario en España* a su regreso de combatir en las Brigadas Internacionales. James Travers, muerto carbonizado en el desierto dentro de un carro de combate británico durante la batalla de El-Alamein. Nordahl Grieg, el poeta icario carbonizado en el cielo de Potsdam.

Nosotros dejamos la playa de Dollarton, donde hace tiempo que han desaparecido las cabañas de okupas, y tomamos el sendero bajo la floresta llena de brotes pujantes. Los restos de la nieve brillan al sol. Sherrill Grace me acompaña rumbo a la Universidad de la Columbia Británica, donde me han preparado los documentos que quiero consultar. «Yvonne escudriñaba un documento que él mismo acababa de poner sobre la mesa para ella. Era sólo un viejo, manchado y arrugado menú que parecía haber sido recogido del suelo o haber pasado largo tiempo en el bolsillo de alguien, e Yvonne lo leyó varias veces con alcohólica deliberación».

Y ese viejo menú dactilografiado y todo mugriento del restaurante del hotel Francia de Oaxaca que aparece en el Volcán, novela que me fui a leer en el patio del hotel Francia de Oaxaca, helo aquí ahora, decenas de años más tarde y a miles de kilómetros de distancia. El vértigo es comparable al de las últimas moradas. Un archivero de guantes blancos lo ha subido en un ascensor desde un sótano con hidrometría constante; lo llevaba en un carrito niquelado como si fuera un cadáver listo para la autopsia. Lo ha depositado religiosamente, al igual que los otros documentos, sobre la mesa de madera encerada de la biblioteca, hojas que parecen extraídas del infierno, apenas quemadas por las brasas del Hades. Croquis, garabatos y pedazos de frases escritas con bolígrafo. «Al alba, cuya fría belleza de junquillo se vuelve a descubrir en la muerte». Uno lee la palabra «junquillos» en el Volcán como se lee junquillos en todas las novelas de Lowry, y la palabra inglesa para junquillos, *daffodils*, es tan hermosa como la francesa *jonquilles*. Imágenes que uno diría propias de Trotski o de Tolstói, pero que son de Lowry, y que cantan a «la primavera que acompaña la música de la nieve al fundirse, la primavera sobre la estepa rusa».

Sin Dios, ni Gérard de Nerval ni Van Gogh estarían muertos.

Quiero decir: no estarían tan cochinamente muertos como lo están; por viejos que fueran estarían todavía con vida y en la vida; porque es ese Dios, el eterno espíritu de la conciencia pequeñoburguesa del hombre, quien no ha querido la poesía, su poesía, y quien ha alumbrado en el corazón de Van Gogh y de Gérard de Nerval un deliberado espíritu de demencia...

Antonin Artaud, Carta a Maurice Nadeau

RUMBO A LOS DOMINIOS DE LOS TARAUMARAS

Otro que ha sobrevivido a México, y cuyos huesos no se han hundido hasta el fondo del océano ni se blanquean en el desierto, es Artaud el Momo.

El 31 de octubre de 1936, la víspera del Día de los Difuntos y de la primera llegada de Malcolm Lowry a México, Antonin Artaud embarca en el puerto de Veracruz a bordo del paquebote francés *Mexique* con destino a Saint-Nazaire. Y ese dios de la conciencia pequeñoburguesa, que según Artaud no ama a los poetas y los vuelve locos, ha urdido este pequeño relevo como si no hubiera lugar para ambos sobre el mismo suelo: en veinticuatro horas, Artaud se aleja de la costa atlántica y Lowry desembarca del paquebote *Pennsylvania* en el puerto de Acapulco, en la costa pacífica.

El poeta guatemalteco exiliado Luis Cardoza y Aragón, autor de *Luna Park*, quien nueve meses antes ha acogido a Artaud en Ciudad de México, lo describe como un hombre de cuarenta años, flaco y prematuramente envejecido, que enseguida se pregunta qué diablos ha venido a hacer a México. Le piden conferencias. Intenta colocar sus textos en los periódicos. Los cinéfilos bien informados recuerdan su hermosa jeta de joven principiante de ojos brillantes en los filmes de Abel Gance o de Claude Autant-Lara, de Carl Dreyer o de Fritz Lang. Dos años antes, cuando Lowry y Trotski estaban todavía en París, Artaud publicó allí *Heliogábalo o el anarquista coronado*, y luego *La conquista de México*, después de que Anaïs Nin le hiciera descubrir *Mañanitas mexicanas*, de D. H. Lawrence, pero en México quisieran que él fuera todavía un poeta surrealista, y eso le molesta.

Por supuesto, al principio creyó en ello. Incluso se arremangó y demostró que era capaz de organizarlo todo cuando se trataba de preparar la Revolución. En la jaula de monos surrealista, Artaud fue el responsable del Comité de Reparto del Trabajo, y decidía qué cartas había que enviar y quiénes debían escribirlas:

«Carta a toda la crítica: André Breton y Louis Aragon.

Carta a los médicos jefe de los asilos de locos: Robert Desnos y el doctor Fraenkel.

Carta al Ministerio de Educación Pública: Pierre Naville y Benjamin Péret.

Carta a los rectores de todas las universidades europeas: Michel Leiris y André Masson.

Carta a los grandes doctores de todas las universidades asiáticas y africanas: Paul Éluard y René Crevel.

Carta a la administración general de la Comédie Française: Francis Gérard y Mathias Lübeck».

Pero desde hace diez años, al igual que Soupault, ha enviado a paseo todo eso, y Breton ni siquiera ha tenido tiempo de excluirle. Arregló cuentas con toda la pequeña banda escribiendo *En plena noche o el bluff surrealista*, donde denunciaba que «la actividad de éstos está llena de un odio miserable y de veleidades sin mañana». Breton había pedido a todos los miembros que se unieran al Partido Comunista francés. Para Artaud, «el marxismo es el último fruto podrido de la mentalidad occidental». Y poco importa que le hablen de estalinismo o de trotskismo. Sustituir a la burguesía por el proletariado no cambiará nada en esta civilización enferma de mecanicismo y de Progreso. La solución es espiritual o metafísica. «En el fondo, todas las exasperaciones de nuestra disputa giran en torno a la palabra Revolución».

En sus conferencias, va a exhortar a la Revolución Mexicana de Lázaro Cárdenas a preservarse del marxismo como de la peste, y a emprender por el contrario una revolución contra el Progreso: «Esperamos de México, en suma, un nuevo concepto de Revolución y también un nuevo concepto del Hombre», un retorno a la Tierra Roja y a la Cultura Roja. Artaud ha consultado el *Popol-Vuh* y los códices, va en busca de una cultura solar y del despertar del Pájaro Trueno.

«La cultura racionalista de Europa ha entrado en quiebra, y he venido a las tierras mexicanas en busca de las bases de la cultura mágica que todavía puede brotar de la energía del sustrato indio». No quiere ir a Cuernavaca ni a Oaxaca ni a Guadalajara, esas ciudades donde ya hay tantos mestizos y gringos. La pintura de Diego Rivera es para él demasiado europea, demasiado francesa, está desnaturalizada y contaminada por Montparnasse. Habría que ir más lejos, más arriba sobre el altiplano, y cavar profundamente en el viejo suelo rojo indio. Está decepcionado y colérico. «He venido a México para huir de la civilización europea, surgida de siete u ocho siglos de cultura burguesa, y por odio a esa civilización y a esa cultura. Esperaba encontrar aquí una forma vital de cultura y sólo he encontrado el cadáver de la cultura europea, del cual Europa ha comenzado ya a desembarazarse».

Habría que huir, lejos de México. Una vez dictadas las conferencias en la

universidad y en la Alianza Francesa, da vueltas en círculos, pasa los días en los cafés escribiendo sus *Mensajes revolucionarios* y buscando opio. Sin un céntimo y sin posibilidad de recurrir al boxeo para hacerse con alguno, se hospeda aquí y allá, alquila durante un tiempo un cuartucho en un burdel por la plaza Garibaldi, conoce a vividores y a camellos y le timan. Artaud no consume ni mariguana ni mezcal, y la heroína que busca en vano en la colonia Buenos Aires no abunda en las calles. Según el testimonio de un médico, Elías Nandino, su amigo José Ferrel, toxicómano y traductor de André Gide, le lleva un día a Artaud en pleno mono, «todo vestido de negro y con la mirada clara y perdida». Le da un frasco de láudano que Artaud vacía de un trago y arroja al suelo. «No le hizo ningún mal. Al contrario, se puso a discutir con mucha euforia. Lo que prueba que ya estaba habituado a grandes cantidades de opio».

Su vano combate contra la prohibición no data de ayer. Artaud ha enviado cartas a la Administración francesa. «Señor legislador de la ley de 1916, completada por el decreto de julio de 1917 sobre los estupefacientes, eres un tonto del culo. Tu ley sólo sirve para molestar a la farmacéutica internacional sin ningún provecho para el nivel de toxicomanía nacional». Su cruzada no dio resultado. «Yo me hago opiómano del mismo modo que estoy sin curarme de mí». Todo eso es por culpa de la «jodida y pajillera vida». El peyote podría ayudar de un solo golpe a calmar sus nervios y a salvar la civilización europea. El desatino mágico del peyote podría ser de ayuda en la lucha contra los «tartufos de la infamia burguesa», esos con los que «a la larga han tenido que habérselas» los mejores, y Artaud desgrana de nuevo su constelación formada por Villon, Edgar Allan Poe, Baudelaire, Gérard de Nerval, Van Gogh, Nietzsche, Arthur Rimbaud y Lautréamont, a la cual añade en ocasiones a Lenin, Kierkegaard, Hölderlin y Coleridge, a todos aquellos a los que el Dios de la conciencia pequeñoburguesa ha decidido volver locos y eliminar.

Gracias a José Gorostiza, el futuro autor del gran poema *Muerte sin fin*, el proyecto de Artaud obtiene el apoyo de la Secretaría de Educación. Por fin abandona Ciudad de México para ir a Chihuahua, en el norte. Un maestro de una escuela rural le acompaña a caballo a través de la sierra tarahumara, hasta el pueblo de Norogachi. Artaud lleva un pantalón de franela y un par de zapatos que le ha dado Luis Cardoza y Aragón. «Llegados al pie de la montaña, he tirado a un torrente mi última dosis de heroína y he vuelto a montar el caballo. Después de seis días mi cuerpo es ya más de hueso que de carne». A uno le gustaría tener el testimonio de los indios tarahumaras que vieron llegar a aquel esqueleto alucinado, sudando y temblando con su pantalón de franela. En los relatos legendarios de estos reputados corredores, capaces como sus primos los apaches de cubrir con pie ligero decenas de kilómetros seguidos en medio de la rocalla, atravesando cañones y arroyos, en esos relatos legendarios, ¿se verá después tambalearse a un dios flaco vestido de negro y con calzado de cuero?

Los diferentes relatos que por su parte hará Artaud no son menos legendarios. Que no cuenten con él para reportajes. Él, que ya ha publicado un falso relato de su viaje a las Galápagos, presentará su expedición «en México a los dominios de los indios tarahumaras para la que he necesitado veintiocho días de lucha a 6000 metros para conseguir acercarme personalmente a los preparadores y manipuladores del peyote».

Lo que ha venido a buscar y que los indios ignoran es el rechazo a todo, al surrealismo, a la ciencia, a la política, a la razón, a la literatura. Puede que, gracias al maestro, el dios flaco vestido de negro derrame en tres palabras su odio a la civilización europea, a la psiquiatría y a la medicina en general y sus avances. «Cuando Pasteur nos dice que no hay generación espontánea y que la vida no puede nacer del vacío, pensamos que Pasteur se equivoca acerca de la idea real de vacío...».

Para él, la peste, la crueldad, el cólera deberían quedarse como intuiciones poéticas que en nada conciernen a la ciencia, «en mil ochocientos y pico, un doctor francés de nombre Yersin, que trabajaba con cadáveres de indochinos muertos de peste, aisló uno de esos cabezones de cráneo redondeado y rabo corto, que sólo se distinguen con microscopio, y llamó a eso “microbio de la peste”. Según yo lo veo, eso no es más que un elemento material muy pequeño, infinitamente más pequeño, que aparece en algún momento del desarrollo del virus, pero que no explica el resto de la peste». Por el contrario, para quien escribirá más tarde *La cólera de Dios*, «la medicina de los chinos, una medicina archimilenaria, ha sabido curar el cólera por medios archimilenarios, mientras que contra el cólera la medicina europea no conoce todavía más que los remedios bárbaros de la fuga o de la cremación». El dios flaco vestido de negro se agita, levanta los brazos al cielo, maldice todas esas chorradas de la ciencia y de la literatura: «Toda la escritura es una porquería. Los tipos que abandonan lo vago para intentar precisar lo que sea que se les pase por el pensamiento son unos puercos».

Los indios están perplejos y el intérprete incómodo, pero con frecuencia los dioses enfurecidos son así. Están sentados en el suelo en el altiplano, en medio del calor y bajo un cielo de un azul terrible y sin nubes. Emprenden la danza del peyote, y para Artaud el peyote es mucho más que un pequeño cactus sin espinas. Hay que comer peyote y bailar para absorber la Cultura Roja e impregnarse de ella para salvar a una Europa enferma. Como Lowry, él no es él sino el viento que sopla a través de él. «En un momento, se levantó algo así como un viento y los espacios retrocedieron. Del lado en que está mi bazo se formó un vacío inmenso que se pintó de gris y de rosa como la orilla del mar».

Con el peyote, «EL HOMBRE está solo y carraspeando desesperadamente la música de su esqueleto». El peyote hace entrar en la conciencia sus fosforescencias y sus polvaredas. Y Artaud se somete a esa quemadura porque es un artista y debe regenerar la civilización de Europa. «Esto es como el esqueleto de adelante que regresa, me han dicho los tarahumaras, el RITO OSCURO, LA NOCHE QUE

CAMINA EN LA NOCHE». El artista debe sacrificarse para salvar el mundo, está en el título del poema de Lowry «El faro llama a su lado a la tormenta»; y para Artaud, «el artista que ignora que él es un *chivo expiatorio*, que su deber es imantar, atraer, hacer caer sobre sus hombros las cóleras errantes de su tiempo para descargar a éste de su malestar psicológico, ése no es un artista». Artaud es el pararrayos que debe desviar hacia sí la descarga, el Gran Fusible que habrá de fundirse.

EN GUADALAJARA

Bebía porque quería ahogar mis penas,
pero las malvadas aprendieron a nadar.

FRIDA KAHLO

Un año y medio después del regreso de Artaud a Europa, en el momento en que Lowry abandona a su vez México, resulta que Breton desembarca ahí. Una verdadera cotorra.

André Breton había solicitado el apoyo de sus amigos del Quai d'Orsay Jean Giraudoux y Alexis Léger, que telegrafieron a Ciudad de México, y el 18 de abril de 1938 el historiador y embajador de Francia Henri Goiran viaja de mala gana a Veracruz para recibirle. Goiran tiene su pequeña claqué de poetas. Él ya se había hecho cargo de Artaud. En ese periodo de convulsiones que sigue a la nacionalización del petróleo de Tampico por Lázaro Cárdenas, cuando el general Cedillo se subleva con la guarnición de San Luis de Potosí, cuando hace un mes que ha comenzado el Anschluss, la anexión de Austria por Alemania, y los ejércitos hitlerianos están en Viena, cuando la conflagración se acerca y el coronel De Gaulle reclama a gritos carros de combate, no parece que la misión primera de un diplomático francés haya de ser la de exportar el surrealismo. El contacto es cordial, pero Goiran no tiene dinero que le permita hacerse cargo del poeta, ni siquiera de su alojamiento. Breton va acompañado de su mujer, Jacqueline. Dudan si volver a embarcarse de inmediato, avisan a Diego Rivera.

Tener tantas esposas y amantes también cuenta con ventajas inmobiliarias: Trotski y Natalia están todavía en la casa azul de Coyoacán, Rivera va a instalar a los Breton en casa de Lupe Marín, y luego en su casa-taller de San Ángel, en la calle Altavista. Un año después del contraprocés de Moscú en Ciudad de México y del informe de la comisión Dewey, Trotski todavía sigue vivo, en guardia, por supuesto, pero con el paso del tiempo parece tener casi una vida, jornadas llenas de los simples y pequeños placeres de la jardinería y de la política. Acaba de fundar la Cuarta Internacional.

Sabe que el Partido Comunista francés, que está en manos de los estalinistas, ha

expulsado a André Breton. Ante el anuncio del viaje de éste, los dirigentes del PCF han enviado una carta secreta a los dirigentes del PCM, correo que Diego Rivera ha logrado procurarse y que divulga en el diario *Novedades*, acompañado de la denuncia de la hidra enemiga de la libertad: STALINHITLERMUSSOLINI-ELPAPA-DIOS. Los estalinistas intentarán, sin duda, sabotear las intervenciones públicas de Breton, y Trotski pide al guapo Van que ponga en marcha un servicio de orden, que será confiado a obreros trotskistas de un sindicato de la construcción. Van ya conoce a Breton. Dos años antes, cuando Trotski estaba todavía en Noruega, Van había ido a París para traducir del ruso al francés *El libro rojo*, de Lev Sedov, el hijo de Trotski. Había formado entonces una comisión sobre el primer proceso de Moscú, el Proceso de los Dieciséis, comisión en la que habían participado el abogado Gérard Rosenthal, Alfred y Marguerite Rosmer, Víctor Serge y André Breton. Desde México, Van mantiene informado de la situación a Pierre Naville, convertido en uno de los dirigentes de la Cuarta Internacional en París.

He ahí a Breton en el «país de la belleza convulsiva», del cual no sabe gran cosa. Ha publicado obras de Posada en la revista *Minotaure*, ha leído *El país de los tarahumaras*, aparecido el año anterior en la *NRF* sin el nombre del autor. Se imagina que seguramente Artaud le habrá cortado un poco la hierba bajo los pies, porque le ha zurrado con ganas al surrealismo, pero los textos de éste publicados en los periódicos mexicanos no aparecerán en Francia hasta mucho más tarde, con el título de *Mensajes revolucionarios*. La verdad es que Artaud le ha segado la hierba hasta la raíz: «No he venido aquí para traer un mensaje surrealista, he venido a decir que el surrealismo ha pasado de moda en Francia». La mayor parte de las conferencias previstas son anuladas a causa de las huelgas y los desórdenes en la universidad. Breton es atacado en la prensa por los comunistas ortodoxos y también por intelectuales independientes cuyas críticas no son menos acerbas, como el filósofo Adolfo Menéndez Samará, el poeta Arqueles Vela, de la pequeña banda de los Estridentistas, y José Gorostiza, de la pequeña banda de los Contemporáneos, el mismo que había ayudado a Artaud en sus proyectos indigenistas.

Aun estando metidos en todas esas polémicas, Breton, Trotski y Rivera van a dejar frecuentemente la Ciudad de México con sus tres parejas durante los meses siguientes para dedicarse al turismo. Se alojarán en los mejores hoteles. Breton no es del tipo de los que se van a dormir en el suelo con los indios. Es un periodo en el que Diego y Frida viven de nuevo juntos, aunque las cosas no marchen muy bien. Frida, siempre al borde de la hospitalización, empuja el codo a base de bien y se confía a su amiga Ella Wolfe: «Floreo a todas las muchachas bonitas y a veces... se vuelve ojo de hormiga con algunas ciudadanas que llegan de improviso, bajo el pretexto de “enseñarles” sus frescos, se las lleva un día o dos... a ver diferentes paisajes...». Ella intenta buscar el lado bueno y aprovechar lo poco que Diego le concede de su

intimidad, los detalles de su vida cotidiana. «Sigue usando los zapatotes esos de minero (hace ya tres años que usa los mismos). Se pone furioso cuando se pierden las llaves de los coches, y generalmente aparecen dentro de su propia bolsa, no hace nada de ejercicio ni se baña en el sol jamás, escribe artículos para los periódicos que, generalmente, causan un bochincho padre, defiende a la Cuarta Internacional, a capa y espada, y está encantado de que Trotski esté aquí».

Con todo, Breton hace algunas apariciones públicas, asiste al estreno mexicano de *Un perro andaluz*, de Luis Buñuel y Salvador Dalí, y presenta el filme. No obstante, muy pronto y por impulso de Trotski, la redacción de un *Manifiesto por un arte revolucionario independiente* se convierte en su principal actividad.

A la llegada de Breton a Ciudad de México, Trotski envió un artículo a Nueva York para su publicación en la *Partisan Review*: «Como ustedes sabrán seguramente, tanto en el plano artístico como en el político, él no sólo es independiente del estalinismo, sino que le es claramente hostil. Tiene sinceras simpatías por la Cuarta Internacional».

Trotski quiere aprovechar la presencia de éste para dotar a su movimiento de una gran declaración artística y le empuja a manifestarse. Breton se siente halagado, pero la tarea le asusta. La personalidad del antiguo jefe del Ejército Rojo le impresiona al punto de dejarlo mudo. Organizan una decena de reuniones cara a cara, siempre en francés, de cuyas transcripciones se encargará Van.

Mientras se trata de hablar de libros de Gide, Malraux y Céline, Breton mantiene su posición. Pero cuando se trata de ponerse a escribir, se bloquea. Él, del que uno se imagina que escribió de un tirón los manifiestos del surrealismo, con soberbia, sacudiendo su cabellera de león, preparando desde el fondo de su bar, con el índice levantado, las futuras excomuniones, balbucea delante de Trotski el texto de un peregrino homenaje a Zola, un autor al que en París le habría pegado un tiro de buena gana. Breton, abatido, termina por pretextar que tiene fiebre y afasia. Van nos cuenta que «poco después Trotski comenzó a apurar a Breton para que le presentara el proyecto de manifiesto. Breton, con el aliento encendido de Trotski en la nuca, se sentía paralizado y no podía escribir». Trotski empieza a comprender que su presa es mediocre; él pensaba haber enganchado un pez espada y se encuentra ante una merluza muda. Decide salir de viaje a Guadalajara. «Diego Rivera estaba allí, pintando, y nosotros debíamos ir a encontrarnos con él. Partimos por la carretera de Guadalajara en dos automóviles».

Al volante del primero está el guardaespaldas Joe Hansen, que no sabe ni francés ni español; a su lado, Breton, y detrás Trotski y Natalia. En el segundo, junto al otro chófer y guardaespaldas, está sentado el guapo Van, y detrás de él, Frida y Jacqueline. Joe Hansen aparca en la cuneta, abre la puerta y viene a hablar con Van: «The old man wants you^[15]».

Regresan al primer vehículo y se cruzan con Breton, que muestra su desconcierto con un gesto de manos y va a sentarse junto al otro chófer.

Todos se alojan en el hotel Imperial, pero los dos grupos no vuelven a verse durante toda la jornada. De un lado están las parejas de Breton y Rivera, y del otro Trotski, Natalia y sus guardaespaldas; quizás se cruzan por las calles de la ciudad tapatía. Y uno, recorriendo esas mismas calles varias décadas más tarde, puede imaginar a sus fantasmas en el Palacio del Gobernador, delante del mural de *El circo político*, en el mercado cubierto donde les sirven morros de buey y que curiosamente se parece al de Papeete. ¿Recogen frutos de las ramas de los naranjos que están en la vía pública? ¿Van hasta Tlaquepaque, donde la muerte mexicana y los objetos de culto, de los que Breton es un entusiasta, las estatuillas de esqueletos de jóvenes esposos, vestidas ellas de blanco y con traje negro ellos, se ofrecen a la venta cual *memento mori*, como si uno fuera a olvidarlo? ¿Entran en el santuario dedicado a Nuestra Señora de la Soledad, delante del cual se apilan sobre una carreta los sacos de plástico rosado llenos de hierbas propiciatorias? El muralista José Clemente Orozco envía a uno de sus asistentes al hotel Imperial, e invita a Trotski a ir a ver su trabajo.

Los dos hombres discutirán en inglés. Van cuenta que «la conversación fue agradable, pero no tuvo la vivacidad ni la calidez que tenían frecuentemente los encuentros entre Trotski y Rivera. Al salir, Trotski nos dijo, a Natalia y a mí: “¡Es un Dostoievski!”».

Como de costumbre, en cuanto se alejan de Coyoacán, Trotski es hostigado e insultado en las publicaciones que manejan el Partido y la Confederación de Trabajadores de México, de modo que *El Nacional* dice: «Trotski, Rivera y sus invitados desarrollan idénticas actividades en la ciudad tapatía sin encontrar el asentimiento de las clases proletarias organizadas». Sin embargo, Trotski no se dedica a hacer ningún proselitismo; a veces muestra indiferencia y a veces responde a otros periodistas que no tiene prohibido visitar el país y que su visado está en regla. «Volvimos a tomar el camino de México sin que Trotski viera de nuevo a Breton. Había sido el retraso persistente de Breton en presentarle el proyecto de manifiesto lo que en el camino a Guadalajara provocó su cólera».

Durante las semanas que siguen, Breton agrava todavía más su caso. Un día que visita en compañía de Trotski una iglesia de Cholula, arranca del muro cinco o seis exvotos populares, pintados sobre pequeñas placas de hierro recortadas de los bidones de aceite, y se los mete en el bolsillo. Trotski, furioso, se contiene y sale de la iglesia a grandes zancadas. Esta vez serán los periódicos católicos quienes se cebarán con delectación y lanzarán una campaña a favor de la anulación del visado del profanador y de su expulsión. Por fin, la pequeña banda se instala a primeros de julio

unos días en Pátzcuaro, en el estado de Michoacán. Escogen una gran construcción colonial con una decena de habitaciones al borde del lago. Después de la comida, Jacqueline y Frida salen a fumar a orillas del agua para evitar los comentarios de Trotski, exfumador que no soporta el olor a tabaco. Jacqueline recuerda que ambas se comportaban como colegialas. «Queríamos mucho a Trotski, pero él lo exageraba todo y era muy chapado a la antigua». Trotski a solas con Breton es un genio vigilante, y también un monstruo frío y calculador, un pescador que no dejará escapar a su presa: «¿Tiene algo para mostrarme?».

Ante él, el pequeño tirano del surrealismo, el tribuno irónico y mordaz, se convierte en un escolar pillado en falta. Breton ya había vivido una situación parecida al inicio de los años veinte, cuando fue a encontrarse con Freud en Viena. El miedo a no gustar y a no estar a la altura lo paraliza. Sin embargo, va a su habitación en busca de unas cuantas cuartillas escritas con tinta verde. Trotski ve claro que tendrá que terminar el trabajo con Van: «Después de nuevas conversaciones, Trotski tomó el conjunto de los textos, los recortó, agregó palabras aquí y allá y pegó todo en un rollo bastante largo. Pasé a máquina el texto final en francés, traduciendo el ruso de Trotski y respetando la prosa de Breton».

En el documento original de los archivos de Harvard, son visibles las aportaciones de cada uno. Las citas de Marx, verdades que siempre es bueno recordar, incluso si todos los poetas las conocen, las aporta Trotski: «El escritor debe, naturalmente, ganar dinero para poder vivir y escribir, pero en ningún caso debe vivir y escribir para ganar dinero... El escritor no considera de ningún modo su trabajo como un *medio*. Su trabajo es un *propósito en sí*, y de tal manera no es un medio para él ni para los otros que sacrifica si es necesario su propia existencia por la existencia de aquél...».

Por lo tanto, Breton, embriagado de política y embarcado en su arrebatado, añade, creyendo que hace bien: «A quienes nos empujen, sea hoy o mañana, a consentir que el arte se someta a una disciplina que tenemos por radicalmente incompatible con sus medios, les oponemos un rechazo sin apelaciones y nuestra resuelta voluntad de atenernos a la fórmula: todo está permitido en el arte, salvo atacar la revolución proletaria».

Trotski le corrige, se encoge de hombros, conserva la cabeza fría, ve claramente lo que el fiscal de un tribunal revolucionario podría hacer con esa fórmula restrictiva. Tacha, corta la frase: «Todo está permitido en el arte». Punto final.

El 25 de julio de 1938, que en Cataluña es el primer día de la batalla del Ebro, aunque en México lo ignoren todavía, André Bretón y Diego Rivera firman el Manifiesto, sin que aparezca el nombre de Trotski. Es el acta de fundación de la FIARI, la Federación Internacional de Arte Revolucionario Independiente, que en el curso de su breve existencia reunirá algunas decenas de miembros. A bordo del paquebote que le devuelve a Europa, Breton recupera el ánimo y escribe a Trotski: «Esa inhibición se debía ante todo, y quisiera convencerle de ello, a la admiración sin

límite que usted me inspira».

Breton transporta consigo en sus maletas todos los trastos que se ha procurado en México, así como una idea que se le ha metido en la cabeza. Le propone a Frida que organice en París una primera exposición de sus cuadros.

Sin embargo, cuando seis meses más tarde ella llega a Francia, no hay nada preparado. Las obras, enviadas hace ya tiempo, no han salido aún de la aduana, y las fotografías se han extraviado. Frida constata que Breton aún no ha encontrado una galería, y cuando encuentra una, se entera de que tan sólo dos de sus telas van a ser expuestas, y que Breton quiere, de paso, vender toda la cochambrería que encontró en los rastrillos populares o en los anticuarios de Cuernavaca y Guadalajara, y quizás también los exvotos robados en Cholula, dos cuadros de Estrada y algunas porquerías más o menos precolombinas. Ella entra en un furor que no la abandonará en toda su estancia, y le escribe a su amante del momento, el fotógrafo neoyorquino Nickolas Muray: «Preferiría sentarme a vender tortillas en el suelo del mercado de Toluca, en lugar de asociarme a esta mierda de “artistas” parisienses, que pasan horas calentándose los valiosos traseros en los “cafés”, hablan sin cesar acerca de la “cultura”, el “arte”, la “revolución”, etcétera. Se creen los dioses del mundo, sueñan con las tonterías más fantásticas y envenenan el aire con teorías y más teorías que nunca se vuelven realidad».

Breton no tendrá necesidad de excluir a Frida, como no la tuvo con Artaud. Su encuentro con lo que queda de la pequeña banda de los surrealistas es una catástrofe. «A la mañana siguiente no tienen nada que comer en sus casas *porque ninguno de ellos trabaja*. Viven como parásitos, a costa del montón de viejas ricas que admiran su “genio” de “artistas”. *Mierda y sólo mierda* es lo que son. Nunca he visto a Diego ni a ti perdiendo el tiempo con chismes estúpidos y discusiones “intelectuales”; por eso ustedes sí son *hombres* de verdad y no unos cochinos “artistas”. ¡Carajo! Valió la pena venir sólo para ver por qué Europa se está pudriendo y cómo toda esta gente, que no sirve para nada, provoca el surgimiento de los Hitler y los Mussolini».

Frida cae enferma, y su historia médica es tan abundante que es preferible hospitalizarla para hacerle exámenes. Es admitida en el Hospital Americano, y es de nuevo Breton quien sale malparado. «Me juego la cabeza a que adquirí las cochinas bacterias en casa de Breton. No tienes ni idea de la mugre con la que vive esa gente, ni de los alimentos que comen. Es algo increíble. No he visto nada igual en toda mi pinche vida». En Ciudad de México, lo que explota es la cólera de Rivera cuando se entera de que Breton le ha metido un sablazo de doscientos dólares a Frida a la salida del hospital. Frida piensa en adelantar la fecha de su embarque a bordo del *Île-de-France* y abandonar París antes de la exposición. Sólo Marcel Duchamp, que había sido amigo de Cravan y Mina Loy en Nueva York veinte años antes y que ahora le procura el apoyo que necesita, merece ser eximido a sus ojos; es «el único que tiene

los pies en la tierra entre este montón de hijos de puta lunáticos y trastornados que son los surrealistas». Finalmente, la inauguración de la exposición resulta una victoria para ella. Sus obras son elogiadas por Joan Miró, Kandinski, Picasso y Tanguy. Antes de su partida, envía una carta a su amiga Ella Wolfe: «Un chisme: Diego se peleó con la Cuarta y le dijo de manera muy enfática al “piochitas” (Trotsky) que se fuera al diablo. Les contaré las interioridades del caso. Diego tiene toda la razón».

A su regreso a México tal y como ella se temía, todo se desmorona con Diego Rivera y llega la ruptura. Ella se lo escribe a su amante neoyorquino: «Querido Nick, no te pude escribir antes. Desde que te fuiste, la situación con Diego ha empeorado y ya llegamos al final. Hace dos semanas solicitamos el divorcio. No tengo palabras para describirte lo que he sufrido. Tú sabes cuánto amo a Diego y comprenderás que estos problemas nunca desaparecerán de mi vida».

MALC & MARGE

El Día de los Difuntos de 1938, en la Ciudad de México y en eso que llamamos realidad, nos cuenta el guapo Van que «Diego Rivera llegó a la casa de Coyoacán. Jocosamente como un aprendiz que acaba de hacer una broma, traía a Trotski una enorme calavera de dulce color violeta, en cuya frente había escrito, en letras de azúcar blanca, “Stalin”». Trotski gusta poco del humor mexicano de la Catrina. «Trotski no dijo nada, hizo como si el objeto no estuviera allí. Cuando Rivera se fue, me pidió que la destruyera».

El Día de los Difuntos de 1938, en Quauhnhuac y en eso que llamamos ficción, el Cónsul, que se ha pasado la noche acodado en el bar del hotel, ve aparecer a contraluz la silueta borrosa de Yvonne bajo la luz del alba. Ambos morirán esa misma noche. Un año más tarde, el Día de los Difuntos de 1939, mientras Trotski sigue en su casa de Coyoacán, su nombre acude a la mente de Jacques Laruelle, quien fantasea con rodar en Francia una adaptación moderna del mito de Fausto, cuyo personaje principal sería Trotski.

Diez años después del milagro de Cuernavaca, luego de la terrible noche de Oaxaca y de años de reclusión en la cabaña de Canadá, la publicación de *Under the Volcano* en 1947 es un éxito. La novela salta a las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos. Lowry alcanza la gloria literaria de sus héroes Conrad y Kipling, y jóvenes poetas como Gary Snyder o Jack Kerouac lo descubren. Allen Ginsberg le expresa su admiración. Ahora va a tener que pagar el precio del pacto.

Diez años después de su regreso de México, Artaud publica en ese año de 1947 *Van Gogh, el suicidado de la sociedad*, cuya última imagen es un homenaje al volcán Popocatepetl. Para estos dos, que se sucedieron en veinticuatro horas sobre el suelo mexicano, es a la vez el momento de la resurrección y de la explosión en vuelo, el último fuego de artificio. Artaud sale de Rodez y de la larga noche de los años en el asilo, de las múltiples sesiones de electrochoques, algunas de ellas tan violentas que le han fracturado vértebras. Es la perfecta revancha de Artaud el Momo, que en

medio del libro denuncia a Jacques Lacan. Unos años antes, el psicoanalista había despachado su caso con un trazo de pluma sobre su expediente, en su gabinete del hospital psiquiátrico Sainte-Anne de París, y le había declarado «definitivamente irre recuperable, perdido para la literatura».

El libro es el elogio del genio a través del cual sopla el viento y que detesta al dios de la conciencia pequeñoburguesa, y con él obtiene su primer premio literario. «De esta manera, una sociedad tarada ha inventado la psiquiatría para defenderse de las investigaciones de ciertas lumbreras superiores cuyas facultades de adivinación la molestan». De un golpe, venga a toda su pequeña banda y la reúne en un ramo resplandeciente al que da el nombre de Van Gogh. «Se puede hablar de la buena salud mental de Van Gogh, quien, en toda su vida, no se quemó más que una mano y se limitó a cortarse una vez la oreja derecha...». Es Van Gogh, pero podría llamarse Poe o Nerval o Baudelaire o Wilde o Lowry. «Nada ha sido nunca escrito o pintado, esculpido, modelado, construido o inventado, si no es, básicamente, para salir del infierno». Pero hace falta un coadyuvante, un sostén para tan gigantesco esfuerzo. «Necesito encontrar una cierta cantidad diaria de opio, me hace falta porque tengo los nervios medulares del cuerpo heridos». Morirá de eso, o de otra cosa, de un cáncer del ano, un año más tarde. Lowry empleará en ello diez años.

Dicen que ellas se parecían un poco, Jan y Margerie. Dos mariposas alrededor de la lámpara. Las dos querían ser escritoras. Margerie había escrito novelitas policiacas antes de conocer a Lowry. El genio no es contagioso, sólo la locura. Si Jan se salvó, en todos los sentidos del término, Margerie se agota en la tarea imposible de velar al genio en fuga, también en todos los sentidos del término. Ambos se hundían en alcohol y se peleaban. Después del desastroso regreso a México, ella decide que tienen que abandonar la cabaña de la playa de Dollarton. Lo arrastra. La pareja abandona Vancouver, sube a los aviones, se baja de los trenes, cruza el canal de Panamá a bordo de un Liberty Ship bretón, el *Brest*; en el barullo se van a las cataratas del Niágara, se alojan en Nueva Orleans y visitan Haití, donde Lowry es ingresado en el Hospital Notre-Dame de Port-au-Prince y pretende iniciarse en el vudú.

Es el viaje que no termina nunca, los hoteles y los moteles. A veces, Lowry la sigue dócilmente. Vuelo a Miami con escala en Cuba. Nueva York, Venecia, Génova, Milán, Roma, donde Lowry es ingresado de nuevo, Taormina, Sicilia, donde alquilan durante varios meses una casa a orillas del mar. Margerie da de comer con la mano a Lowry, que es incapaz de sostener un tenedor. En Casis, él la amenaza de muerte. Por primera vez, un psiquiatra aconseja a Margerie que abandone a ese marido que la va a matar o que va a matarse. En París, lo ingresa en el Hospital Americano. Hacen falta varios enfermeros para controlar al poeta enfurecido, que tiene la fuerza de un boxeador. Sedantes y elixir paregórico. Camisa de fuerza y *delirium tremens*.

Durante algunos meses, Lowry finge que colabora con Clarisse Francillon, a quien Maurice Nadeau acaba de confiar la traducción al francés del Volcán, y en ocasiones desaparece en los bares de París como quince años antes, después de su matrimonio con Jan. Tanto le da Nembutal o *whisky*, cuando lo encuentra, pero también se pimpla el agua de Colonia del cuarto de baño de Clarisse. Ésta y Margerie inician una correspondencia que continuará mucho tiempo después de la muerte de Lowry. Las cartas están en la Universidad de Lausana, en cajas de cartón. En ellas se leen recomendaciones de Lowry para las novelitas policiacas de Margerie, que jamás encontrará un editor. Desde que Lowry la conoció, él no ha vuelto a tocar la Remington portátil. Es Margerie quien ha descifrado los manuscritos, quien ha intervenido en la construcción del Volcán, proponiendo cambiar los nombres de algunos personajes, imaginando la muerte de Yvonne pateada por el caballo del pelado. Se aman y se detestan y no pueden separarse, y se odian por no poder hacerlo. Pero Margerie amenaza con abandonarlo, exige un testamento a su favor y el derecho moral sobre sus obras. De noche, después de haberle dado de comer con la mano, desliza pastillas de somníferos entre sus labios para que por fin el genio la deje en paz.

Bretaña, Saint-Malo y Quiberon, y luego Inglaterra. Esto no se ha acabado, esto sigue. Es el agotamiento, la «*folie à deux*», según el diagnóstico en francés de un psiquiatra londinense. Lowry evita la lobotomía, pero soporta los electrochoques, el pentotal. Cuando se fuga del Hospital Atkinson Morley de Wimbledon, ponen un policía de guardia delante de la casa de Margerie. Es el delirio alucinatorio y la paranoia, y de vez en cuando la violencia creadora. De vez en cuando, el despertar. Lowry trabaja en varios libros que habrían de girar en torno al Volcán y le darían otra dimensión, constituyendo su gran obra: *The Voyage that Never Ends*. Lowry y Margerie retoman su colaboración, imaginan que regresan al cine. Han escrito juntos el guión de una adaptación de *Suave es la noche*, de Fitzgerald. Habría que estar en Hollywood, pero es la Guerra Fría y Lowry, que ha leído a Orwell, teme tanto al macartismo como al estalinismo y no volverá a poner los pies en los Estados Unidos.

Él trabaja en *La Mordida*, un fresco bruegheliano de sus pesadillas mexicanas repletas de enfermos y mendigos y policías corruptos. Si Yvonne no se hubiera ido, si no hubiera abandonado al Cónsul, ¿se habría convertido en esta arpía de Marge? Él no puede escribir sin ella, y le gustaría vivir sin ella. Deja de mal grado que ella lo devuelva a Inglaterra. El país del que huyó veinte años atrás, la vieja Inglaterra de la Revolución Industrial, del carbón y la locomotora, es a sus ojos como un viejo árbol venerable que espera su desaparición al fondo de un parque. Es Margerie quien escoge el pueblo de Ripe y la White Cottage, una casa del siglo XVIII que será su última morada.

Él trabaja en *Oscuro como la tumba en la que yace mi amigo*, su amigo Juan

Fernando, el jinete zapoteco del Banco Ejidal, encargado de llevar a través de las colinas el dinero de los campesinos de los pueblos más apartados, abatido por un disparo de pistola en una cantina de Villahermosa, Tabasco. Lo cierto es que no avanza. Es la ginebra y la caída mefistofélica de Malcohol. El Demonio de la Bebida. Es el desamparo que sufre el Cónsul, sin esperanza alguna de salud ni de gracia. La patética llamada a la indulgencia de Dios, pero su alma ya está vendida, es demasiado tarde. Confunde su vida con sus libros y sus libros con su vida de papel, afirma que el Volcán le fue dictado por «el inconsciente de Europa», como «el último grito de angustia de un continente moribundo», y que las bombas atómicas lanzadas sobre Japón confirman la visión apocalíptica del Cónsul.

A veces espera una revolución regeneradora, escribe en una carta de diciembre de 1950: «Toda revolución debe mantenerse en movimiento, su misma naturaleza contiene la semilla de su propia destrucción, como en 1789, por ejemplo», frase trotskista diez años después del asesinato del defensor de la Revolución permanente e inventor de la Cuarta Internacional. A veces, por el contrario, suscribe la ironía desengañada del Cónsul en el Volcán: «Acaso tu deseo de luchar por España, por cualquier tontería, por Timbuctú, por China, por la hipocresía, por todos los sodomitas, por cualquier abracadabra que unos cuantos atolondrados hijos de un idiota deciden llamar libertad...».

El posible milagro está lejos, el himno a la paz y al paisaje, el milagro de su mejor relato, «El sendero del bosque que llevaba a la fuente», que cantaba, bajo la forma de la cabaña emplazada frente al Burrard Inlet, al «vívido símbolo de la aspiración humana a la belleza, a las estrellas, al sol naciente». Lowry se entera de que al final de ese sendero, en Vancouver, una tormenta ha destruido el embarcadero que él había levantado con sus manos. El mundo se hunde para él, al igual que su ánimo. Lejos quedan el sueño de Lord Jim, remontando el río Patusan, y la aspiración del joven Lowry, cuando escribía *Ultramarina*, de consagrar también él su vida al bien, desde la humildad y el anonimato: «Algún día encontraré una tierra corrompida y extenuada hasta lo indecible, donde los niños se mueran de hambre por falta de leche, una tierra infeliz, aunque ignorante, y entonces gritaré: “Voy a quedarme aquí hasta transformarlo en un sitio decente”».

¿Qué es lo que deja tras de sí? Las últimas pequeñas huellas. El último libro abierto: *A Field Guide to British Birds*^[16]. La última representación a la que asistió, en el Criterion Theatre de Londres: *Waiting for Godot*^[17]. Su último internamiento: en el pabellón de enfermos mentales del Hospital de Brighton. Todo eso es pocas semanas antes de su muerte. Margerie está en ese momento internada en el servicio psiquiátrico del Hospital St. Luke's Woodside, en el norte de Londres.

Que hoy sean necesarias cuatro semanas o catorce horas para ir de Múnich a Hamburgo es algo que tiene menos importancia para mi felicidad, y sobre todo para mi condición humana, que la pregunta de cuántos hombres, que aspiran al igual que yo a la luz del sol, son obligados en las fábricas a convertirse en esclavos y a sacrificar la salud de sus órganos, de sus pulmones, para construir una locomotora.

Quiero decir: no estarían tan cochinementamente muertos como lo están; por viejos que fueran estarían todavía con vida y en la vida; porque es ese Dios, el eterno espíritu de la conciencia pequeñoburguesa del hombre, quien no ha querido la poesía, su poesía, y quien ha alumbrado en el corazón de Van Gogh y de Gérard de Nerval un deliberado espíritu de demencia...

B. Traven

TRAVEN & TROTSKI

En otro tiempo, tenía la esperanza de que la luz del mundo surgiera en Alemania. Había hecho de ello un deseo.

Resulta que es en Rusia donde aconteció.

RET MARUT

Después de su condena a muerte en 1919, Ret Marut se evade, huye de Múnich, duerme en graneros, se aleja de los círculos activistas. Los periódicos vilipendian al anarquista, al espartaquista, al derrotista. Él, sin embargo, no permanece inactivo, como se menciona en *Der Ziegelbrenner*: «Habla ante los ciudadanos, los obreros y los campesinos de unas sesenta aldeas y pueblos de Baviera». No obstante, Ret Marut desconfía del heroísmo revolucionario, se preocupa lo suficiente por su vida para marcharse a Holanda y luego a Inglaterra y por fin a México. No se fía de su propio don heroico. Para qué liberarse si es para morir de inmediato. Dar la vida por la Revolución o por la represión sigue siendo dar la vida.

Para Ret Marut, la escritura al principio es panfletaria, aunque escriba algunos relatos que publica bajo seudónimo en su revista. Se dirige a los revolucionarios, quiere acelerar la Revolución, lo consigue, *Der Ziegelbrenner* es leído por centenares de militantes, y Berta Döring-Selinger, camarada de Rosa Luxemburg y de Karl Liebknecht, menciona que lee regularmente textos «de un espíritu que no está impregnado de Marx sino más bien de Rousseau o de Bakunin, de Kropotkin o de Sorel, de ese espíritu libertario que animaba a los socialistas-revolucionarios rusos en su combate por los derechos pisoteados de los mujiks», de los campesinos de Rusia. Traven, como Trotski, leyó la palabra «comunismo» en las novelas de Tolstói antes de leer a Marx. Ambos leyeron en *Anna Karénina* que «el capital oprime al obrero. Nuestros obreros, los campesinos, llevan todo el peso del trabajo y se ven en el caso de que, por mucho que trabajen, no pueden evadirse de su condición de bestias de carga».

Y la Revolución Alemana fue vencida. Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, asesinados. Marut, convertido en Traven, escribe novelas de aventuras, de

Unterhaltungsliteratur, porque es a ese público de lectores ávidos al que hay que llegar, el de las bibliotecas populares. Envía sus manuscritos a Europa y, tras los relatos mexicanos o las revueltas de los indios de Chiapas, muestra una Europa que una vez más se hunde, y la nueva guerra que se acerca. Traven se hace novelista en las lagunas de Tampico y luego en las selvas de Chiapas. Los modelos en que se inspira, más allá de Jack London, son Karl May y Fenimore Cooper, historias de tesoros, hermosas historias de amor que luego se rompen, historias de hombres que son explotados en los campos de algodón o en las serrerías de caoba, que buscan la luz y se alzan frente a los capataces. Su talento es desde el principio el de un guionista, como en la época en que el cine todavía no había liberado a la novela del fastidioso deber de inventar historias, al igual que la fotografía había liberado ya a la pintura de tener que reproducir el mundo. Y Davenport nos muestra a Lowry, a finales de los años veinte, metido en la lectura de Traven, lápiz en mano, en medio de sus montones de libros y de botellas, de discos de *jazz* y de latas de sardinas en aceite.

Durante diez años, Traven, que bajo el nombre de Torsvan se ha ido a estudiar fotografía en México junto a Edward Weston y a Tina Modotti, reúne los materiales que ha cosechado en Chiapas, los cuadernos, las notas de viajes y exploraciones; emplea diez años, encerrado en una finca cerca de Acapulco, en escribir las novelas del Ciclo de la Caoba, hasta 1937, el año de la llegada a México de Trotski. Traven, desde su apartado rincón, ha seguido la peripecia por los periódicos.

Traven y Trotski, he ahí la vieja querrela del anarquismo. El Ejército Rojo que aplasta en Ucrania a los libertarios de la Majnovchina, el llamado Ejército Negro de los anarquistas, el Ejército Revolucionario Insurreccional de Ucrania liderado por Majnó. Al vencedor de Kazán se le reprochará ese episodio bélico. Es la guerra civil y el uso de la violencia está bien repartido entre los Cosacos, el Ejército Rojo y las tropas anarquistas. Jacobo Glantz, el padre de Margo, que más tarde apoyará a los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, estaba entonces en Ucrania y lo recuerda: «Majnó era un verdadero anarquista, galopaba a lomos de caballos que tiraban de pequeños remolques, las tachankas con sus ametralladoras, mientras blandía una bandera negra. Su ideología estaba muy clara, pero sus hombres se dedicaban al pillaje, las violaciones y el asesinato cuando atravesaban los pequeños burgos de los campesinos judíos». Derrotado, Majnó se convertirá en obrero de la fábrica Renault en la ciudad francesa de Boulogne-Billancourt.

El anarquismo de Traven es el de la teoría del Yo de Stirner, el gran egoísmo que plantea que la fraternidad sólo es posible entre individuos absolutamente insubordinados: «Insubordinación contra todo, insubordinación contra toda ley, contra toda idea, contra todo programa, contra todo gobierno. Hombre, ¡sé un eterno revolucionario y habrás vencido!». Con semejante teoría, es imposible mantener la disciplina de millones de hombres, hacerlos avanzar bajo el fuego y la nieve ante

unos ejércitos blancos decididos a restablecer la autocracia y la esclavitud. Hace falta que otros se manchen las manos para que ande el motor de la Historia. Traven se convierte en novelista porque la Revolución Alemana ha sido vencida.

Se une en Chiapas a la misión del arqueólogo Enrique Juan Palacios. Durante meses, treinta sabios, biólogos, botánicos, cartógrafos y etnógrafos recorren la jungla y hacen inventario de los sitios mayas. Las fotografías de Torsvan ilustrarán el informe de la misión: *En los confines de la selva de Lacandona*. Pero si Torsvan se interesa por las ruinas, Traven descubre la vida de los descendientes vivos de los mayas: regresa solo, compra mulas, contrata a un guía, se convierte en explorador, vive entre los indios tojolabales, tzeltales, choles y tzotziles, les habla de las hermosas cabalgatas de Zapata y, a cambio, registra sus relatos y construye poco a poco sus novelas.

Después de Odesa, Trotski quiere ser escritor, pero lo va dejando para más adelante. Espera a que llegue la victoria de la Revolución Rusa. Para este «literato nato», según Mauriac, que sitúa a Trotski a la altura de los más grandes, de Tolstói y del primer Gorki, la literatura es el enigma, el corazón de las tinieblas que las palabras intuyen y rozan. Toda poesía es anarquista y expresa que la razón no basta, que la razón misma puede convertirse en una pasión destructora. Más que ser César o poeta, la suya, cree él, es una tarea más alta y más humilde, la tarea de actuar, de organizar, de cambiar la faz del mundo y la vida de los hombres. Los mujiks aprenderán a leer después.

Y los escritores se lanzan a conocerlo porque, con frecuencia, lo que ellos querrían es actuar, incidir sobre el mundo, agarrarse a la rugosa realidad, levantarse del sillón y dejar el trabajo del papel para comprender cómo este hombre solo contra todos, derrotado siempre dentro de su propio campo, rechazado y deportado, continúa de exilio en exilio queriendo transformar el mundo y la vida de los hombres e impedir el nuevo Termidor, preconizando una revolución permanente y mundial. Trotski se reúne en Londres con Máximo Gorki, con Georges Simenon en Prinkipo, con André Malraux en Saint-Palais, con André Breton en Ciudad de México. Entrevistan al autor de *Literatura y revolución*, se leen sus análisis sobre Tolstói y Céline, su elogio de Esenin aparecido en *Pravda* tras el suicidio del poeta en 1925, en la época en que Trotski todavía podía publicar en *Pravda*.

Su elogio de Maiakovski, tras el suicidio del poeta en 1930, con Trotski ya en el exilio, aparece en el *Boletín de la Oposición*.

Esos dos, Traven y Trotski, comparten sin embargo la tentación de William Blackstone, el erudito de Cambridge que se fue a vivir en medio de los indios americanos. La tentación de mandarlo todo a paseo. Pero si uno elige la soledad y se esconde, desaparece de la faz del globo, el otro está en el calor de la acción desde el

inicio, poniendo en marcha a millones de hombres. Al final de la guerra civil, en noviembre de 1920, mientras Ret Marut está huido, Trotski se baja del tren blindado, regresa a Moscú, se quita el abrigo de piel con la estrella roja, se pone la chaqueta de *sport*, se anuda la corbata rosa que describirá Naville y se instala en el Kremlin, en un apartamento próximo al de Lenin. Hace acudir a su lado a su padre, el rico campesino al que la Revolución ha despojado por la gracia de su hijo, ese padre al que él enseñó a leer un poco. Le confiará la dirección de un molino. Y, como John Reed y Larisa Reisner, morirá durante la epidemia de tifus de Moscú.

La gloria del vencedor de Kazán es todavía la de un cónsul romano que regresa victorioso del *limes*, la de un Bonaparte de vuelta de Italia. Él es quien debe suceder a Lenin si la salud de éste se deteriora más. «En aquellos tiempos de guerra, se concentraban en mis manos poderes que prácticamente tenían carácter de ilimitados. En mi tren se reunía constantemente el Consejo de Guerra; los frentes y el territorio colocado a sus espaldas estaban a mis órdenes, y hubo momentos en que todo el territorio de la República que no estaba ocupado por los blancos tenía carácter de territorio militar o de zona fortificada». Pero muy pronto esa situación se desmorona. La caída va a durar siete años, por tramos, hasta 1927. Ese año, Traven vive en la selva de Lacandona en medio de ceibas, ríos y orquídeas, cuelga su hamaca, saca de sus alforjas los cuadernos y los libros de «Shelley, Max Stirner, Jack London y Walt Whitman».

Mientras otros intrigan y buscan honores, Trotski desaparece, se va a dormir a cabañas de caza lejos de Moscú y retoma sus lecturas. Sufre periodos de abatimiento cuando tendría que dejar de dudar entre la acción y la contemplación. Y volverse estúpido y decidido, como el otro, el jefe del gang, el bandido georgiano. En el decimosegundo congreso del Partido, en 1923, aún habría podido apartar a Stalin como a un mosquito. No hizo nada. Eso le costará el exilio y la malaria.

Se va a cazar a la marisma de Zabolotie, en medio de nubes de insectos, cae enfermo, en el peor momento, y al final lo constata con humor: «Después de la gripe, sobrevino una fiebre criptógena. Los médicos me prohibieron abandonar el lecho, que hube de guardar todo lo que quedaba de otoño y durante el invierno. Es decir, que mientras se desarrollaba toda la discusión en torno al “trotskismo”, durante el año 23, yo tenía que estar atado a la cama. Puede uno prever las revoluciones y las guerras. En cambio, no es tan fácil prever las consecuencias que pueden derivarse de una excursión de caza a los patos, en el otoño. Lenin yacía enfermo en Gorki, yo en el Kremlin. Los epígonos extendieron el radio de la conspiración».

Trotski piensa en ir a restablecerse al sol, bien al sur, del otro lado del Cáucaso. Quiere emprender con calma la escritura de *El nuevo proceso*, toma un tren hacia Bakú, atraviesa Azerbaiyán en dirección a Tiflis, donde le llega un telegrama de Stalin anunciándole la muerte de Lenin el 21 de enero de 1924. «El entierro tendrá

lugar el sábado; de todas maneras usted no había de llegar a tiempo, y le aconsejamos que continúe viaje para ponerse en cura». Y Trotski, en vez de abandonar de inmediato Georgia para llegar a Moscú y subirse a la tribuna, continúa su viaje hasta Abjasia, en la costa del mar Negro. «En Suchum hube de pasar días y días tendido en el balcón, con la cara vuelta al mar. A pesar de estar en enero, el sol brillaba, claro y ardiente, en el firmamento. Entre el balcón y la superficie brillante del mar se erguían las palmeras». Cuando se abre el decimotercer congreso, en ese mes de enero de 1924, la suerte está echada.

Lenin, sin embargo, había adjuntado un postscriptum a su testamento, pocos días antes de su muerte, en el que recomendaba la remoción de Stalin del cargo de secretario del Comité Central. Su viuda, Krúpskaia, hizo llegar una copia a Trotski, que él no utilizó y ni siquiera mencionó; en su lugar redactó una diatriba contra la burocratización del Partido, que no fue leída más que por los burócratas del Partido. Debería levantarse, tomar el tren y afrontar a los termidorianos. Enseguida es acusado por Stalin de «desviaciones anarcomencheviques». Trotski no se defiende y se encoge de hombros; comete de nuevo el pecado de orgullo. Poco a poco, van desapareciendo sus libros de las bibliotecas, su nombre de los libros de historia, su rostro de las fotografías de la Revolución de Octubre.

En este año de 1927, mientras en Estados Unidos electrocutan a los anarquistas Sacco y Vanzetti, y Diego Rivera y Walter Benjamin están en Moscú, Trotski es expulsado del Partido. Abandona el Kremlin y se instala en la ciudad en casa de unos amigos, antes de ser arrestado y deportado a Kazajistán. Stalin no está todavía en la cima de su poder y duda si confiscarle sus archivos. Trotski toma el tren con sus baúles. Va acompañado por Natalia Ivánovna y por su hijo Lev Sedov. «Así pasamos un año entero en Alma-Ata, la ciudad de los terremotos y las inundaciones, al pie de las últimas estribaciones del Tian-Chan, junto a la frontera china, a doscientos cincuenta kilómetros del ferrocarril y a cuatro mil kilómetros de Moscú, rodeados de cartas, libros y la naturaleza».

Traven, por su lado, cabalga por Chiapas, describe el infierno de los leñadores de caoba, los trabajos forzados, las orejas cortadas, apoya la revuelta de los chamulas. Un puente de lianas se desgarran y Traven cae al río con su caballo, se rompe una pierna, vuelve a sus notas: «El indio proletario lucha en México por su liberación, por tener un lugar bajo el sol. Es una lucha de liberación sin equivalente en la historia de la humanidad». En su novela *El general: tierra y libertad*, convierte al general Augusto César Sandino, el antiguo obrero de Tampico, en el revolucionario Juan Méndez. Los consejos que Traven da a los indios son los que Ret Marut daba en Baviera: «Si quieren ganar y permanecer victoriosos, tienen que quemar sus papeles. Muchas revoluciones han estallado y a continuación han fracasado simplemente porque no se quemaron los papeles como se debería haber hecho».

En Kazajistán, Trotski vuelve a la vida salvaje de su infancia, a las largas caminatas con su perra Maya. Duerme lejos de las poblaciones, con «una gran satisfacción, consistente, principalmente, en aquella conversión transitoria a la barbarie: era magnífico aquello de dormir al cielo raso, de comer al aire libre carne de cordero preparada en un cubo, aquello de no lavarse ni desnudarse, ni tenerse, por tanto, que vestir, de caer del caballo en el río...».

Escribe a sus amigos y se entrega a la lectura sin más, como veinte años antes en las prisiones del zar; recupera su vocación de recluso o de eremita. En la celda de la fortaleza de Pedro y Pablo, leía a los clásicos de la literatura europea: «Tendido en el camastro, devoraba sus obras con ese sentimiento físico de voluptuosidad con que los *gourmets* paladean un trago de buen vino o echan chupadas a un buen cigarro. Eran las horas más hermosas del día». Consigue que le envíen cajas de libros a Kazajistán. «Hasta en lo más álgido de la guerra civil, cuando cruzaba el territorio ruso en mi vagón del tren de guerra, sabía encontrar una hora libre para dedicarla a las novedades literarias de aquel país [Francia]». Durante un momento piensa en fugarse por la frontera china, pero desiste.

Stalin toma la decisión por él y lo expulsa. En 1929, Trotski desembarca en Estambul bajo la doble amenaza del estalinismo y de los rusos blancos exiliados. El proscrito es protegido por Kemal Atatürk, a quien él había apoyado cuando era jefe del Ejército Rojo. Alquila una casa en la isla de Prinkipo y enseguida se pone a escribir. Helo ahí, fuera de juego. «Muchas veces me han preguntado, y aún es hoy el día en que hay quien me pregunta: “¿Pero cómo dejó usted que se le fuese de las manos el Poder?”. Y generalmente, parece como si detrás de esta pregunta se dibujase la representación simplista de un objeto material que se le resbala a uno de las manos; como si el perder el Poder fuese algo así como perder el reloj o un carnet de notas». La isla de Prinkipo todavía es más la isla de Elba que la de Santa Elena. Cada día es la pesca en barco, el alba violeta que se dibuja sobre el mar, la lectura de la prensa francesa y alemana. Se sienta a la mesa, escribe *Mi vida*, poco a poco se convierte en el escritor que quería ser: «Cuando por vez primera me puse a abocetar estos recuerdos, cercábame, obstinada, la sensación de que no era mi propia niñez la que evocaba, sino un viaje ya casi olvidado por lejanas tierras».

Luego, la partida hacia Marsella a bordo del *Bulgaria*, los meses de esconderse y de errar por diversas ciudades de Francia, la clandestinidad cerca de Grenoble, antes de que el gobierno socialdemócrata de Noruega acepte acoger al apátrida. El primer proceso de Moscú. El exterminio de los viejos camaradas y de los héroes de Octubre, las acusaciones del fiscal Vishinski: «Pido que sea fusilado hasta el último de estos perros rabiosos». Trotski sabe bien que él es el último perro. Su residencia noruega se convierte en una ciudadela. Rodeado de guardaespaldas, está amenazado de muerte por la GPU de Stalin y la Gestapo de Hitler. Atacan la casa, roban los archivos. Los

socialdemócratas son incapaces de garantizar su seguridad. Trotski escribe al ministro de Justicia, Trygve Lie: «Usted y el cobarde de su Primer Ministro se convertirán en refugiados, expulsados de su país, en dos años». Será en cuatro. En 1940, el rey Håkon y sus ministros tendrán que huir a Inglaterra. Y confiarán el transporte de las reservas de oro del Banco Nacional al poeta Nordahl Grieg.

Cuando Trotski y Natalia embarcan a bordo del petrolero *Ruth*, que parte hacia Tampico, el jefe nazi noruego, Quisling, ve cómo la presa se le escapa y sus mandíbulas se cierran sobre el vacío: «Habría sido más simple entregarlo a la legación rusa. Probablemente lo habrían enviado a Moscú dentro de una urna». Desde hace dos años, Trotski da vueltas por su despacho de Coyoacán, intenta influir de nuevo en la Historia, crea la Cuarta Internacional: «Si, para lograr el desarrollo de las fuerzas productivas materiales, la revolución está obligada a erigir un régimen *socialista* de planificación centralizada, para el desarrollo de la creación intelectual debe, desde el mismo inicio, establecer y asegurar un régimen *anarquista* de libertad individual».

Traven acaba de terminar la escritura del Ciclo de la Caoba y abandona su finca de Acapulco. Con el nombre de Croves, se instala en Ciudad de México, en la calle del río Mississippi. Todavía se tardará veinte años en elucidar el misterio de sus múltiples identidades.

Ahora es 1939 y Trotski es un hombre solo.

Diego Rivera y Frida Kahlo lo han repudiado. El guapo Van se va para retomar sus estudios de matemáticas. Breton no se preocupa mucho por la FIARI. La Cuarta Internacional es un armatoste. En cuanto un grupo trotskista junta seis miembros, se escinde. Barcelona ha caído en enero. En el mes de agosto, Stalin, en el apogeo de su poder, cierra con Hitler el pacto de no agresión Molotov-Ribbentrop, y Víctor Serge publica *Medianoche en el siglo*.

A Trotski le gustaría encontrarse con Serge. No se han visto desde 1927. Riñeron a propósito de unos artículos aparecidos en la *Partisan Review*. Víctor Lvóvich Kibalchich fue anarquista en Bélgica, como Ret Marut lo fue en Alemania, y, como éste, se opuso al ilegalismo, a los ataques a los bancos de la banda de Bonnot. Sin embargo, por solidaridad anarquista, encubrió la fuga de los amigos de Jules Bonnot y de Raymond la Science. Eso le valió cinco años en la prisión de la Santé. Después de lo cual, se trasladó a Barcelona, participó en la huelga general de 1917 y escogió el seudónimo de Víctor Serge para publicar en *Tierra y Libertad*. Luego se alejó de los movimientos anarquistas para apoyar la Revolución en Moscú. Se acercó a Trotski y le siguió en la Oposición de Izquierda. Eso le valió tres años de deportación en los Urales.

La guerra de España está perdida. Los conflictos en el interior del movimiento revolucionario han llevado al franquismo al poder. Es lo que se temía Trotski, que

escribía antes de la derrota esta frase que Traven podría suscribir: «Los marxistas pueden caminar aquí de la mano de los anarquistas, a condición de que unos y otros rompan implacablemente con el reaccionario espíritu policial, ya sea representado por Stalin o por su vasallo García Oliver». El anarquista Juan García Oliver, quien al igual que Víctor Serge participó activamente en la huelga general de 1917, se había convertido durante la guerra en ministro de Justicia. Exiliado en México, morirá en Guadalajara.

Ahora es 1940. El mundo está en llamas y olvida a Trotski. Sólo los asesinos piensan todavía en él.

Sentado en su despacho, comienza la redacción de su testamento; oye un ruido, se sobresalta, levanta los ojos, retoma la escritura: es Natalia, tocada con un sombrero de paja y con unas tijeras de podar en la mano, que se aleja de los rosales y «acaba justo de acercarse a la ventana del patio y de abrirla más para que el aire pueda entrar libremente en mi habitación. Puedo ver la ancha franja de hierba verde junto al muro, y el cielo azul claro por encima de éste, y la luz del sol sobre el conjunto. La vida es bella. Que las generaciones futuras la limpien de todo mal, de toda opresión y de toda violencia, y la disfruten plenamente».

El general Kótov y su compañera Caridad están en Ciudad de México, así como el hijo de ésta, Ramón Mercader del Río. Tres años antes, al brillante joven lo han sacado del frente español y lo han enviado a Moscú con el fin de que adquiriera allí una formación de asesino. Le han construido una primera leyenda. Se ha convertido en el belga Jacques Mornard. Bajo esta identidad, le han encargado seducir en París a la militante trotskista Sylvia Ageloff. Ahora, en Ciudad de México, él es el canadiense Frank Jacson, se ha procurado un pasaporte falso y le explica a Sylvia que ha huido de Europa para escapar de la guerra.

Ramón Mercader no es el único que ha sido formado para matar a Trotski. Hay agentes dormidos a la espera de que los despierten. El avatar Frank Jacson todavía está en tercera o cuarta posición y, de golpe, tras el fracaso de Siqueiros, pasa a primera línea. Kótov y su madre le informan de ello. Ahora le toca jugar a él. Cuatro días después del primer atentado, la inocente Sylvia presenta su novio a los Rosmer y al proscrito. Jacson se convierte en un habitual de la calle Viena. Ha comenzado a escribir un artículo de apoyo a Trotski y quisiera que éste lo leyera. Compra un piolet de alpinista al que hace recortar el mango. Se entrena clavándolo en un tocón.

EL MEOLLO

Es amarillento y blancuzco y está recorrido por filamentos, esta especie de melaza que somos, y de eso nace el pensamiento político y a veces la poesía. Difícil distinguir ahí adentro la médula esencial de Rabelais y la glándula pineal donde Descartes hacía residir el alma. El gran pico metálico ha entrado hasta una profundidad de siete centímetros. Hay un grito terrible. El viejo neutraliza a su agresor, exige a Joe Hansen, que está punto de machacarlo, que lo deje para que hable, grita su amor por Natalia y pide que no permitan que Sieva le vea al regresar de la escuela. En la ambulancia, continúa dando directrices para la investigación. En el hospital de la Cruz Verde, el doctor Wenceslao Dutrem anota que tiene parálisis en el brazo derecho y movimientos espasmódicos en el izquierdo. Las neuronas intentan restablecer sus conexiones sinápticas alrededor del agujero abierto. Le practican una trepanación, una ventana cuadrada de cinco centímetros de lado, para entrar y extraer con pinzas los fragmentos de hueso. Es el edema, el escurrimiento de la materia gris, una melaza que escapa lentamente del cráneo abierto como de un volcán, un lento río de lava o de baba, y sin embargo ahí adentro todavía hay destellos de conciencia caótica. Un hijo ve morir a su padre de tifus. Un amanecer de color lila sobre la estepa que rodea el pueblo de Ianovka, un olor a granja y a establos. Todavía se agita la belleza en este moco grasiento recorrido por vasos sanguíneos. El perfume resinoso de los pinos de Prinkipo y las aguas violetas del mar. Todo se apaga al final del día siguiente.

Muere por no haber prestado atención al consejo pascaliano, por no haberse quedado quieto en un cuarto, en una celda, en un vagón, él, que sin embargo elogiaba la reclusión. «En realidad, no puedo quejarme de las cárceles ni del tiempo que me hicieron pasar en ellas. Fueron, para mí, una excelente escuela. Al abandonar la celda individual, bien cerrada y tapiada, donde me habían recluido en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, tuve un leve sentimiento de pena; ¡era tan tranquila, tan monótona, tan silenciosa, tan apropiada para los trabajos del espíritu aquella celda!». Iba a ser olvidado, pero quizá esa agonía sea su triunfo. El piolet hundido en el cráneo, como la daga en la espalda de César o el cuchillo en el pecho de Marat. Un

final grandioso para el santo eremita contrariado, para el materialista ateo que no amaba la vida material; y el guapo Van recordará más tarde unas palabras de Trotski durante un aburrido paseo de los dos por las oscuras calles de Barbizon: «Vestirse, comer, todas esas miserables pequeñas cosas que hay que repetir todos los días». Al fin todo eso ya no es necesario.

Durante las semanas que separan los dos atentados, entre mayo y agosto de 1940, Trotski sigue intentando localizar a aquellos que la guerra ha dispersado, y entre ellos a Víctor Serge. Ya es demasiado tarde para ir a Le Havre o a Saint-Nazaire, que han sido invadidos. En Marsella aún se puede conservar la esperanza de escapar de Europa. No será sino en marzo de 1941 cuando Víctor Serge y su hijo Vlady se embarcarán con rumbo a las Antillas, a bordo del *Capitaine-Paul-Lemerle*, un viejo cascarón que la guerra ha salvado del desguace. Se encontrarán a bordo con otros fugitivos: André Breton y André Masson, Claude Lévi-Strauss, Wifredo Lam. Breton sabe perfectamente que es inútil que vaya a llamar a la puerta de Diego y Frida. Después de una breve estancia junto a Aimé Césaire, compone con Masson *Martinica, encantadora de serpientes* y llega a Nueva York.

A Benjamin Péret le niegan el visado de entrada a Estados Unidos e incluso el visado de tránsito, por causa de su pasado político. Después de haber sido expulsado de Brasil por trotskista, a comienzos de los años treinta, y de haber combatido en España en la división del anarquista Durruti, Péret es encarcelado en Rennes hasta julio de 1940, y consigue huir de Marsella en noviembre de 1941 a bordo del *Serpa-Pinto*, con destino Veracruz y escalas en Casablanca y La Habana.

Benjamin Péret había mantenido correspondencia con el guapo Van desde Brasil, donde había traducido *Literatura y revolución* de Trotski al portugués a partir de la edición española. En Ciudad de México colaborará en las publicaciones catalanas de Bartomeu CostaAmic, Quetzal y Ediciones Iberoamericanas; con el seudónimo de Peralta trabajará sus propios textos, *Descubrimiento de Chichen Itzá y Antología de los mitos, leyendas y cuentos populares de América*, estudios indigenistas y poéticos cercanos a los de Travençolo; conseguirá establecer de tiempo en tiempo contacto con Maurice Nadeau y Robert Rius, comprometidos con la Resistencia y editores de la revista *La Main à plume*. Rius será fusilado por los nazis un mes antes de la liberación.

Después de esos recorridos laberínticos y terrenales que tan bien conocen los apátridas y los revolucionarios sin papeles, Víctor Serge y su hijo Vlady conseguirán al fin, también ellos, llegar a Ciudad de México, después de haber estado un tiempo encarcelados en La Habana. Lázaro Cárdenas les concede un visado y son recibidos en el aeropuerto Benito Juárez por Bartomeu CostaAmic y Julián Gorkin, fundador del POUM. Se trasladan de inmediato a la calle Viena junto a Natalia y Sieva. Víctor Serge y Natalia Sedova clasificarán los últimos papeles del proscrito, reunirán sus

recuerdos, emprenderán juntos la escritura de *Vida y muerte de León Trotsky*.

En los años que siguen, Víctor Serge continúa con su trabajo y envía a las revistas artículos y ensayos, escribe sus *Memorias de un revolucionario*, poemas y las novelas *Los últimos tiempos* y *Los años sin perdón*. A veces duda, se pregunta si merece la pena escribir «solamente para el cajón cuando han pasado cincuenta años, con la perspectiva de un porvenir oscuro, y sin excluir la hipótesis de que las tiranías se mantengan mucho más tiempo del que me queda por vivir». De tarde en tarde, se reúne de manera más o menos clandestina con los puntales de la Oposición de Izquierda y del POUM: Jean Malaquais, Julián Gorkin, Paul Rivet, Benjamin Péret y el poeta peruano César Moro. Se saben amenazados por los fascistas y por los estalinistas. «En los cafés de Ciudad de México se habla ya de nuestro inminente asesinato». Gorkin es herido de gravedad en la cabeza durante un atentado; como Trotski debe sufrir una trepanación, pero sobrevivirá. En 1947, el año en que se publican *Bajo el volcán* y *Van Gogh, el suicidado de la sociedad*, Benjamin Péret consigue regresar a París. Ese mismo año, Víctor Serge, como Tina Modotti cinco años antes, muere misteriosamente en un taxi mexicano.

LAST DRINK

I think I shall be among the English poets after my death^[18].

JOHN KEATS

Los trozos de vidrio son de una botella de ginebra. Los tiestos brillan bajo la luz de junio. Él ha ido a ver volar los patos eider sobre las colinas de Escocia y está de vuelta en Ripe. Colgado cabeza abajo como el Cónsul en el Árbol Sefirótico^[19]. Completamente borracho. Los olores fétidos del fondo de la barranca son los vómitos sobre el suelo de madera de la habitación inglesa. *No se puede vivir sin escribir y no se puede escribir*^[20]. Ha dado cuenta de la ginebra y se traga los barbitúricos de Margerie, que ha encontrado en un cajón. Repite una frase de *Piedra infernal*: «Él lanzó la botella contra la pared, con todas sus fuerzas. Vomitó». Pero la última frase llevaba a la redención. Bill Plantagenet partía para combatir en España y subía a bordo del *Mar Cantábrico*, porque «ése era su barco, aquel en el que embarcaría para su viaje nocturno por el mar». No habrá más navíos a los que picar la herrumbre hasta hacer aparecer el brillo del hierro.

Sobre el mostrador del Farolito, el Cónsul dibuja un mapa de España en el pequeño charco de mezcal. Al fondo del caleidoscopio de la embriaguez están las últimas imágenes, la vida simple e imposible que Yvonne quería tener con él, una granja, una verdadera granja, «con vacas y puercos y pollos... y un establo rojo y silos y trigales y maizales». Él ha vendido su alma al dios azteca del mezcal y a los dioses celtas de la ginebra. Está tirado en el suelo de la habitación, culpable de no haber sido su padre, el viril comerciante de algodón, ni Grieg, el hermoso héroe solar. Culpable de no haber podido ser padre a su vez, porque su hermano Wilfrid le había llevado de niño a visitar el Museo Anatómico de Paradise Street, en Liverpool, y le había mostrado los pedazos de polla y de cojones devorados por chancros que se supone deberían poner en guardia a los marinos. Es un niño aterrorizado delante de monstruos suspendidos en formol, él, cuya existencia fue el fruto de «una casualidad de menos de cinco minutos, quizá de cinco segundos, en la vida de un comerciante de

algodón».

El Cónsul observa a su vecino Laruelle bajo la ducha, y «aquel repugnante y alargado atado de nervios azules y papada en forma de pepino, bajo el estómago humeante e impúdico, hubiera buscado su goce en el cuerpo de su esposa, lo hizo levantarse tembloroso». El Cónsul se tira a un putilla sifilítica en las traseras del Farolito para prohibirse el cuerpo de Yvonne, en caso de tener que afrontar el riesgo de sucumbir al amor. Los milicianos fascistas le esperan en la barra. «You make a the map of the Spain? You Bolsheviki prick? You member of the Brigade Internationale and stir up trouble?»^[21].

A él le gustaría arrellanarse en el sillón verde de mimbre de la terraza de Cuernavaca. A su alrededor, la paz de la White Cottage bajo la luz dorada de un atardecer de junio. El último sol inglés, diseminado entre el follaje de los altos robles. Sabe perfectamente que en el fondo él es un niño inglés, un pequeño lector de *Peter Rabbit*. Cuatro años antes, su amigo Dylan Thomas ha muerto ahogado en alcohol. Es una bonita muerte británica. Sonríe. La muerte de los poetas es menos enfática que la de los césares, de quienes se recogen las últimas palabras. Con frecuencia también es más graciosa. Aldous Huxley, privado de la palabra, garabatea una nota para despedirse y pide «LSD 100 micr». El doctor Saltas, durante su última visita al postrado Alfred Jarry, se interesa por su última voluntad, por su último deseo, le pregunta si quiere alguna cosa, y el rostro de Jarry se ilumina: «Esa cosa era un palillo de dientes». Todo se resume en *Peter Rabbit*, solía decir el Cónsul.

Ahora es de noche. Está solo en el silencio; Yvonne, Jan y Margerie se le confunden. No hay más alcohol. «¡Con qué derecho se atrevía ella siquiera a insinuar que él no estaba en su estado normal, cuando él había soportado estoicamente las torturas de los condenados y del manicomio por los hermosos ojos de ella a lo largo de los veinticinco largos minutos en que no había tocado ni la más pequeña copa!». Ha amenazado a Margerie. Ella ha ido a refugiarse a casa de una vecina. Ha vuelto a golpearla. Ella lo encontrará muerto, ahogado en su propio vómito. Los fascistas sinarquistas empujan al Cónsul, le acusan de ser un espía:

«Yes, what's your names? shouted the second policeman^[22]».

Tieso delante de la barra, el Cónsul bebe su mezcal y se ríe de la redención y de la sífilis, aguarda las rojas llamas del infierno.

«Trotsky, gibed someone from the far end of the counter^[23]».

Él ha llegado al límite de la borrachera y responde con soberbia:

«—No. Just William Blackstone.

—You are Juden?, the first policeman demanded.

—No. Just Blackstone, the Consul repeated^[24]».

William Blackstone, el erudito de Cambridge que se fue a vivir entre los indios de América, sale del Farolito, con calma y sin tambalearse. Es de noche y hay temporal.

El Cónsul desata el caballo robado del pelado y le golpea en la grupa. Los fascistas le meten una bala en el vientre y cae. El caballo desbocado huye bajo la tormenta. En la confusión del bosque pisoteará a Yvonne, que ha salido en busca del Cónsul. Riders on the Storm. Arrojan el cuerpo del Cónsul al fondo de la barranca y tras él, el de un perro muerto. This is the End. El viejo violinista reza por él a la Virgen de la Soledad, abogada de los que no tienen a nadie.

Él se ha arrastrado hacia la cama y se tumba de espaldas. «Era el desastre, era el horror de despertar por la mañana en Oaxaca vestido de pies a cabeza, a las tres y media de cada madrugada después de la partida de Yvonne; Oaxaca y la nocturna fuga del Hotel Francia que dormitaba». Pero no habrá más despertar ese junio de 1957, veinte años después del milagro de Cuernavaca y diez años después de la publicación del Volcán. Sonríe. No lo consiguió, el dios de la conciencia pequeñoburguesa que no ama a los poetas no logró sacarlo de su atroz lucidez: «Si nuestra civilización tornara a la sobriedad por un par de días, al tercero, moriría de remordimiento».

Dicen que el dinero es cosa inodora.
Ahí está el petróleo para desmentiros,
porque en Tampico cuando se evapora,
vuelve el pasado y queréis moriros.

Pierre Mac Orlan

LA NORIA

Todo comienza y todo acaba en Tampico, decimos aquí, en esta habitación del hotel Camino Real cuyo bar, como en una ciudad bajo toque de queda, cierra a la hora de la cena. O a mediodía del día siguiente, más lejos, en esta larga avenida Hidalgo, en el número 1403, donde abre sus puertas el restaurante El Porvenir — Desde 1923—; y la divisa de ese Porvenir, separado por cuatro carriles del cementerio en el que se ven alzarse las cruces blancas por encima del muro que lo rodea, mantiene que: Aquí se está mejor que enfrente.

Con Philippe Ollé-Laprune, el autor de *Cien años de literatura mexicana*, pedimos tortillas de jaiba por sugerencia de Augusto Cruz García-Mora, que vive aquí y acaba de publicar su primera novela, *Londres después de medianoche*, que quizá aparezca en el próximo volumen de *Doscientos años de literatura mexicana*. En *El tesoro de Sierra Madre*, Traven describe con precisión cómo se pescan los cangrejos entre el lodo de las lagunas de Tampico, usando carne como cebo.

Delante de nosotros, entre el cementerio y el restaurante, pasan en una dirección los pickup azules de la policía marítima, equipados con ametralladoras sobre trípodes al mando de dos hombres con chalecos antibalas y gruesos cascos, y en la otra dirección, las mismas pickup con el camuflaje verde y marrón del ejército, provistas del mismo equipamiento, pero cuyo convoy protege un blindado con ruedas.

Después de Mac Orlan y la «Canción de Margaret», el polvo blanco ha sustituido al oro negro. Entre el ruido de los picadores de herrumbre, se oyen los golpes secos de las ráfagas de cuernochoivo, que es el nombrecito que le dan al Kaláshnikov. Las fuerzas del orden están bajo el fuego cruzado de la guerra que libran aquí dos cárteles, el del Golfo y el de los Zetas. Todo eso excita el apetito y pedimos al viejo Ángel unas angulas, esos alevines de anguila que parecen gusanos muy finos y que el viejo ángel afirma ir a buscar con una pala, cada mañana, ahí enfrente, en el mantillo de las sepulturas.

Nadie escuchó a Artaud, que sin embargo tenía razón. Es bastante obvio que sólo

la legalización podría poner fin a estas guerras. Que la proporción de toxicómanos es escasa entre las decenas de miles de muertos mexicanos por el narcotráfico. Y que la prohibición no trae más que violencia y estupidez, la negación de los valores de la simplicidad, la generosidad, la frugalidad, la compasión, el amor al paisaje y la fraternidad con los miserables y los indigentes; la limosna dada en el Volcán por un cojo a un lisiado sin piernas: ¡Escúchanos, Oh Señor! Y como si todo eso no fuera bastante, el diario *El Sol de Tampico* nos desaconseja regresar a pie, y no sólo para evitar el riesgo de raptos de poetas franceses insolventes: los cocodrilos salen de las lagunas en las noches de fuertes lluvias. Bajo los faros se ven los ojos amarillos al borde de la carretera, a lo largo del río Pánuco, que es la frontera entre el estado de Veracruz y el de Tamaulipas, y a lo largo de su último afluente, al que los marinos ingleses nostálgicos de los docks de Londres han bautizado como Tamesí.

Tengo una cita en el casco viejo, cerca del puerto fluvial, con el historiador Marco Flores. Las dos hermosas plazas rectangulares, Libertad y Armas, están bordeadas de inmuebles estilo Nueva Orleans levantados en el tiempo de la prosperidad petrolera, con balcones de hierro forjado que asoman sobre las arcadas penumbrosas. Allí está el quiosco de lotería al que se acerca Bogart en *El tesoro de Sierra Madre*.

Sobre el césped invadido por pájaros negros de cola larga, que se llaman tordos, hay un orfeón bajo una cúpula de mosaicos. Bajamos, en medio del barullo de los comerciantes de objetos de plástico de colores y vestimentas esparcidas por el suelo, hacia la estación abandonada en la que Trotski y Natalia subieron en enero de 1937 al tren *Hidalgo* del presidente Lázaro Cárdenas. Ante los raíles devorados por la maleza, uno evoca el suicidio de Anna Karénina sobre las vías de Nizhni Nóvgorod y la muerte de Tolstói en la estación de Astapovo. Y el gran incendio, delante de estos muelles, del petrolero *Essex Isles* en 1927, en el que pereció toda la tripulación.

Marco Flores me confirma que en la época en que Traven vivía aquí en el barrio de Altamira, y Sandino en el de Naranjo Veracruz, los anarquistas y anarcosindicalistas trabajaban todavía mano a mano, antes de que los sindicalistas se hicieran corporativistas y se preocuparan más de sus privilegios que de la revolución. Hoy el círculo se ha cerrado: el actual presidente de México, Enrique Peña Nieto, del PRI, el Partido Revolucionario Institucional, acaba de anunciar en Londres la privatización de la empresa pública Petróleos de México, Pemex, del mismo modo que en Londres, hace setenta y cinco años, el presidente Lázaro Cárdenas anunció su nacionalización a los accionistas de los petróleos británicos, entre los que se contaba Arthur Lowry.

Y para dejar claro que ya no hay Estado y que ellos se han convertido en los reyes del petróleo, los dos cárteles bloquearon el pasado enero las calles de sus respectivos barrios con ocasión de la fiesta de los Reyes Magos. Mientras los protegían centinelas armados, unos hombres encapuchados sacaron de sus vehículos todoterreno regalos

para los niños, billetes de cien pesos para los pobres y roscones de Reyes decorados con fruta confitada y con algo que se parece al azúcar glas, que fueron de inmediato a repartir entre los enfermos de las clínicas; buenas acciones propias de damas de la caridad, filmadas por ellos mismos y puestas pronto en línea para mayor gloria del narcotráfico y de sus prestaciones sociales. México es un país del que un extranjero no puede comprender gran cosa. Tampoco lo logra la mayor parte de los mexicanos.

Encerrado esta noche en esta habitación, tomo una vez más los cuadernos y los ovillos revueltos de todas estas cronologías. Estamos a 21 de febrero de 2014. Hoy es el setenta aniversario del Afiche Rojo, los veintidós resistentes extranjeros fusilados por los nazis en MontValérien el 21 de febrero de 1944. Hoy es el ochenta aniversario del asesinato de Sandino en Managua el 21 de febrero de 1934, quince días después de la cita frustrada de Trotski y Nadeau en París. Uno escribe siempre contra la amnesia general y contra la propia: esta noche, hace diecisiete años, el 21 de febrero de 1997, yo estaba en Managua al pie de la gran efigie de Sandino que hay en la colina de Tiscapa, cerca de la estatua ecuestre dinamitada del dictador Somoza, el instigador del asesinato, y me asombraba no ver allí ninguna ceremonia.

Yo reunía entonces fragmentos sobre la vida de Sandino, como hago esta noche con los fragmentos sobre la de Jean van Heijenoort, el guapo Van, el gran testigo: «Viví junto a León Trotski, salvo algunas interrupciones, de octubre de 1932 a noviembre de 1939. Era miembro de su organización política y me convertí en su secretario, traductor y guardaespaldas».

El guapo Van abandonó Coyoacán para irse a preparar un doctorado en matemáticas en Nueva York mientras trabajaba en la clasificación de los archivos de Trotski en Harvard. En agosto de 1940, se enteró en la calle del asesinato, por la portada de un periódico: «Trotski, wounded by “friend” in home, is believed dying^[25]». Está convencido de que a él Ramón Mercader, ese hombre que se presentó con el nombre de Jacques Mornard y decía ser belga, en posesión de un falso pasaporte canadiense a nombre de Frank Jacson, no le habría engañado: «Un belga y un español que hablan francés no se diferencian de la misma manera de un parisino». Él nunca le habría abierto la puerta de la calle Viena a un individuo tan sospechoso, sobre todo nunca le habría dejado entrar en el despacho de Trotski sin ser acompañado y sin que lo registraran. «Durante varios años, sólo el estudio de las matemáticas me permitió conservar mi equilibrio interior. La ideología bolchevique estaba, para mí, en ruinas. Tuve que construir otra vida».

Jean van Heijenoort, que en la primera mitad de su vida utilizó todavía más seudónimos y más papeles falsos que Traven, se convirtió con su verdadero nombre en un investigador conocido por todos los matemáticos, profesor de filosofía en la New York University y en Columbia y uno de los mejores especialistas en la obra matemática y lógica de Kurt Gödel. No escribiré la historia de su primera vida hasta

finales de los años setenta. Eso en cuanto a la razón, pero también tuvo la pasión. Él, que fue fugazmente amante de Frida Kahlo, se ha ido casando con bastante frecuencia. La cuarta vez con Ana María Zamora, hija de un abogado de Trotski. Se divorciaron muy pronto, algunos años más tarde se casaron de nuevo, luego volvieron a separarse. En marzo de 1986, él fue a visitarla a México y ella lo asesinó de tres balazos en la cabeza mientras dormía, antes de suicidarse. Al guapo Van lo enterraron en el Panteón Francés de Ciudad de México, donde reposaba ya, desde hacía cuarenta años, Víctor Serge.

Para quienes se acuerdan todavía de Paul Gégauff y de las pequeñas bandas parisinas del Nouveau Roman y de la Nouvelle Vague, la muerte del guapo Van evoca la del guapo Paul, asesinado tres años antes que aquél, de tres puñaladas, en una habitación de hotel en Noruega, por su última y joven esposa. Y a un final de ese tipo podía ir a dar de narices Diego Rivera, que sin duda había aprendido la lección con la puñalada parisina que le dio una amante abandonada. Después de haberse divorciado en Ciudad de México, en noviembre de 1939, Diego y Frida se habían casado de nuevo en San Francisco, en diciembre de 1940, a los seis meses del asesinato de Trotski.

Frida le confía a un amigo médico que «el recasamiento funciona bien. Poca cantidad de pleitos, mayor entendimiento mutuo, y de mi parte menos investigaciones de tipo molón respecto a las otras damas que de repente ocupan un lugar preponderante en su corazón. Así es que tú podrás comprender que por fin ya supe que *la vida es así* y lo demás es pan pintado (nada más que una ilusión)». Frida, por su parte, escoge como amante al pintor catalán José Bartolí, y durante algunos años la vida continúa, incluso si poco a poco el cuerpo se va dislocando. En 1950, la operan de nuevo de la columna vertebral y permanece casi un año en el hospital. En 1953, le amputan la pierna derecha. Frida se encierra en la casa azul y no vuelve a moverse, rodeada de envases de Demerol y volutas de marihuana. Escribe en su diario: «Pies, para qué los quiero, si tengo alas pa' volar». Escribe poemas tristes como boleros, «está anocheciendo en mi vida^[26]».

En julio de 1954, algunos días después de desfilarse en silla de ruedas a la cabeza de una manifestación contra el golpe de Estado que acaba de sacar del poder en Guatemala a Jacobo Árbenz, Frida muere, la acuestan maquillada y peinada sobre su cama, vestida con un huipil. Diego Rivera le corta las venas de las muñecas con un bisturí antes de la incineración, hace cubrir el féretro con la bandera roja con la hoz y el martillo. Hace mucho tiempo que Diego Rivera se ha hincado rodilla en tierra, haciendo su autocrítica y reintegrándose al clan de los estalinistas. Acompaña a Frida Kahlo hasta el Panteón de Dolores, donde reposa desde hace doce años su antigua amiga y rival Tina Modotti.

Un año más tarde, Diego Rivera se casa con Emma Hurtado y la casa azul se

convierte en museo, después de que amontone los envases de Demerol y otros muchos bártulos dentro de un cuarto de baño que hace tapiar. En noviembre de 1957, está en Acapulco y pinta cincuenta y dos puestas de sol; regresa de urgencia a Ciudad de México y muere el 24 de noviembre de cáncer de pene, seis meses después de la muerte de Lowry. La revista *Impacto* dedica un largo reportaje fotográfico a los funerales. En una de las imágenes se ve, con los ojos ocultos por unas gafas negras, a su segunda esposa Lupe Marín, a la que hubo que retener por la cintura cuando se arrojaba sobre David Alfaro Siqueiros para impedirle que tomara el micrófono. Éste, al igual que muy pronto Ramón Mercader, que va a salir de prisión después de haber cumplido su pena, ha sido ya honrado con las más altas distinciones soviéticas.

En el momento de la muerte de Frida y del golpe de Estado contra Jacobo Árbenz, todos los jóvenes idealistas que habían acudido a Guatemala para apoyar la reforma agraria huyen hacia México. Entre ellos el joven Ernesto Guevara, que se hace fotógrafo de las calles de Ciudad de México, se casa con la peruana Hilda y se la lleva de viaje de boda a Cuernavaca. Él se acerca a los exiliados cubanos; muy pronto se une a ellos. En octubre de 1955, deciden escalar los dos el Popocatepetl para entrenarse, como hicieran Hugh e Yvonne alimentando el proyecto en el Volcán: «El Cónsul terminó su mezcal: todo era una broma patética, desde luego, de todos modos, este plan de subir al Popo, si bien era el tipo de actividad de la que se habría enterado Hugh». Y sin duda la imagen del emblemático piolet anda por la cabeza de los guerrilleros cuando éstos acuden a una tienda de Ciudad de México para comprar piolets, cuerdas y gafas de montaña, como se pasea por el fondo del cerebro de Lowry y del Cónsul: «gafas para la nieve y un piolet. Te verías preciosa con...».

Ésa será además la última imagen en la cabeza del Cónsul, el piolet, después de que lo hayan arrojado al fondo de la barranca con un balazo en el vientre, tirado entre la vegetación empapada y con la nariz metida en el pelaje apestoso del perro muerto que han lanzado después de él. No hay nada más doloroso que morir de un balazo en el vientre, y todos los combatientes lo temen. Es algo que no se acaba. Es como un terrible cólico con un matarratas, y durante ese tiempo el cuerpo funciona y el cerebro se alimenta de oxígeno. El corazón late, y la conciencia permanece intacta durante mucho tiempo.

Sólo los mafiosos y los narcos son capaces de infligir a sus enemigos un final tan terrible. En la casa del comerciante Ipátiev, en Ekaterimburgo, cuando el jefecillo local hace bajar a la familia imperial al sótano, despierta con sus gritos a algunos tipos y les ordena ponerse en fila para formar un pelotón, éstos apuntan al pecho. El zar se derrumba. Las hijas, las lindas princesas, todavía están de pie. Las balas rebotan contra sus blusas de encaje. Les han obligado a coser tanta pedrería bajo su vestimenta, las esmeraldas, los diamantes, los rubíes, los zafiros, todas las joyas que debían permitirle al zar no dar palo al agua en el exilio, que con el peso de sus

caparazones hace falta aproximarse a ellas para rematarlas. Las joyas ensangrentadas cubren el suelo del sótano. El Cónsul agoniza tirado bajo el perro muerto. En su delirio, aún se imagina que escala el volcán, siente el peso de sus «gafas para la nieve», de su piolet de montaña, sueña con la ascensión, pero es la caída.

Un año después de la expedición al Popocatepetl, en 1956, el campo de entrenamiento de los cubanos es descubierto. El futuro Che Guevara, Fidel Castro y los otros guerrilleros son enviados a prisión en Ciudad de México. Dudan si entregarlos al dictador Fulgencio Batista. Es el antiguo presidente Lázaro Cárdenas quien logra su liberación. Por uno de esos giros en los que la Historia es pródiga, es al salvador de Trotski a quien Castro deberá la posibilidad de hacer la revolución en Cuba, y también la posibilidad, más tarde, de ofrecerle a Ramón Mercader que vaya a terminar su vida tranquilamente en La Habana.

Nadie escuchó a Artaud, que sin embargo tenía razón. Sólo la vieja Cultura Roja de los millones de indios de largos cabellos negros, con sus dioses multicolores en el fondo de sus alforjas, podría salvar esta civilización de la locura en la que ha caído desde el deplorable reinado de Maximiliano —cuyo féretro, demasiado grande para un cuerpo tan agujereado como el del zar, se puede ver en el Möbel Museum de Viena; un féretro tan grande que podría ser el de Cravan— hasta los fastos ridículos de los reyezuelos de los cárteles, sobre los que uno puede leer en la obra de Yuri Herrera. Indiferentes tanto a los vehículos rutilantes de los narcos como a los pickup militarizados de la policía, los indios caminan en silencio por las aceras, calientan sus tortillas de maíz junto a una pared, van a sentarse y comen en silencio como en las novelas de Martín Luis Guzmán, «con dignidad suprema, casi estática. Al mover las quijadas, las líneas del rostro se les conservaban inalterables». Para Artaud, como para Traven, aquellos que se callan tendrán la última palabra.

El año de la muerte de Rivera, en 1957, y una semana antes de la de Lowry, nace un niño en Tampico, en el seno de una familia enriquecida por el comercio de muebles y de electrodomésticos. Rafael Guillén deja Tampico para estudiar filosofía en Ciudad de México, pasa un tiempo con los sandinistas en Nicaragua, con el nombre de Jorge Narváez, sigue entrenamiento guerrillero en Cuba bajo la dirección de Benigno, uno de los pocos supervivientes de la pequeña banda del Che en Bolivia.

En 1994, hace veinte años, es a él, convertido ya en el encapuchado Subcomandante Marcos, a quien debemos probablemente el haber visto en las imágenes de la insurrección de los indios zapatistas del estado de Chiapas, durante la muy breve ocupación de las ciudades de San Cristóbal de las Casas y de Ocosingo —donde habían sido dispersadas las cenizas de Traven en 1969, a petición de éste—, un retrato de Antonin Artaud entre las banderolas, en medio de los retratos del Che y de Zapata. La rueda de la gran noria prosigue sus lentas revoluciones a cielo abierto. Las barandas niqueladas de las barquillas relucen bajo el sol. Así van y van y van^[27] y

giran las vidas de los hombres y de las mujeres. Tres pequeñas vueltas de la gran noria y luego, fuera. Aquellos que, en lo alto, creían distinguir en el horizonte los amaneceres radiantes de las revoluciones políticas y poéticas descienden ya a la oscuridad. Habría que releer *Peter Rabbit*. Todo se resume en *Peter Rabbit*, solía decir el Cónsul.

AGRADECIMIENTOS

Además de a Philippe Ollé-Laprune, el impecable amigo sin el que este libro no existiría, y a los otros amigos que aparecen en estas páginas, agradezco a todos aquellos con quienes pude hablar de este proyecto durante estos diez años mexicanos y que me ayudaron: en Ciudad de México, a Fabienne Bradu y Joani Hocquenghem, Martín Solares y la pequeña banda de la casa Refugio. También en Ciudad de México, al escritor uruguayo Eduardo Milán, por los comentarios que intercambiamos a propósito del enigmático suicidio de Baltasar Brum en Montevideo en 1933, al escritor chadiano Koulsy Lamko por nuestras conversaciones africanas en La Selva, y al escritor colombiano Fernando Vallejo por una tarde en el Matisse de la avenida Ámsterdam. Homenaje a los desaparecidos, al elegante Juan Gelman de la avenida Nuevo León que proseguía, desde la Condesa, su incesante combate contra la amnesia argentina; a Eliseo Alberto, que era hijo de Eliseo Diego y que también había huido del castrismo. Agradecimientos a Paco Ignacio Taibo II, vecino de la calle Ametuzco, por nuestro gusto común por los arcángeles y por haberme ofrecido el seudónimo de Renato Zaldívar Bracamontes, que he utilizado un poco, y también por haberme permitido editar, en la revista de Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs (MEET), *La cabeza perdida de Pancho Villa*, la historia de la cabeza del héroe desenterrada y desaparecida tres años después de su asesinato. En Saint-Nazaire, mi agradecimiento a Élisabeth Biscay y a Françoise Garnier. En Vancouver y en Dublín, a Hadrien Laroche. En Montricher, a Guillaume Dolman por su apoyo bibliográfico. En Guadalajara, al escritor tunecino Tahar Bekri y al escritor zimbabuense Chenjerai Hove. En Monterrey, al poeta español José Ovejero, que entonces escribía sobre Stanley, y al poeta cubano José Kozer, amigo de Jesús Díaz, a quien yo había ido a visitar en su exilio berlinés. En París, a mi amigo Jean-Christophe Bailly, por haber puesto a mi disposición estos dos raros libros que me apresuro a restituirle: *Homage à Natalia Sedova-Trotsky*, obra colectiva, edición no venal, ejemplar n.º 577, Les Lettres nouvelles, 1962; y *Trotsky, a Documentary*, Francis Wyndham y David King, Penguin Books, 1972.

En cuanto a los libros que me han rodeado y en los cuales he picoteado aquí y allá algunas frases, algunos comentarios o algunas ideas, como si Viva fuera una especie de introducción a su lectura, recojo sus títulos en el momento de cerrar las maletas y de ordenarlos en cajas junto a los cuadernos y los recortes de periódicos^[28]:

Under the Volcano, Malcolm Lowry, introducción de Stephen Spender, Perennial Classics, 2000. [Trad. esp.: *Bajo el volcán*, traducción de Raúl Ortiz y Ortiz, Bruguera, 1997.]

Au-dessous du volcan, Malcolm Lowry, traducción al francés de Stephen Spriel con la colaboración de Clarisse Francillon y del autor, prefacio de Malcolm Lowry y posfacio de Max-Pol Fouchet, Le Club français du Livre, 1949, edición no venal, ejemplar n.º 88.

Sous le volcan, Malcolm Lowry, traducción al francés y presentación de Jacques Darras, Grasset, 1987.

Malcolm Lowry, une biographie, Douglas Day, traducción al francés de Clarisse Francillon, Buchet-Chastel, 1975. [Trad. esp.: *Malcolm Lowry. Una biografía*, traducción de Héctor Aguilar Camín, Fondo de Cultura Económica de España, 1984.]

Malcolm Lowry, estudios, obra colectiva, Maurice Nadeau, 1984.

Lunar Caustic, Malcolm Lowry, traducción al francés de Clarisse Francillon, prefacio de Maurice Nadeau, 10/18, 2004. [Trad. esp.: *Piedra infernal*, traducción de Juan de Sola, Tusquets, 2009.]

Sombre comme la tombe où repose mon ami, Malcolm Lowry, traducción al francés de Clarisse Francillon, prefacio de Maurice Nadeau, Points Seuil, 2009. [Trad. esp.: *Oscuro como la tumba en la que yace mi amigo*, traducción de Carlos Manzano, Tusquets, 2002.]

El Volcán, el mezcal, los comisarios, Malcolm Lowry, traducción al español de Sergio Pitol, prólogo de Jorge Semprún, Tusquets, 1971.

Pursued by Furies. A Life of Malcolm Lowry, Gordon Bowker, St. Martin's Press, 1995. [Trad. esp.: *Perseguido por los demonios. Vida de Malcolm Lowry*, traducción de María Aída Espinosa Meléndez, Fondo de Cultura Económica, 2008.]

Desde la barranca. Malcolm Lowry y México, Francisco Rebolledo, Fondo de Cultura Económica de México, 2004.

Ultramarine, Malcolm Lowry, traducción al francés de Clarisse Francillon y Roger Carroy, posfacio de Roger Carroy, Gallimard, L'Imaginaire, 1978. [Trad. esp.: *Ultramarina*, traducción de Jaime Zulaika, Tusquets, 2004.]

En route vers l'île de Gabriola, Malcolm Lowry, traducción al francés de Clarisse Francillon, Gallimard, Folio, 1990. [Trad. esp.: *Ferry de octubre a Gabriola*, traducción de Jaime Zulaika y Antonio-Prometeo Moya, Tusquets, 2007.]

Pour l'amour de mourir, Malcolm Lowry, traducción al francés de J.-M. Lucchioni, prefacio de Bernard Noël, La Différence, 1976. [Trad. esp.: *El trueno*

más allá del Popocatépetl. Poemas escogidos, traducción y selección de Juan Luis Panero, Tusquets, 2009.]

The Voyage that Never Ends: Malcolm Lowry's Fiction, Sherrill Grace, UBC Press, Vancouver, 1982. [Trad. esp.: *El viaje que nunca termina. La narrativa de Malcolm Lowry*, traducción de Francisco Rebolledo, Fondo de Cultura Económica, 2007.]

Écoute notre voix ô Seigneur..., Malcolm Lowry, traducción al francés de Clarisse Francillon y Georges Belmont, 10/18, 2005. [Trad. esp.: *Escúchanos, Señor, desde el cielo, tu morada*, traducción de Carlos Manzano, Tusquets, 2003.]

Chambre d'hôtel à Chartres, Malcolm Lowry, traducción de Michel Waldberg, La Différence, 2002. [Trad. esp.: *Ghostkeeper y relatos de juventud*, traducción de Pedro García Montalvo, Pre-Textos, 1978.]

Poésies complètes, Malcolm Lowry, traducción y prefacio de Jacques Darras, Denoël, 2005.

Pour Lowry, obra colectiva, Meet, edición bilingüe, 2010.

Pour Rulfo, obra colectiva, Meet, edición bilingüe, 2013.

Historia a contrapelo. Una constelación, Adolfo Gilly, Era, 2006.

Le Labyrinthe de la solitude, Octavio Paz, traducción al francés de Jean-Clarence Lambert, Gallimard, 1972. [Ed. esp.: *El laberinto de la soledad*, Cátedra, 2015.]

Archanges, Paco Ignacio Taibo II, traducción al francés de Caroline Lepage, Métailié, 2001. [Ed. esp.: *Arcángeles. Doce historias de revolucionarios herejes del siglo xxll*, Traficantes de Sueños, 2011.]

De Prinkipo à Coyoacán. Sept ans auprès de Léon Trotsky Jean van Heijenoort, Maurice Nadeau, 1978. [Ed. esp.: *Con Trotsky de Prinkipo a Coyoacán. Testimonio de siete años de exilio*, presentación y traducción de Tununa Mercado, Ediciones IPS-CEIP León Trotsky, 2014.]

Ma vie, León Trotsky, traducción al francés de Maurice Parijanine, prefacio de Alfred Rosmer, Gallimard, 1953. [Ed. esp.: *Mi vida*, traducción del Grupo de Traductores de la Fundación Federico Engels, Fundación Federico Engels, 2010.]

L'Ombre du Caudillo, Martín Luis Guzmán, traducción al francés de Georges Pillement, Gallimard, 1959. [Ed. esp.: *La sombra del Caudillo*, Castalia, 2002.]

La historia del tequila, de sus regiones y sus hombres, Rogelio Luna Zamora, Conaculta, 1991.

Littérature et Révolution, Léon Trotsky, traducción al francés de Pierre Frank, Claude Ligny, Jean-Jacques Marie, prefacio de Maurice Nadeau, Les Éditions de la passion, 2000. [Ed. esp.: *Literatura y revolución*, traducción de Mauro Armiño, Akal, 1979.]

Histoire de la révolution russe, Léon Trotsky, traducción al francés de Maurice Parijanine, introducción de JeanJacques Marie, prólogo de Alfred Rosmer, dos volúmenes, Seuil, 1950. [Ed. esp.: *Historia de la Revolución Rusa*, no consta traductor, Ediciones ryr, 2013.]

Œuvres complètes, Saint-Just, prefacio de Miguel Abensour, Gallimard, 2004.

Breton en México, Fabienne Bradu, Vuelta, 1996.

Benjamin Péret y México, Fabienne Bradu, Aldus, 1999.

Trotsky vivant, Pierre Naville, Maurice Nadeau, 1979.

Trotsky, Pierre Broué, Fayard, 1988.

Le Mexique insurgé, John Reed, traducción al francés de François Maspero, prefacio de Álvaro Mutis, Seuil, 1996. [Ed. esp.: *México insurgente*, traducción de E. V., Txalaparta, 2005.]

Dix jours qui ébranlèrent le monde, John Reed, traducción al francés de Vladimir Pozner, prefacio de Ewa Bérard, Seuil, 1996. [Ed. esp.: *Diez días que estremecieron el mundo*, traducción de Ángel Pozo Salvador, Akal, 2014.]

Les Anarchistes, Henri Dubief, Armand Colin, 1972.

À la recherche de B. Traven, Jonah Raskin, traducción al francés de Virginie Girard, Les Fondeurs de briques, 2007.

Frida Kahlo par Frida Kahlo. Lettres 1922-1954, selección, prólogo y notas de Raquel Tibol, traducción al francés de Christilla Vasserot, Seuil, Points, 2009.

Diego et Frida, Jean-Marie Gustave Le Clézio, Stock, 1993. [Ed. esp.: *Diego y Frida. Una gran historia de amor en tiempos de la revolución*, traducción de Mauro Armiño, Temas de Hoy, 2008.]

Les Généalogies, Margo Glantz, traducción al francés de Françoise Griboul, Folie d'Encre, 2009. [Ed. esp.: *Las genealogías*, Pre-Textos, 2006.]

L'Homme qui aimait les chiens, Leonardo Padura, traducción al francés de René Solis y Elena Zayas, Métailié, 2011. [Ed. esp.: *El hombre que amaba a los perros*, Tusquets, 2011.]

Cent ans de littérature mexicaine, Philippe Ollé-Laprune, La Différence, 2007.

Europe-Amérique latine. Les écrivains vagabonds, Philippe Ollé-Laprune, La Différence, 2014.

La Vérité, revue théorique de la IVe Internationale, n.º 675, agosto de 2010.

El libro rojo, León Sedov, Editora Integrada Latinoamericana, 1980.

Mémoires d'un révolutionnaire et autres écrits politiques, Victor Serge, prefacio de Jil Silberstein, Robert Laffont, 2001. [Ed. esp.: *Memorias de un revolucionario*, traducción de Tomás Segovia, Veintisiete Letras, 2011.]

Vie et mort de Léon Trotsky, Victor Serge, La Découverte, 2010. [Ed. esp.: *Vida y muerte de Trotsky*, traducción de Jorge Enea Spilimbergo, Juan Pablos Editor, 1973.]

Mexique. Les visiteurs du rêve, Philippe Ollé-Laprune, La Différence, 2009. [Ed. esp.: *México: visitar el sueño*, traducción de Mónica Mansur, Fondo de Cultura Económica, 2011.]

Le navire poursuit sa route, Nordahl Grieg, traducción al francés de Hélène Hilpert, Gerd de Mautort y Philippe Bouquet, Les Fondeurs de briques, 2008.

La Puissance et la Gloire, Graham Greene, traducción al francés de Marcelle Sibon, prefacio de François Mauriac, Robert Laffont, 1948. [Ed. esp.: *El poder y la*

gloria, traducción de Juan Santamaría, Edhasa, 2011.]

Anna Karénine, Léon Tolstoï, traducción al francés de Henri Mongault, Le Livre de Poche, 1960. [Ed. esp.: *Anna Karenina*, traducción de Juan López-Morillas, Alianza, 2015.]

Moravagine, Blaise Cendrars, Grasset, 2002. [Ed. esp.: *Moravagine*, traducción de Felipe González Vallarino, Alfaguara, 2004.]

Histoire du surréalisme, Maurice Nadeau, Seuil, 1964. [Ed. esp.: *Historia del surrealismo*, traducción de Raúl Navarro, Ahimsa, 2001.]

Trotsky, Mexico 1937-1940, Alain Dugrand, James T. Farrell, posfacio de Pierre Broué, Payot, 1988. [Ed. esp.: *Trotski. México 1937-1940*, Siglo Veintiuno, 1992.]

Arthur Cravan. Une stratégie du scandale, Maria Lluïsa Borràs, Jean-Michel Place, 1996. [Ed. esp.: *Arthur Cravan. Una biografía*, Sirmio, 1993.]

Maintenant, Arthur Cravan, Seuil, 1995. [Ed. esp.: *Maintenant*, El Olivo Azul, 2009.]

Le Trésor de la Sierra Madre, B. Traven, traducción al francés de Paul Jimenes, Sillage, 2008. [Ed. esp.: *El tesoro de Sierra Madre*, traducción de Esperanza López Mateos, Acanalado, 2009.]

Insaisissable. Les aventures de B. Traven, Rolf Recknagel, traducción al francés de Adèle Zwicker, L'Insomniaque, 2008.

Artaud, todavía, Fabienne Bradu, Fondo de Cultura Económica, 2008.

París, capital del exilio/México, capital del exilio, obra colectiva, CRC-Fondo de Cultura Económica, 2014.

Martinique. Charmeuse de serpents, André Breton y André Masson, Jean-Jacques Pauvert, 1972. [Ed. esp.: *Martinica, encantadora de serpientes*, introducción y traducción de Rodolfo Alonso, Argonauta, 2010.]

Le Visiteur du soir, B. Traven, traducción al francés de Claude Elsen, Stock, 1967. [Ed. esp.: *El visitante nocturno*, ilustraciones de Claudia de Teresa, traducción de Rosa Elena Luján, Fondo de Cultura Económica, 1994.]

L'Armée des pauvres, B. Traven, traducción al francés de Robert Simon, Le Cherche-Midi, 2013.

Œuvres, Antonin Artaud, Gallimard, Quarto, 2004.

«El último exilio de un revolucionario: Víctor Serge en México (1941-1947)», Claudio Albertani, en *Tras desterrados*, obra colectiva, prólogo de Philippe Ollé-Laprune, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Ret Marut, alias B. Traven. De la República de los Consejos de Baviera a la Selva Lacandona, Joani Hocquenghem, obra citada, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Le Rendez-vous de Vicam. Rencontre des peuples indiens d'Amérique, Joani Hocquenghem, Rue des Cascades, 2008. [Ed. esp.: *La cita de Vicam. Primer Encuentro de los pueblos indígenas de América*, Octaedro, 2008.]

Le Vertige, Evguénia S. Guinzbourg, traducción al francés de Bernard Abbots,

Seuil, 1967. [Ed. esp.: *El vértigo*, traducción de Fernando Gutiérrez y Enrique Sordo, Galaxia Gutenberg, 2012.]

Le Ciel de la Kolyma, Evguénia S. Guinzbourg, traducción al francés de Geneviève Johannet, Seuil, 1980. [Ed. esp.: *El cielo de Siberia*, traducción de Enrique Sordo, Argos Vergara, 1980.]

Yaquis, Paco Ignacio Taibo II, Planeta, 2013.

Maximiliano y Juárez, Jasper Ridley, traducción al español de Aníbal Leal, Vergara, 1994.

Poèmes, Alfonsina Storni, en la revista *Meet* n.º 4, edición bilingüe, 2000.

Tina Modotti. Une flamme pour l'éternité, Riccardo Toffoletti, En Vues, 1999.

Tina Modotti. Une passion mexicaine, catálogo, presentación de Édouard Pommier y de Sarah M. Lowe, Union latine, 2002.

Demerol sin fecha de caducidad, Mario Bellatin, Quiroga-Rosegallery, RM, México, 2008.

Jeannot Lapin, Beatrix Potter, no se menciona al traductor al francés, Gallimard Jeunesse, 1980. [Ed. esp.: *El cuento de Perico el conejo travieso*, traducción de Ramón Buckley, Debate, 1993.]



PATRICK DEVILLE (Saint-Brévin, Francia, 1957 —). Hizo estudios tanto de literatura comparada como de filosofía en Nantes. A los 23 años era agregado cultural en el Golfo Pérsico; a los 25, enseñaba filosofía en el extranjero.

Enseguida, en los años 1980, Deville enlazó una serie de viajes: a Oriente Medio, Nigeria, Marruecos y Argelia. Luego, en los años 1990, vivió cierto tiempo en Cuba, pensando en la caída del castrismo (allí aprendió español), y más tarde residió en Uruguay y América central. De todos modos regresaba periódicamente a Francia para publicar sus libros.

Tras publicar cinco novelas en ediciones Minuit —desde *Cordon-bleu* (1987) hasta *Ces Deux-là*—, Deville enlazó un singular ciclo en la editorial Seuil, donde sigue la historia colonial de un modo peculiar: *Pura Vida* (sobre América latina, sobre William Walker, asesinado en 1860), *Equatoria* (en África), *Kampuchéa* (en la Camboya más convulsa), que constituyen para el autor un solo libro, que fue modificándose al ampliarse con nuevos argumentos. Sus lazos con Nicaragua y su amistad con sandinistas (Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal) latían en su primer libro.

Creó en 1996 el *Prix de la jeune littérature latino-américaine* y la revista *Meet, de la Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs de Saint-Nazaire*, de la que es hoy su director literario.

Su obra se ha traducido a doce lenguas.

Notas

[1] En la medida de lo posible, todas las citas tomadas de libros escritos originalmente en una lengua distinta al francés están extraídas de las traducciones al castellano de los libros correspondientes que se han podido localizar. (N. del E.) <<

[2] Nombre con el que se conocía a las fronteras del imperio romano. (*N. del T.*) <<

[3] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[4] En inglés en el original: «Somos una banda de hermanos.» (*N. del T.*) <<

[5] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[6] Del árabe *wād al-hayāra* («río entre piedras»). (N. del T.) <<

[7] «Somos pocos, somos pocos y felices, somos una banda de hermanos.» (*N. del T.*)

<<

[8] «Una versión cinematográfica moderna de la historia de Fausto, cuyo protagonista sería un personaje como Trotski.» <<

[9] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[10] Personaje infantil creado por Beatrix Potter en 1904. (*N. del T.*) <<

[11] *El viaje que nunca termina.* (N. del T.) <<

[12] La frase anterior aparece en español en el original. (*N. del T.*) <<

[13] «Dominio sobre palmas y pinos.» (*N. del T.*) <<

[14] «El escritor Malcolm Lowry ocupó con su esposa una cabaña que había sido construida ilegalmente, cerca de este lugar.» (*N. del T.*) <<

[15] «El viejo le llama.» (*N. del T.*) <<

[16] *Una guía de campo de las aves británicas.* (N. del T.) <<

[17] *Esperando a Godot. (N. del T.)* <<

[18] «Creo que se me contará entre los poetas ingleses tras mi muerte.» (*N. del T.*) <<

[19] El Árbol de la Vida, símbolo cabalístico. (N. del T.) <<

[20] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[21] «¿Dibujaste un mapa de España, cabrón bolchevique? ¿Eres acaso miembro de las Brigadas Internacionales y estás armando bronca?». <<

[22] «—Sí, ¿cómo te llamas? —gritó el segundo policía.» <<

[23] «—Trotski —respondió, burlón, alguien desde el otro extremo del mostrador.» <<

[24] «—No. Sólo William Blackstone.

—¿Eres judío? —reclamó el primer policía.

—No. Sólo Blackstone —repitió el Cónsul.» <<

[25] «Trotsky herido en casa por un “amigo”, se cree que está moribundo.» (*N. del T.*)

<<

[26] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[27] Referencia a una canción infantil francesa que dice: «Así van, van, van las pequeñas marionetas / así van, van, van, dan tres vueltas y se van.» (*N. del T.*) <<

[28] Entre claudátors, se citan las ediciones en castellano más recientes de los libros utilizados, ya sean éstas españolas o latinoamericanas. (*N. del E.*) <<